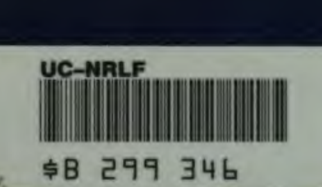
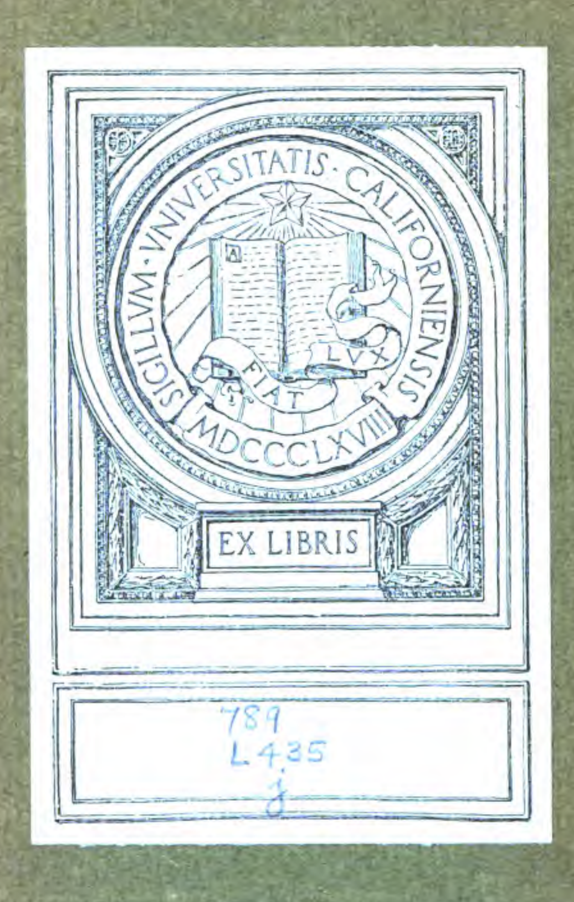

UC-NRLF
$B 299 346


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

PUBLISHED IN SPAIN

JUAN DE DIOS



JUAN DE DIOS

NOVELA ORIGINAL

DE

L. LEAL RAMÍREZ-ARIAS

MADRID.-1884.
Librería de Fernando Fé,
Carrera de San Gerónimo, 2.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

SIEMPRE LAS MUJERES, narraciones.

MINUCIA LITERARIA, artículos críticos y de costumbres.

EL NIÑO DE MI MUJER, juguete cómico en un acto y en verso.

LA SOÑADORA, novela premiada por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (segunda edición.)

EN PRENSA

CELIPÍN, novela.

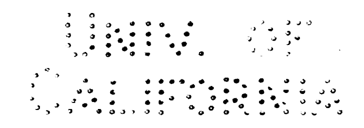
AL SEÑOR

D. Roberto González Nandín,

como prueba de consideración y afecto,

El Autor,

Establecimiento tipográfico del *Círculo Liberal*, Rosario 21.

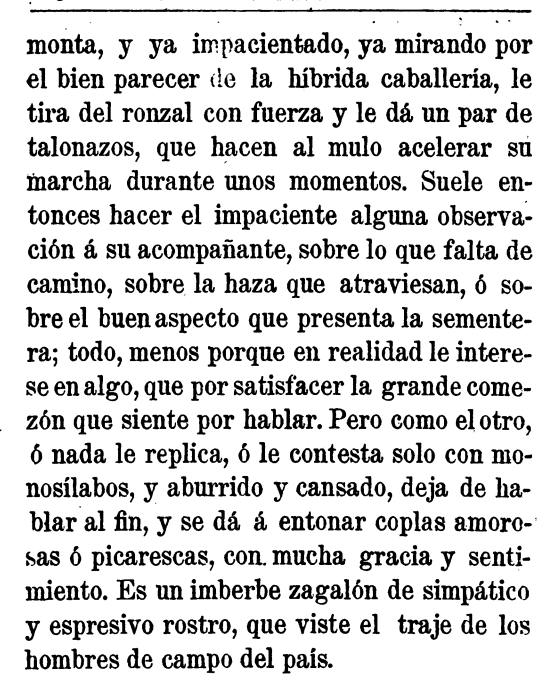




I.

LA LLEGADA DEL HÉROE.

Caballero el señor en un viejo cuártago de lomo hundido y feo y descarnado cuerpo, y el mozo detrás, esparrancado sobre la albarda de un corpulento mulo, marchan ambos por un torcido y trabajoso caminejo que desde la estación del ferro-carril de Cuérbano, conduce á Villalinda, pueblo situado en la baja mitad de Andalucía, más cercano á la costa que á la sierra. No parecen llevar priesa ninguna, pues dejan que el cuatralbo penco marche al paso boyal, propio de sus años y alifafes, y que el macho le siga sosegado, comiendo al andar de la hierba que á orillas del camino crece. Licencia semejante suele á las veces indignar á quien le



monta, y ya impacientado, ya mirando por el bien parecer de la híbrida caballería, le tira del ronzal con fuerza y le dá un par de talonazos, que hacen al mulo acelerar su marcha durante unos momentos. Suele entonces hacer el impaciente alguna observación á su acompañante, sobre lo que falta de camino, sobre la haza que atraviesan, ó sobre el buen aspecto que presenta la sementera; todo, menos porque en realidad le interese en algo, que por satisfacer la grande comezón que siente por hablar. Pero como el otro, ó nada le replica, ó le contesta solo con monosílabos, y aburrido y cansado, deja de hablar al fin, y se dá á entonar coplas amorosas ó picarescas, con mucha gracia y sentimiento. Es un imberbe zagalón de simpático y espresivo rostro, que viste el traje de los hombres de campo del país.

El del caballo, en tanto, á tales alternativas indiferente por completo, marcha entregado á la contemplación del bello y variado paisaje que atraviesan. Es un joven de hasta veintiseis años, cuyo rostro, grave y sombrío, tiene una melancólica espresión de tristeza que le hace interesante y simpático.

Ocurre al contemplarle, pensar en si aquel hombre se habrá reido alguna vez; pero no es su gravedad la risible del asno, que nada dice; sino antes bien, la revelación de un carácter entero, de un genio dado á la melancolía, y de un alma noble y sensible. Su frente es ancha y espaciosa, negros y rasgados sus ojos, larga y delgada su nariz, y morena la color de su tez; cubre la parte inferior del prolongado óvalo que su rostro forma, una rizosa y bien poblada barba, bajo cuyo desatusado bigote se advierten dos labios delgados y descoloridos que, plegados de contínuo, á veces se dilatan y entreabren un poco, dando á toda la faz risueña espresión de agrado y complacencia... Es que un lugar cualquiera fué reconocido, y un suceso grato, ó una plácida escena, no olvidados durante el mucho tiempo que estuvo en las tierras lejanas de donde ahora vuelve, se reproducen en su espíritu... Algunos años antes, cuando estudiaba en Urfidelia, él habia recorrido aquellas niveladas marismas, cubiertas de bronco armajo, que llegan allá hasta Cerroblanco, primera de las colinas que de alturas diversas y progresivas, parecen que pug-

nan por llevar hasta el cielo sus picos y cumbres, y que al fin lo consiguen las últimas, cuyos contornos cubren las nubes con nevado velo. Durante las vacaciones estivales, fué muchas tardes á esta ó aquella de las fértiles huertas en que el dulce naranjo y el verde limonero, crecen con el granado y el membrillo; vió el verde fruto de los oscuros olivares; cazó en los vallados de puosas tunas y silvestres zarzas que encierran á frondosas viñas, y merendó algún que otro día en las márgenes hubérrimas de Riarruche, arroyuelo que ciñe la parte Oeste del cercano pueblo.

Algo también le dice aquella torre de linda construcción y de bastante alzada, que entre las casas de aquel pueblo sobresale, y más de un recuerdo le suscitan los cilíndrico torreones y encumbradas almenas de un castillo que con dificultad y á costa de sus entrañas, resiste los duros embates del tiempo, ya tan poderosos, que á muchos de sus muros tienen derruidos. A los piés del castillo se distingue al pueblo, pequeño conjunto de rústicas casetas, que, desde allí, semejan por su blancura, bandada de gaviotas posa-

das sobre marino musgo. Su atención pasa entonces desde el campo al pueblo, y quizá recordando que alguien en él le aguarda, siente impaciencia por llegar.

Un poco adelante, haciendo una pequeña vuelta del camino, vió dos grupos de hombres, uno de otro apartado por regular distancia y en actitud nada pacífica, á juzgar por sus movimientos.

Desplegados en ala, avanzando ó retrocediendo algunos pasos ya éste, ya el de junto, y mutuamente disparándose algo que se vé cruzar por los aires, parecían dos residuos de ejército, riñendo allí la última escaramuza con fusiles afónicos.

—¿Qué es aquello, Miguel?—le preguntó á su acompañante.

—¡Qué ha de ser! Una cuestión con los de Pueblatomillo. ¡Rediós!

—¿Una cuestión?

—Sí. ¿No lo vé usted? A pedrada limpia.

—¡Qué barbaridad!

Ambos metieron piés á sus cabalgaduras y las encaminaron al lugar de la escena. Pero tan calmoso de suyo y tan sufrido debía de ser el viejo cuártago, y tan acostumbra-

do á no dejar su zaga debía de estar el macho, que todas las excitaciones de la pollinesca arriería, no bastaran á hacerles emprender más grande carrera que un trotecillo cochinero, tan corto en duración como en resultados.

—Ya, ya huyen aquellos, los de Pueblatomillo—dijo rebosando de júbilo el criado, que no apartaba sus ojos del lugar en que estaban los grupos—¿los vé usted, señorito, cómo ya se desbandan por el egido abajo....? Los nuestros han vencido.

—¿Cómo los nuestros?

—Sí, señor, los de Villalinda son los que persiguen.

—Ya. Pues dejemos á los nuestros y á los que no son nuestros—replicó el señor, dejando de arrear á su caballo.

—¡Rediós; qué lástima!—exclamó el zagalote—Podia yo haber hoy estrenado mi honda nueva, que lanza las piedras.... ¡Pum! Como las balas.

—Pero, ¡qué!—exclamó el otro—¿Son frecuentes estas peleas?

—Bastante. Esos de Pueblatomillo son muy brutos, y por mas que se les arría cada

zurribanda que se les pone verde, ellos á *densurtarle* á uno con lo de la zamarra de la torre.

—Oye, ¿quieres decirme qué es eso de la zamarra de la torre, que yo nunca he logrado saber á punto fijo?

—Eso es una *trola* que los de Pueblatomillo han sacado de su cabeza, envidiosos de no tener una torre como esta.

—Y qué *trola* es esa?

—Una que no se le ocurriría.... ni á quién diré yo.... ¡Vamos! ni al bobo de Coria. Verá usted.... Se la voy á contar como á mi me la contaron, porque ya se sabe que todo es un lío de esos embusteros.

—Cuenta.

—Pues dicen que un año echó Dios tanta agua sobre nuestro pueblo, que aquello era como el diluvio. Y llueve que te llueve, se había liado un temporal de mil demonios, cuando á lo mejor se viene del cielo una centella, y ¡zás! como había de caer en Pueblatomillo, cayó sobre la torre de Villalinda, y la hizo casi una breva. D. Juan de la Trágala, que era el alcalde entonces, mandó remediar los *imperfeutos;* y para que el estropeo no se

repitiera, dicen que dió un bando á los ganaderos del pueblo, exigiendo cincuenta zaleas á cada uno, para hacerle con todas una gran zamarra á la torre. Pues señor, que no se reunieron tantas zaleas, porque aquí, dicen los de Pueblatomillo, que no hay quien tenga cincuenta borregos, y la zamarra no se acabó de hacer. Y vea usted por qué ellos, queriéndose burlar, cuando ven solo á uno de este pueblo, le dicen con mucho retintín: —"Oye, tú: ¿tiene la torre de tu pueblo puesta ya la zamarra?„ Naturalmente, uno, que sabe ya donde va el tiro, replica, también con mucha sorna:—"Todavía no, ámigo mio; porque ha de saber usted que tiene *rompía* una manga, y no hay en Villalinda bastantes zaleas para componerla. Pero véngase *diquiá* á seis dias y se la verá puesta; porque hoy ó mañana pensamos *dir* á Pueblatomillo, para despellejar á cuantos borregos y cabrones encontremos á mano, y.... ¡figúrese usted! no solo para remiendos: hasta para solapas y esclavinas, vamos á tener cueros. Porque allí dicen que hay mucho borrego ¿no es verdad usted....?„ Y.... ¡Rediós! de esto á las *gofetás* que quitan como el

sentido, no va nada. Luego, que si tú me la pagarás, que si yo te la deberé, uno mira por los suyos, y se arma cada pelea que tiembla el misterio.

—Pero chiquillo, eso es muy bárbaro.

—¿Y que quiere usted? ¿Hemos de dejar que nos tomen de capa los de Pueblatomillo? ¡Rediós! Eso sería lo último.

—¿Por qué á eso de la zamarra, no replican ustedes con algo semejante?

—Ya le decimos que su Virgen de Palomares tiene las piernas de palo; pero se vienen con una fresca, y estamos en las mismas.

Cuando á este punto la conversación llegaba, ambos los caminantes entraban por el pueblo.

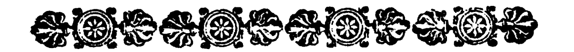
No se corresponde la estructura de éste con la belleza de sus alredores. Casas ruinosas, de desiguales formas y alturas, y algunas, pocas, mayores y arrogantes, forman unas tortuosas y estrechas calles muy mal empedradas y á trechos no tan limpias cual pudiera exigirlo un grave ornato. La primera es aquella donde está la Iglesia, edificio de tres siglos, formado por berroqueñas piedras, prolijamente talladas. A la vuelta se

halla el convento de Capuchinas, vetusto armazón de muros de sillería ennegrecidos por el tiempo y las lluvias, que contrasta vigorosamente con la blancura de las paredes cercanas; sus grandes puertas labradas y casi cubiertas de cabezudos clavos, están descuidadísimas, y las grietas formadas por los derruidos sillares, son tan anchas, que con holgura sirven de maceta á jaramagos y ortigas, y de vivienda y nido á lagartijas y murciélagos. Pasado el convento y rodeada la manzana de que forma parte, se encuentra á sus espaldas una grande casa muy diferente de las demás del pueblo; tiene su fachada algo de antigua mansión señorial en aquel balconazo de pétreos balaustres, sostenido por dos toscas columnas; en aquel carcomido relieve, que informe y borroso, todavía se advierte debajo del balcón; en aquellas ventanas cuyos huecos son en la parte superior arcos truncados; en aquella templaria puerta, que deja ver un largo zaguán con chinas empedrado; y en el deterioro, en fin, poderosamente resistido que por todas partes se le advierte.

Al llegar ante ella, amo y criado se apea-

ron; éste tomó á las bestias del ronzal para llevarlas á la cuadra por otra puerta, y aquel entró por el zaguán, lijero y presuroso, á tiempo que dos mujeres, una de ellas muy hermosa y jóven, salían á recibirle.





II.

HISTORIA ANTIGUA.

—....y ahora, ahora mismo estoy aquí, que no sé como estoy. Salgo un ratito, porque la Niña se distraiga; pero por mi gusto.... Luego, vive una còmo sola; porque ese médico, ¡ay que médico! Yo, mire usted, Augustito: se lo digo á usted con franqueza; estoy deseando que usted concluya la carrera, tanto como lo pueda desear su padre. Porque es mucha, créame usted, es mucha la falta que en el pueblo tenemos de un buen médico.

El jovencillo marcó su rostro con un gesto petulante, y echó una tierna mirada sobre la niña que á su lado estaba.

—Sí,—repuso—hay quien cree de muy buen tono y propio de famosos médicos, eso de no atender á los enfermos.

—Lo cual es una equivocación; porque un médico que atiende á sus enfermos, ya tiene mucho adelantado; pero esto de mandarle razones, lo que está aquí ahora sucediendo.... Mire usted: antes de anoche me dió á mi eso que ahora anda, el *manolé* que le dicen.... Yo no entiendo; pero sentía una cosa, así como unos calofrios que me subían del pecho á la cabeza, y luego un desarreglo de estómago, y un zumbadero, un zumbadero en los oidos, ¡ay! creí que me moría; porque es lo que una dice; á persona así tan padecida como yo, qualquier cosilla le trae complicaciones, y.... pues verá usted: en seguida que me sentí con aquello, mandó la Niña buscar á Sanguino en su casa, en la botica, en el casino, en todas partes. Pues ¿quiere usted creer que el bendito señor no pasó á verme hasta ayer tarde?

—¡Que incuria!

—Cuando llegó á casa, ya estaba yo buena. Pero si no es por milagro de Dios, ¿quiere usted decirme qué se hace una con médicos semejantes?

—Así,—replicó Augustito—no puede cumplirse con los sagrados deberes que al

médico impone su honrosa y humanitaria profesión.

—Pues eso es lo que á Sanguino no le habrá nunca pasado por la cabeza. Si cuanto una dice.... Y luego hay todavía quien todo lo quiere dar por bueno y por santo, diciendo que si es tan buen médico, que si por aquí, que si por allí. Mire usted, yo no quiero quitar su fama á nadie; pero aquí en confianza, le digo á usted que Sanguino.... ¡vamos! Hace seis años que está viniendo á casa, y no cae, no cae en lo que sea mi enfermedad. Manda unas cosas tan raras, que yo, la verdad, no me atrevo á tomarlas; y como á mi *Don Diametro* no me entra, porque como dice el refrán: *médico viejo y tocino rancio, dejarlo,* lo que hago es llamar á tia Frasquita la del estanco, y hacer lo que ella me manda. Y entiende mucho esa tia Frasquita, no crea usted. Ella es la que me ha dicho que esto mio es nervioso.... ¿A usted que le parece?

—Que si tal le ha dicho, y en efecto es nervioso lo que usted tiene, ha sonado la flauta por casualidad; porque esa señora tia Frasquita no tiene motivos para saber una

palabra de la ciencia de Hipócrates, la más vasta y desconocida y complicada de todas las ciencias. Así que el fiarse de esas curanderas, lo reputo un peligro para la salud y para la vida.

No esperaba semejante contestación doña Paquita; pero así, resuelto y con energía se la dió el jovencillo.

Era éste un estudiante de medicina que por su audacia y desvergüenza para hablar sin miramientos ni respetos en barberías y cafés, se habia abrogado el puesto de sabio en Villalinda. Su raquítica persona, porque era canijo, ruín y miserable, barbilampiño, de poco más de un metro de altura, color pálida como la cera, ojillos chispeantes, redondos y muy chiquitos, se hallaba, durante el tiempo de vacaciones, en todas partes donde hubiese cuatro personas reunidas, y en todas partes su voz chillona y estridente echaba un cuarto á espadas sin guardar respeto á persona ni institución alguna, por capaz, considerada y sabia que fuera.

En la noche que le vemos, apenas si se le conoce, porque enamorado el hombre de la niña que á su lado tiene y que por cierto

maldito si le hace caso alguno, se cree en el deber de aguantar la charla con que le ametralla su presunta suegra, y apenas si ha mostrado un rasgo de su natural petulancia, cuando la enfermiza señora le ha confesado que fia más en curanderas que en médicos, á los cuales él, por de contado, no defiende sino en circunstancias análogas, que ya tiene entendido y por cosa de clavo pasado, que hay mucho bárbaro por esos mundos, ejerciendo la medicina.

Doña Paquita, esposa del recaudador de contribuciones y una de las más asíduas concurrentas á las tertulias de Don Gaspar Guillén, donde ahora nos hallamos, está sentada en un grande sillón al lado de su hija y frente al estudiante de medicina. Su rostro mofletudo y marchito, de quebrada color y abundantísimo en arrugas, le dá una ancianidad de sesenta años, cuando quizá no pase de cuarenta y ocho. No puede decirse, sin embargo, que esta prematura vejez haya desmejorado su hermosura, porque doña Paquita fué siempre rematadamente fea. De nariz arremangada y chata, casi rectas y despobladísimas sus cejas, algo bizca del ojo iz-

quierdo y un tanto bigotuda, su fisonomía justifica aquel apelativo de *la Bicha*, que en el pueblo se le habia adjudicado. Charla más que un pica-pleitos, y cuando no se ofrece echar un ratillo hablando mal del prójimo, son tema de su conversación, las enfermedades que ha padecido, y el último ataque que le ha dado.—Eso lo he tenido yo—exclama en cuanto oye hablar de tifus ó de viruelas. Y ya la tenemos explicándonos lo que sintió un dia, y los parches de sebo que se puso otro.

Cerca de ella, como se ha dicho, y hablando quedo con otra señorita que tiene á su derecha, está su hija María, joven pequeñita, vivaracha, carirredonda, pelinegra y de ojos pardos y maliciosos.

—¡Ay, mamá, mamá!—dijo vivamente esta joven tocando á su madre en la manga del vestido.—Mira quien llega.

—¡Calle! Juan de Dios. ¿Cuando habrá venido?

La mayor parte de los contertulios de Don Gaspar Guillén se levantaron para saludar á nuestro héroe que entraba entonces.

—Yo creo que conozco á este—dijo Augustito.

—Si. Es el hijo de la *Alondrilla.* Sino que ya hace mucho tiempo que pára poco en el pueblo.

—Es abogado ¿verdad?

—Si, abogado. ¿Usted no sabe la historia de su familia?

—Algo he oido de ella; pero...

—Pues verá usted.

Y doña Paquita sorbió aire, y se dispuso á hablar largo y tendido sobre nuestro héroe. Oigámosla, que aunque no tengamos el suyo por muy fidedigno testimonio, la historia, por nadie escrita que sepamos, de aquella familia, gente, á lo que dicen, fidalga y linajuda, corre de boca en boca por el pueblo tan sazonada de anécdotas y acaso adulterada, que separar con tino lo cierto de lo falso y lo real de lo imaginado, es hoy punto menos que imposible. Cual hace de ella una novela con puntas y ribetes de romances; cual la refiere de manera que parece un cuento para dormir chiquillos; cual la reduce á la narración de algunos de esos vulgares acontecimientos que suelen acabar con

una cosa grande. Y entre lo que uno expone y el otro afirma, todo se ocurre menos decidir. Oigámosla, por tanto, que ella fué siempre muy aficionada á meterse en vidas agenas, y algo de provecho nos podrá contar.

—Pues verá usted,—decía—Vivió aquí no hace mucho un tal don Rodrigo Peransúrez, que era noble, y de esos mayorazgos muy ricos; pero muy loco, el pobre hombre. Andaba siempre arriba y abajo metido en conspiraciones y danzas políticas, y de esos, de los masones, dicen que era también. Figuró mucho cuando el rey don Fernando estuvo preso en Cádiz; pero luego ¿sabe usted lo que le pasó? Que le pegaron cuatro tiros. Parece que era liberal, y, en fin, yo no entiendo de eso; lo cierto es que lo mataron.

—Sí; moriría por liberal... Una de las víctimas de aquel perjuro tiranillo.

—Pues muerto el mayorazgo, un hijo que aquí en el pueblo tenía, se quedó perdidito; porque el fisco hizo presa en sus bienes, y él quedó en manos de tutores. Sin tener la calor de nadie, porque se había quedado sin parientes, andaba el chico mal; luego, no se daba á querer; era muy sombrío, muy tacitur-

no; en fin, se necesitaba de ganchos para sacarle del cuerpo las palabras. Pues señor, que llegó á hacerse un hombre, las cosas parece qué también variaron, y le devolvieron, no crea usted, una gran parte de sus bienes. Pero dice el refrán que de donde no hay cera no se sacan velas; y el chico había sido tonto de la cabeza, y tonto seguía siendo. Porque ya usted ve: ¿usted qué hubiera hecho en su caso? Buscar una buena mujer, rica si era posible, y casándose con ella, vivir aquí tranquilo en paz y en gracia de Dios. ¿No es eso?

—Quizá sí.

—Pues él, no señor. Nombra aquí un apoderado general, que por cierto lo fué el amo de esta casa, y se vá por ahí, sabe Dios adonde... Hasta en París de Francia dicen que estuvo mucho tiempo. Nunca le escribió á nadie más que á su administrador; y eso para pedirle dinero, lo cual sucedía con tanta frecuencia, que no solo las rentas, sino hasta casi todo el capital gastó. En fin, cuando ya no le quedaban sino cuatro finquillas de mala muerte, se arroja por aquí, y.... á que no sabe usted lo que traia como recuerdo del viaje?

—¿Pájaros raros?

—¡Ca! Cosa más tonta todavía.... Libros; libracos de todas clases y tamaños era lo que traia el buen señor. Todo el mundo, naturalmente, le tomó por loco; y si alguno se atrevió á concederle dos dedos de juicio, pronto se convenció de que la erraba. Porque verá usted; llegó aquí el mismo dia que ahorcaron á los siete.... Usted habrá oido hablar de ellos.

—Sí. El año 58.

—Bien; pues uno de los siete, era el tio *Piyayo* viejo muy malo que tenía una hija rodando por las calles y tabernas, manteniéndose de lo que le daban por cantar coplas.... un poco picantes. Era algo agraciada la muchacha, pero, ya le digo á usted, una perdida. Pues un dia..... Verá usted que hombre más raro; parece que el mayorazgo vió á la chiquilla cantándole á unos ganapanes. Y entonces, con una cara de justo juez, muy grave, como enfadado, le dijo á la muchacha:—Niña ¿quieres venir mañana á casa?—Sí, señor ¿con la guitarra?—le contestó ella. —No; la guitarra la rompes. Pues ella fué á su casa y ¡vamos! que no se la vió más

cantando por ahí. ¡Ea! Ya ese pobre diablo hizo una cosa buena—se dijo por el pueblo—Ha recogido á la Alondrilla, y la tiene de criada.... Cuando al año, se viene el señor mayorazgo con un hijo. ¡Figúrese usted que escándalo! En vez de su criada, la habia hecho su manceba.

—¡Vaya!—dijo Augustito,—no estuvo mala tal filantropía.

—Pues verá usted; yo no sé qué se le había figurado, que preparó un bautizo fastuoso, de toda gala, gastando lo que no tenía en vino, en dulces, en música, en fin en todo. Convidó á medio pueblo, preparó su casa para un gran baile.... ¡vaya! que quiso echar el resto. Pero se llevó un chasco, que no se lo quisiera á usted decir... Figúrese usted, que ni una señora fué á su casa. Hombres sí; fueron bastantes; como daba vino.... Pero, naturalmente ¿quien había de transigir con semejante inmoralidad?... Y es que como él venía de extrangis, se figuró que todo el monte era orégano.

—¿Y no se casó al cabo?

—¡Ca! No señor. Al poco tiempo, la Alon-

drilla le dió una hija, y él se murió luego, yo no sé de qué.

—¿Y el chico aquel, es Juan de Dios?

—Si señor. Ahí con mil apuros ha hecho una carrera, y, mire usted, sea quien sea; pero es un hombrecito. Aquí se le admite en todas partes, y, vamos, como si fuera una persona de....

—Doña Paquita, y usted, Augusto—dijo entonces la fresca voz de una linda joven—es preciso que tomeis cartones, si se ha de animar esto; porque no hay repartidas más que tres jugadas, y....

—Pues ¿y tú, Anina?

—Yo no puedo. Papá vino del campo algo indispuesto y tengo que ir y venir....

—Ea, pues, vamos. Ande usted, Juan de Dios.

—No señora, gracias. La lotería me cansa horriblemete.

—¡Ay! que soso es el hombre—dijo en voz baja la más habladora de las feas.

Y se dispuso á apuntar una jugada en compañía de Augustito.



III.

Anina.

Cada cinco minutos se la veía salir, y á poco volver solícita y díligente. Sus ojos, sin revelar desasosiego alguno, pasaban rápidos y cariñosos por los ámbitos del salón como buscando empleo á su enérgica actividad, siempre en ejercicio. En todo estaba su atención, como si todo lo que á su alrededor acontecía, fuese de capital importancia, ó tuviese para ella grandísimo interés.

Andaba tan preciosa criatura en los diez y nueve años, más hermosos por lo común, que los tan decantados quince abriles, y era gallarda, esbelta, y de fisonomía espresiva. Quizás una comadre del lugar hubiera hallado imperfecciones en su rostro bello, por-

que, en verdad, su nariz era algo larga, y sus pómulos un poco salientes. Mas estos, en ella, eran defectos dignos de admirarse como perfecciones; porque nada más lindo que aquella barba redonda y pequeñita, nada más dulce que sus megillas, bañadas en leche y grana, y nada más tentador que aquellos ojos, negros como la endrina, grandes como un abismo. Su frente espaciosa la llevaba cubierta de enmarañados rizos, entre rubios y canos, gracias al polvo de arroz que había cernido sobre ellos. Pingajos y suciedades de la moda que, inventados para las feas, no sé porqué los usan las hermosas. Pero hasta esto en ella parecía bien. Después de los *flequillos*, su pelo, de un color rubio pálido, dividido en dos mitades desiguales por una raya un poco inclinada al lado izquierdo, y hecho trenzas, venía á quedar recogido sobre la nuca, formando un pequeñito promontorio, en cuyo nacimiento se veian dos rosas.

Vestía con elegancia un lindo traje á la moda, color azul marino, de esos tan guarnecidos, plegados y llenos de cogidos, que el detallarlos es cosa de hora y media para

oficiala parlanchina, y faena imposible para mí. Diré, pues, que al verlo, todo parecía bien, y que nada podía estar sino como estaba.

Al entrar al salón la vez que en ella nos fijamos, vió Anina el corro formado por los jugadores de lotería á quienes su madre cantaba los números; á su chacha, cerca de ellos ocupada con una labor de estambre, y á Juan de Dios al otro lado, fijos en ella sus ojos melancólicos.

Acercóse á él. Y grabando en su rostro una sonrisa encantandora, le dijo:

—Pero si no juegas ni hablas con nadie, te aburrirás sobre manera.

—No lo creas. Yo no he venido sino á verte; viéndote estoy, y esto para mí, no es ya una distracción, sino una gloria.

—¿Sí, hombre?—repuso Anina con tono de incredulidad.

—Sí. Ya sabes que tú lo eres todo para mí en el mundo.

—Anda, bromista. Déjate ahora de eso.

—¿Bromista yo, Anina?

—Pero ¿es posible? ¿Quizá te dura aún la calentura aquella de ahora dos años?

—Si que me dura, y será eterna en mí cuando ni el tiempo ni tu olvido han alcanzado aminorarla.

—¿Mi olvido, dices?—preguntó ella extrañada—¿Pues qué he olvidado yo?

—Lo que me habias prometido.

—¿Yo á tí promesas? A ver, esplícate.

—Muy sencillamente. Tienes un novio.

—Y bien: en ese caso están casi todas las niñas de mi edad.

—Pero yo te había declarado mi amor, durante mi última estancia aquí ahora dos años, y me respondiste que siendo una chiquilla aún, aguardarías á ser mayor y que yo volviese.

—¡Toma! ¡toma! Es verdad, recuerdo eso; pero, á serte franca, mis palabras fueron ó debieron de ser una evasiva. Yo entonces no pensaba en amores.

—¡Bien has jugado conmigo!

—¡Bah!

—Y ¿cómo tu.... novio no está aquí?

—Falta muchas noches.

—¿Y no le dices nada?

—Nó, porque viene luego á la reja. Exigirle además que aquí viniese, era mostrarse

enamoradísima de él, y.... vale mas que los hombres no crean nunca tal cosa.

—¡Ay, ay!—exclamó gozoso Juan de Dios —Veo que no le quieres.

—Eso nó—replicó ella vivamente—le quiero bastante; mas por ello no he de tenerle continuamente pegado á las faldas. ¿Para qué?

—Veo que no le quieres—repitió Juan de Dios acercándose á Anina y hablándole con fuego—porque esa nimia complacencia en verle y en hablarle, no es amor.

—¿No es amor?

—Nó.

—Tiene gracia. Pues ¿qué es amor?

—Lo que yo siento por tí—dijo él con fuego y apresuradamente—este latente anhelo que me abrasa; un sentimiento que hacia tí me lleva como al acero el imán....

—Vaya; vaya. Sería cosa de dejarte solo á tomar en serio lo que dices. Pero hombre.... tú, tan sensato, tan grave, tan formal, en fin, doctor que ya eres, según me han dicho, ¿has de galantear como un chisgaravís cualquiera?

—Si no te galenteo. Si te notifico una

pasión que es en mí tan antigua como mi existencia. ¿No recuerdas tú como yo siempre te he mirado? ¡Oh! Si lo recordaras, verias que siempre te consagré mi vida. Sí, no te extrañes. Yo te amé, que sə yo, desde chiquillo; y en los azares alegres ó penosos de mi vida, siempre tu imagen, presente al pensamiento me decía: "Hazte digno de ella.„ Y por tí he trabajado, y por tí he conseguido la humilde posición que tengo.

—Anda y cuéntaselo á un ciego.... ¡Miren el amor de novela que se trae!

—No es de novela ni de cuento. Es amor simplemente, es verdadero amor.

—¡Ay, ay, Juan de Dios!—exclamó Anina—Pues que tan pesado y machacón estás, yo no debería ya de escucharte. Pero sin embargo, ahora cuando vuelva te probaré que inútilmente tratas de quedarte conmigo.... Quizá debería ofenderme, cuando esas cosas me dices, sabiendo como sabes que yo amo á otro hombre; pero no sé por qué no me he ofendido. En fin, ahora vuelvo.

Salió de nuevo para ver á su padre, y como las veces anteriores, tornó al poco tiempo. Nada le dijo á Juan de Dios, apesar

de la promesa; pero como éste volviese á insistir, ella le dijo apresuradamente:

—Pero vamos á ver ¿Por qué tú has de quererme?

—Porque eres bella, porque te considero buena y porque tienes gracia, talento y hermosura, que son las dotes que hacen adorable á una mujer.

—Pues aunque yo creyera eso que dices, que no lo creo, no debo de hacer caso alguno á tus palabras, ni considerarlas para nada.

—¿Por qué?

—Porque no. Porque ni aún teniéndolas por ciertas, puedo tenerte por enamorado de mí.

—¡Cómo!

—Sí, óyeme. Tal vez esto te parezca mucha letra menuda, para una ignorantona como yo; pero sin embargo, voy á exponértelo como se me ocurre, y piensa lo que quieras.... Tu amas en mí la belleza, la discreción y la gracia, cualidades que yo no tengo.

—Sí tienes.

—No tengo, al menos en el grado que supones; hay por lo tanto en tu amor, una

alucinación producida por tu engañado pensamiento. De manera que en cuanto conozcas ese engaño, desaparece tu amor.

—Pero si....

—Déjame todavía.... Por otro lado: mañana encuentras otra mujer que sea, ó que te parezca más bella, más graciosa ó más discreta que yo, lo cual es facilísimo, porque yo lo soy en muy poco, si lo soy en algo; y entonces ese tu amor por la belleza, por la gracia y por la donosura, se vá al punto con ella, y.... total, mira en ambos casos reducida á cero una pasión que te pareció era parte de tu vida misma.

—No, Anina, no. El amor es un sentimiento innato del hombre, que se manifiesta en cuanto causa ocasional hay para ello; no puede por tanto aparecer, sino cuando esta causa se presenta, ni en tal caso dejarlo de hacer. Una causa de amor, es la belleza; tú, Anina, la posees en grado extremo: pues si á tu vista nació el mio ¿de qué te extrañas?.... Y eso de que varíe de objetivo, tampoco es menos imaginario; porque no le hacen nacer las cualidades abstractas de la persona, sino la persona de tales cua-

lidades. Ahora, una vez nacido, ya esta persona es la dotada con más perfecciones, pues todas las supone y las vé y las reconoce en ella, aún cuando no las tenga; que nada para el amor hay más perfecto que el objeto de que dimana.

Anina escuchó atenta las palabras del joven enamorado, pero nada contestó á ellas.

Él prosiguió.

—Ya ves, Anina, cómo son pueriles tus razones.

—No veo sino que tienes mucho talento; pero no has logrado convencerme.

Era llegada la hora del *tapado*, última jugada de la lotería, en la que, *velis nolis* habian de tomar parte cuantos presentes estaban, y la plática de ambos jovenes, quedó en lo apuntado, por aquella noche.



IV.

SOLILOQUIO.

Pero siguió en otra, y en otra luego, hasta que Anina hubo de esquivar la conversación de Juan de Dios, y últimamente prohibirle que le volviese á hablar de aquello.

Una noche, despues de la tertulia y de haber estado en la reja durante media hora, esperando á su novio inútilmente, Anina entraba en su alcoba, situada en el piso principal; y al deshacerse el peinado ante un sencillo tocador de cedro, sus ojos se encontraron con una pequeña fotografía puesta en un cuadrito que de un clavo colgaba. Era el retrato de su novio; su cara larga y morena como la de un árabe, parecía mirarla sonrriente y complacidísima de aquella dulce intimidad. La Guillén descolgó el retrato, y

á la luz de la bujía con que se alumbraba, lo estuvo contemplando en su mano con fruición y deleite, más que si fuese la primera vez que sus ojos le veian; como si perdido, le recobrara entonces. Deshizo el cuadro luego, y leyó la dedicatoria, una, dos, y tres veces, despacio todas, y cual si meditara sobre cada una de sus cariñosas palabras. Después exhaló un suspiro, y le volvió á hacer murmurando:

—¡Ay Venancio, Venancio! ¡Que mala pasada quiere ese jugarte!

Y echándole una última mirada iba hacia su velado lecho con indolente paso y ademán perezoso, cuando sorprendida por el timbre del reloj de cuco que sonaba en el comedor de abajo, se paró enmedio de la estancia, dió un lánguido bostezo, y se pasó la mano por la frente, quedándo así meditabunda un corto espacio.

No sentía sueño.

Dirigióse á la ventana, pasados unos instantes, y abriendo las puertas de cristales, se puso de bruces sobre su baranda. El vientecillo fresco de la noche, llegó enseguida á acariciar su rostro.

Daba la ventana á un bonito jardín donde muchas plantas y árboles crecian en arriates que semejaban regulares figuras geométricas.... No había luna; mas aclaraba la noche un cielo todo salpicado de estrellas, cuya tibia luz dejaba en poética y vaga penumbra los objetos. El único ruido que se percibe en él místico silencio que la rodea, y que pronto se pierde á lo lejos como el agonizante eco de las notas de un arpa, es el susurro de la brisa que agita las hojas de los árboles y extrae del azahar grato perfume con que aromatiza el ambiente.

Triste y distraida, ya hacía vagar su mirada por aquel puro cielo como si pretendiese averiguar que estrella brillaba con más intensidad, ya la tenía fija en cualquier objeto que confuso se destacaba de aquel fondo oscuro, en tanto que su atención corría tras de una sutil maraña de pensamientos esparcidos por las encrucijadas y tortuosos pasillos de su cerebro, queriendo, en vano, ya desenmarañarlos, ya arrojarlos lejos de sí.

Ni la gigantesca mole de la torre que cual informe fantasma de contornos indeterminados, por encima de las bardas del jardín,

muy cercana se divisa; ni el oscuro ciprés de forma cónica que por detrás de los muros del convento de Capuchinas, asoma su desgreñada cabellera, son parte alguna para sacar á Anina del mutismo y abstracción en que la sumergieron el reposo augusto de la noche y sus propias reflexiones. Un tenebroso conjunto de extraños pensamientos pasaban en confuso tropel por su cabeza, arrastrando en pos sus facultades, sin que ni tan siquiera ella pensase, adonde tales maquinaciones la llevaban. Solo á Juan de Dios hablándole al oido apasionadamente, y enseguida la gentil figura de su novio, haciendo caracolear á su caballo, tal y como le había visto aquella tarde bajo sus balcones, era lo que claramente vislumbraba por entre aquel conjunto de sombras que la envolvían. Y su caracter era jovial y alegre más que taciturno: pero tan honda impresión habían al cabo hecho en su ánimo las palabras de Juan de Dios, tantas cosas en que no había pensado nunca, se le ocurrian ahora, que con frecuencia estaba cavilosa y triste.

En esta noche, su imaginación volaba en derredor de aquellas ideas, y tanto agranda-

ba y empequeñecía sus alcances, y tanto, sin advertirlo adulteraba su esencia, que vino á nò darse cuenta de ninguna. Quiso ya con un esfuerzo de reflexión, coordinarlas y apreciar su valer; y entonces, sin previo propósisito, sin haberlo querido, comparó todas y cada una de las cualidades y condiciones de su prometido y de su pretendiente, y.... ¡ay! en este parangón no se inclinó por cierto el fiel de la balanza hacia el platillo de aquel.

Indignóse de ver postergada por ella misma sus ilusiones del dia anterior, de aquel mismo dia, cerró de prisa la ventana, cristales y maderos, y procurando encontrar razones que rehabilitasen aquel cariño, por un momento oscurecido, comenzó á desnudarse.

Usaba Anina para dormir una fina camisa de Holanda que inmediatamente tocaba su lindo cuerpo y cubría la esbeltez de sus torneadas formas. Esta prenda llegaba casi á sus pies y se ajustaba al mórbido cuello por un bordado trapense de labor finísima. Su cabeza, sin cofia ni papalina ni nada, dejaba al cabello mostrar toda su finura y abundancia, cayendo por sus espaldas como un torrente de hilos de oro.

Metida ya en el lecho cuya cobertera se amolda á las ondulaciones de su cuerpo, diseñando todos sus contornos de modo que pudieran dibujarse, teniendo fuera uno de sus desnudos brazos, prosiguió en sus meditaciones; pero entonces en alta voz. Oigámosla:

—Es una locura lo que pienso—murmuraba—y una tontería lo que él dice. No es cierto que solo pueda llamarse amor esa sublimidad que él esplica; el aprecio mútuo y y desinteresado de dos personas, es también amor. Y si no lo es puede pasar por tal, porque basta y sobra con él para aceptar á cualquier hombre por novio, y luego por marido. Y además ¿quién sabe si esa pasión tan bien pintada por él, será una hacina de frases que su talento y su conocimiento del mundo le sugieren? Al fin y al cabo, de algo han de haberle servido sus estudios y pasar tantos años en Urfidelia..... Pero aun suponiendo que todo lo que dice fuera cierto, aun suponiendo que el amor es solo esa cosa tan buena que él esplica, como así no le amo yo, en poco ó en nada convendrían nuestros ánimos. ¡Ay! Pero ¿qué digo, así no le amo yó?

Ni de algún otro modo; esto es indudable. No, no le amo, ni le amaré nunca, por que si el amor, según él dice, es uno y eterno y yo amo á Venancio, claro es que nunca ámaré á él. Y estoy aquí pensando....Nada; fuera de mí cavilaciones engañosas; guarde ese hombre su amor para otra, que yo feliz he sido sin él, y ninguna inquietud sentí hasta ahora.

—Él tiene talento,—luego proseguía—es doctor nada menos, y siente el noble estímulo de la anbición que le llevará á vivir en Urfidelia, ó quizás en Madrid; su mujer, siendo rica y bonita como yo, podría brillar en la Corte entre sus más aristocráticas damas, pues el lugar que el mundo concede á la riqueza y al genio, podríamos alcanzarlo nosotros, él haciendo algo notable, yo presentándome con joyas y ricos trajes. Y esto, sin duda vale más que pasar la vida encerrada en este pueblo; pero....¡Vamos! Estoy soñando despierta. ¿Al sentirse él halagado por la gloria, si llegó á alcanzarla, no miraría en mí una lugareña zafia y simplona, y me consideraría con menosprecio, ó ya que nó, con humillante benevolencia?.... Pues ¿y si la gloria es inaccesible para él, qué papel haría-

mos? Es claro; en mí verían una ricacha intrusa, una señora de similor que pretendía cubrir el pelo de la dehesa con el oro ganado por su padre despachando vinos. ¿Y en él? Un abogado sin pleitos que por nada se distingue si nó por tener muger guapa y rica, de fijo excitaría preguntas como estas:—¿Quién es ese?—Y otro respondería con malicioso tono:—¿Ese? ¡Bah! Ese es el marido de la Guillén, una chicota andaluza bastante guapetona, á quien pasea su marido por Madrid.... Esto es una bajeza. Y si ahora no le amo, ¿cómo había de estimarle siquiera, considerándole capaz de acomodarse á ser conocido solo por esposo de su muger?.... De modo que haga ó no haga fortuna, sería infeliz con él. Pues vivamos como hasta hoy, y dejémonos de buscar aventuras, que aquí también puede pasarse la vida alegre y dichosamente.... Nada; esto es hecho;—añadió incorporándose—á dormir y no pensar más en él.

—Porque ¿á qué iba yo á darle un disgusto á mi pobre novio, y quizás otro á mis padres, tan solo por unirme á una familia.... ¡Ay! ¡*La Alondrilla* mi madre! ¡Qué vergüenza! No sé cómo he podido pensar ni un instan-

te en semejante unión.... Ni me esplico por qué conociendo todo esto, el recuerdo de ese hombre no me deja. Tengo, á pesar mio su imagen esculpida aquí, aquí—y se tocaba la frente.—¡Dios mio! ¡Venancio! ¡Ensueños amorosos que hasta ahora me halagaron: venid á mí para desvanecer esta ilusión!

Y por súbito movimiento incorporóse, apagó la bujía colocada en una mesita de noche puesta á la cabecera, y escondió la cabeza entre las sábanas.

No se sabe por tanto, si aun estuvo mucho tiempo sin dormirse; mas á la mañana siguiente se levantó tarde, y la sutileza de su chacha Gervasia la encontró algo pálida y ojerosa.



V.

REBOSOS.

Era este novio á cuyo recuerdo Anina demandaba sosiego en sus cavilaciones, Venancio Luna, joven por estremo simpático, y lo que se llama un buen mozo. Alto, moreno, fuerte y ágil, su tipo andaluz neto, tenía la gentileza y apostura que la fama pregona de ellos. En el pueblo, su vida era gozar de los dones que su fortuna le proporcionaba y su corta educación le reducía, pues, aparte de leer corridamente y de escribir *para su avío*, estaba al rape de instrucción. Pero en cambio sabía mil ardides y maneras diversas de cazar todo el averío de la zona; era un buen cantador de aires flamencos, y nadie con más habilidad jugaba, picaba ó mancor-

naba una res cuando, en alguna tienta ó herradero, se ofrecía. Rumboso en la jarana, y alegre y decidor en su trato, daba cualquier cosa por hacer al más serio ciudadano, víctima de una pesada broma, rayana ó no rayana de la inconveniencia y el detrimento personal. Por lo demás, un corazón sencillo, un alma generosa y noble, y un hombre que iba á todas partes, como decían de él. Hay que añadir que enamoraba sin compasión á las mujeres; que más de cuatro corazones por él habian latido, y que ya no faltaba quien por amor le aborrecía. En Anina Guillén, su última novia, ponía la voz del pueblo fin á estos amoríos, tanto por ser ya tiempo de que el joven sentara la cabeza, cuanto por la grande intervención que, en el arreglo del noviazgo, habian tenido una y otra familia.

Al salir de la misa de doce uno de aquellos dias, se hallaron Venancio y Juan de Dios; y la amistad sincera pero nada ferviente, nada íntima que se habia logrado mantener entre ellos, desde que juntos aprendieron el abecé en la escuela, les llevo á estar un rato unidos, charlando animadamente.

Fuéronse al casino, que también le hay allí, y por cierto mejor que el pueblo se merece.

En el casino hallaron á don Gaspar Guillén, Augustito, don Adolfo Vitela, Curro Cala, y á otros cuantos.

—¡Hola jóvenes!—exclamó al verles don Gaspar—¿Venis de algún colegio?

—¡Sí!—replicó Venancio—buenas están las elecciones. ¡Valiente farsa! Hace dos horas pasé por dos de ellos y ni nadie vota, ni nadie parece por allí.

—Ya irán. Todavía no es tarde.

—Es claro. Pero aunque lo fuera, no habría que sentir; porque á última hora ¡cataplum! á cada candidato se le ponen los votos que parezca, y concejales hechos y derechos.... Lo que yo no sé, por qué ha metido usted á mi padre en este belén. ¿El es político ni entiende esa monserga?

—Tampoco es cargo político el que á darle vamos. Es un cargo administrativo para el cual son necesarias personas de prestigio.

—¿Y por qué usted no lo desempeña? ¿Está usted desacreditado?

—Hombre, no. Pero me es absolutamente imposible.

—¡Imposible! Usted lo que hace es quedarse detrás de la cortina, y desde allí los lleva y los trae como palillo de barquillero.

—La verdad es—interpuso Augustito—que este sistema está desacreditado.

—Tienes razón, muchacho—le respondió levantándose don Gaspar—A ver cuándo tú inventas otro nuevo, y llegas á ser el regenerador de España.

—Yo no seré regenerador de nada—replicó el jovencillo amostazado—Pero que esta política de sainete que hoy se hace por caciquillos y encumbrados truhanes, está haciendo la ruina del país, no me lo negará usted. Y si me lo niega, tanto monta, que nó por ello dejará de ser menos cierto. ¿Quien ejerce hoy el democrático derecho de nombrar su Concejo? Usted, y más que usted, don Juan Manuel Pidón que es aquí el cacique, gracias á la imbecilidad de muchos.

Don Gaspar estaba ya jugando al tresillo con el administrador de consumos y otros dos, en una mesa cercana, y aunque escuchó la filípica, nada tuvo por conveniente replicar á ella.

—¡Toma!—dijo Venancio—Claro está

que Juan Manuel es quien arregla esto.

—Pues así anda ello.

—Y no es eso lo más malo; sino que así seguirá por mucho tiempo.

—O nó seguirá—repuso Augusto.

—¿No? Pues mira. Cuando vinieron los *blancos*, Juan Manuel arregló el tablero. Llegaron los *pálidos* que se decia eran tan magníficos, y Juan Manuel hizo con ellos lo que con los otros. Mañana vendrán los tuyos, y sucederá lo mismo. Y entre tantos vaya usted á averiguar quienes son los mejores; que por acá no sabemos otra cosa sino que el pueblo debe cada vez más, y que no obstante haber consumos y subastarse cada año, al final de ellos nos echan un reparto que nos baldan.

—De eso—dijo Juan de Dios á Venancio—ustedes los ricos teneis la culpa.

—¿Nosotros?

—Sí, porque le dejais solos en la subasta de la recaudación, la toman por el tipo que les parece, y aunque luego espriman al pueblo, el pueblo ya esprimido ha de pagar todavía la diferencia entre el tipo que la ley le señala, y lo que ellos en segunda ó tercera subasta se han servido de darle.

—Pero diga usted, señor don Fulano—dijo el recaudador de arbitrios, desde la mesa cercana, dirigiéndose á Juan de Dios en grosero tono—¿No se anuncian públicamente las subastas? Porqué, pués, quien tan grande negocio cree la recaudación, no la solicita?

—Ante todo—respondió el joven—eso de señor don Fulano....

—Ignoro su nombre.

—Juan de Dios Gómez.

—Muy señor mio.

—Pues esas recaudaciones no se solicitan, porque no todos saben que para explotarlas no es preciso bregar ni sostener la lucha, asquerosa muchas veces, que tan odioso tributo hace necesario; sino que puede buscarse y comprarse por unas cuantas pesetas, un testaferro cualquiera que tenga un espinazo de muchas vértebras, es decir, que á todo se doblegue, y trás de sus espaldas y sobre su dignidad, se hace todo muy sencillamente y sobre seguro.

—¿Lo dice usted por mí?—preguntó levantándose el administrador.

—Dígolo por quien á ello se presta. ¿Usted lo hace?

—Yo no.

—Pues no es por usted, entonces.

Sucedieron á estas palabras unos instantes de silencio, durante los qué nada fué mas de notarse que una belicosa mirada de don Gaspar Guillén á Juan de Dios.

—La verdad es—dijo á poco Venancio en baja voz—que á este caballero, no le conocímos hasta que vino aquí, y sabe Dios quien será.... Un pajarraco bueno.

—Eso, desde luego.—añadió Augustito—Con saber que Juan Manuel nos le ha traido....

—¿Pero es Juan Manuel—preguntó Juan de Dios—quien este año tiene los consumos?

—Juan Manuel es el de siempre;—contestó Venancio—cuando hay algo que ver con las autoridades, él anda los pasos y lo arregla todo, poniendo en juego sus relaciones. Pero quien dicen que los tiene este año es don Gaspar.

—¿Y subastóse en mucho su recaudación?

—Diez y seis mil duros. Hasta treinta mil que es el tipo....

—¡Parece mentira! ¿Y que esto pase todos los años!...

—¡Toma!—dijo Augustito—y seguirá pasando durante mucho tiempo. Porque el mal es de origen; es el caciquismo que nos devora. Mire usted: cuando los *rojos*, tiempo en que esta gente estaba un tanto retraida, ya tenían formado un comité de *blancos,* no gente formal; bodoques de facil manejo á quienes el dia del triunfo colocaron para tenerles á su servicio. Comenzaron más tarde á agitarse los *pálidos,* y por lo que pudiese tronar, ellos organizaron un comité de *pálidos.* Vendrán luego los *amarillos* y ya para entonces tendrán su personal adecuado, sacándolo de allí ó de allá, la procedencia importa poco. Bien que aquí no hay procedencias, porque no hay ó no se conocen ideas políticas. Entre tanto, llegan candidatos para Cortes ó para la diputación provincial, y siendo ministeriales, á todos se les vuelca el puchero. De este modo se tienen influencias en todos los partidos, y contando con ellas, quéjese el mundo entero de arbitrariedades é injusticias que si estas quejas se promueven por espediente, llevarán

carpetazo, y si verbalmente se exponen á un funcionario, éste hará oidos de mercader á la demanda.

—Eso, eso pasa—dijo Venancio.

—¡Bueno!—exclamó Juan de Dios—después de todo no tienen ellos la culpa; sino los que tanto poder le otorgan y se acomodan á servirles.

—Si no hay más remedio;—le replicó el de Luna—ponte con Juan Manuel de punta y te cayó la lotería. ¿Eh, don Gaspar?

—Oros son triunfos, señores,--dijo éste á sus compañeros de juego.—Como tu quieras, Venancio—contestó á este luego—¿no andan ustedes ahí arreglando el mundo á su modo y manera? Pues seguid en su luminosa discusión y á ver si ayudados por el señor Juan de Dios encontrais ¡vaya! lo que estais buscando; que yo ciertamente no sé lo que sea.

Recogió esta china Augustito antes que ningún otro, y en una vehemente peroración dicha en voz baja y tono confidencial, vino á poner en claro que Juan Manuel Pidón en un lado y don Gaspar en otro, tan bendito era el uno como el otro.

Después, aún se siguió hablando de esto

que he llamado *Rebosos* por estar realmente fuera del asunto de este libro. De esta especial política de pueblo, y del tipo de D. Juan Manuel Pidón, señor muy respetable, llamado simple y familiarmente Juan Manuel, otro dia os daré á conocer pelos y señales.

Una hora pasada se marchó Juan de Dios, al cual todos despidieron cumplidamente, y don Gaspar Guillén con estas palabras, dichas para no ser escuchadas:

—Anda, hijo, anda con Dios, y él te ayude: que siempre serás tú....





VI.

LOS GUILLENES.

Se les llamaba así, los Guillenes, por más que todos ellos no eran sino don Gaspar, una hermana vieja que con él vivía, y una patulea de sobrinos que traidos de la tierruca, andaban desperdigados por aquí y por allá, todos haciéndose personas á la sombra del tio.

Don Gaspar era un hombre de tipo vulgar, regularmente grueso, con cabeza gorda, cuello corto, cara espresiva y mirada escudriñadora. Temperamento sanguíneo y un carácter fuerte, indomable, le habian dado genio algo soberbio, y una constancia y tenacidad á toda prueba.

Natural de un pequeño pueblo de las montañas de Asturias, cincuenta años antes había llegado á Vilalinda con alpargatas y camisa de cáñamo, pantalones de pana con remiendos de cuero, viejísima chaqueta hecha á medida del difunto, y una astrosa gorra de piel que contaba los años por agujeros. Fué á dar con su humilde personita en un despacho de vinos y licores, y este fué el primer peldaño de la escala de su fortuna. Después.... ¡que cosas! pues no se le ocurrió al muy chicuco que la niña de enfrente tenía buenos ojos y que casi, casi, podía él casarse con ella? Y decía casi, casi, no porque él desmereciera, sino porque la Amparito ¡uff! ni que fuera hija del preste Juan, tendría más ínfulas ni más orgullo. Pero las ínfulas no estaban al nivel con el dinero: él en cambio ya tenía alguno, y ¡caramba! que le enamoraba casi tanto como la niña, aquello de casarse por amor. Dicho y hecho; se lo prupuso, y.... ya sabemos con qué tesón y constancia persigue el montañés un objetivo. A instancias de su mujer dejó entonces el despacho de vinos y se dedicó á comprar, durante el verano, grandes cantidades de

trigo que luego vendía á mayor precio en el tiempo de la siembra; en seguida este dinero, capital y ganancias, lo empleaba en aceite, que luego en el verano vendía mucho más caro para volver á comprar grano, y de este modo, á la vuelta de un año y merced á su duplicado manejo, sacaba al capital un interés de setenta ú ochenta por ciento. Esto, sin contar con que llegaban años malos en que los angustiados labradores necesitaban de dinero en mitad del invierno, y acudían á don Gaspar (ya se llamaba don Gaspar) para que se lo facilitase por cuenta del trigo que más tarde les había de comprar.

Esplicábales él entonces los perjuicios que se le irrogaban retirando de su comercio dinero alguno: mas como comprendía que en una región eminentemente agrícola, (esta era la frase,) en una región eminentemente agrícola, el campo es la vida, se sacrificaba gustoso aprontando el dinero, y en el verano recogería el trigo, solo un real, él no quería lucrarse, solo un real más barato en fanega, del precio que tuviese al retirarlo de la era.

Pronto llegó á ser con esto casi un personaje; propúsose entonces intervenir en las

cuestiones del Concejo y tener mano con los políticos que en el pudiesen ejercer influencia, y echando á un lado la tontería de pensar como estos ó como aquellos, se dió artes para pensar como todos, según las circunstacias. ¡Entonces sí que fué un hombre! Más bullidor que ningún otro, Juan Manuel le buscó, ambos se entendieron, y don Gaspar Guillén fué el más poderoso hacendado de Villalinda, en quien, sin duda casualmente, venían á parar los bienes del labrador de medio pelo, ó del rico desatentado y pródigo que se arruinaba.

La cara mitad de este prohombre, era una de las Vidales, la Amparito, señora vanidosa que al decir de su esposo había siempre despuntado por lo fino y á quien ciertos pujos aristocráticos, traian siempre á vueltas con la que se estima una verdadera señora, y con su primo tercero el mariscal de campo, y cuando fué al baile de la embajada una de las veces que en Madrid estuvo, y sus amigas las de Tenedillo que son las que implantan la moda en Urfidelia, y nuestra modista, y esto es lo que ahora se lleva en todas partes, y... así por el estilo, hasta no

acabar nunca, siempre tan redicha, que le venía como de perlas el mote aquel de *Doña Pico Dulce* que la daban muchos.—¡Vivir siempre en un pueblo? ¡Ay! por Dios, no me hable usted de eso, que me muero de pena. Yo he podido llevar esta vida, no sé, consumida, ahogada, pasando un martirio horrible; porque al fin la que no conoce otra cosa.... Pero una señora, así, ¡vamos! lo que se entiende una señora, ¡calle usted por Dios! esto es ahogarse, materialmente ahogarse.

¡Y para los disgustos que estas aficiones le habian producido!.... Era una guerra sorda la que siempre traía con su cuñada; porque, lo que ella decía: Es imposible, imposible de todo punto no chocar con mujer semejante. Ya se vé; una palurda montañesa que no comió sino borona hasta venir á Andalucía ¿qué había de entrar por lo que es una verdadera señora?

En fin; ahora llega. Si trae algo, doña Amparo se propone oirla con paciencia, que aquel dia está ella muy alegre por cierta nueva que en confianza le han dicho, y no está el horno para bollos.

—Ya está.... Ya está—dijo la chacha

con tono displicente en cuanto entró.

—¿Que es lo que está, Gervasia?

—Conste, conste que no me ha sorprendido en lo más mínimo; que esto lo estaba ya viendo llegar.

—¿Pero que es ello? Dí.

—¿Que es ello?.... Nada. ¿Tengo yo la culpa de que siempre vivas en Belén?

—Si todas no pueden ser como tú que sientes crecer la hierba. Una es tan torpe, que.... sin ciertos espíritus superiores.... como el tuyo....

—¡Estamos frescos!—exclamó la chacha disponiéndose á coser, sentada en una silla cerca de la ventana.

—¿Pero hablarás? ¿Que ha pasado? ¿Por qué esa alarma?

—Por tu hija.

—¡Por mi hija! ¿Pues qué le sucede?

—Que Juan de Dios la enamora; que...

—¡Acabáramos!—exclamó doña Amparo sonriendo—¿Y eso es todo?

—¿Te parece poco?

—Nada para tan ruidosa tormenta.

—Pues prepárate, que ya vendrán los chubascos.

—Anda, que siempre estás anunciando tempestad. No he visto calendario más lúgubre. ¿Qué ha de pasar porque Juan de Dios enamore á mi hija? ¿Que ella le corresponda? Pues dichosos ambos. Así como así, es Anina demasiado señora para haberse casado con ningún....

—¡Jesús, María y José! Tú no oyes, ni ves, ni entiendes. Tú no ves más que el casamiento que ha de hacerse, así de bóbilis bóbilis, como si no hubiese más que llegar y besarla durmiendo.

—No tanto, hija; que aun falta mucho por andar para que llegue ese caso.

—Pero ¡que mujer! ¿Tú lo crees posible? ¿Tú no ves las manchas, las nubes, la negrura que trae solo el pensarlo?

—¡No lo digo yo?... Este almanaque siempre está en acuario.... Mira Gervasia: si se casaran, lo cual nada tiene de extraño, sería una gran boda; porque, al menos, metida en este corral de vacas como ahora estamos, no se ha de presentar tan fácilmente otro muchacho, fino, de talento, y con una excelente carrera.

—¡Eso es! Y por la finura y el talento y

la carrera excelente, das á tu hija á quien más que á ella busca su dinero, y metes en la familia á la señora Alondrilla....

—No la meteré. Anina casada se irá con su marido á la ciudad ó donde quieran, y los demás, su alma en su palma.

—¡Por supuesto! Pedirte á tí dos dedos de frente, es como ponerle puertas al campo.

—Quien no tiene pizca de meollo eres tú; que no sabes sino pensar mal de todo el mundo.

La chacha no se dignó replicar á este desahogo de su cuñada, y selló sus labios pensando que después de todo, su opinión nada significaba sin el asentimiento de su hermano.

Era una virgen alta y seca, de erguido talle y vigorosos ademanes, uraña de genio, madrugadora, muy activa, amante de estar siempre traginando, y con cincuenta y pico de inviernos de amarga esperiencia.

—¿Donde ha ido Gaspar hoy?—preguntó pasado algún tiempo.

—A Guadalví.

—¿Viene pues, al anochecer?

—Seguramente.

Dirigió entonces una mirada escrutadora al rayo de sol que por la ventana entraba, como preguntándole cuanto tardaría en ocultarse, y prosiguió en su tarea sin levantar cabeza. Al cabo de una hora, sus nervios se impacientaban y aún el rayo de sol no se había ido: allí estaba como antes, algo más inclinado; pero inmóvil al parecer, y con una quietud capaz de exasperar nervios más sufridos que los suyos.

Al fin sus dedos se negaron á proseguir reteniendo la aguja. Recogió entonces la costura, y saliendo de la estancia, subió las escaleras y se encaramó en el mirador. Gervasia apoyó sus brazos en la barandilla de uno de sus costados, y allí estuvo inmovil, seria, cavilosa y abstraida, mirando el ancho campo que hacia levante se veía. La naciente primavera le había ya dado el verde manto que anualmente le regala, el cual, desde allí parecía adornado por una ondulante y blanquecina cenefa salpicada á trechos en su orilla por unas grandes piedras manchadas con cifras negras. Eran el reloj del caminante.

—Ya son más de las cinco.—se decía la chacha—Guadalví dista una legua, bien poco

tardará. Es preciso que le hable, que le convenza esta misma noche, si de convencimiento necesita, antes que el mal llegue á ser irremediable.... Por allí asoma ya un caballo; son dos; esperemos.... Ninguno es él.... Sí, él viene buscando lo que fué suyo, y el medio mejor para alcanzarlo le ha parecido un casamiento. Es claro: no solo mi capital, sino lo que más en el mundo estiman, pasa á mi poder, la cosa es clara.... Ahora asoma otro.... tampoco es él.... ¡Y como se ha venido á ella sin vacilar ni perder tiempo! Como plan concebido y ya hace mucho fraguado.... Todavía nadie. ¡Cuanto tarda Dios mio!

Y bruscamente abandonó aquel sitio.

De entonces á una hora más tarde, anduvo por la casa dando vueltas sin parar en ninguna parte, mandando, incomodando sin cesar á los criados, moviendo ella misma algunos muebles sin que ventaja alguna resultase de la variación, ni hubiese causa para ella; escuchando afanosa á cada instante, creyendo haber percibido el timbre de un reloj.

Llegó don Gaspar, y Anina y su madre salieron á recibirle. No era cosa de llamar-

le aparte delante de ellas.... Esperó.

A seguidas avisó la criada que la cena estaba dispuesta: ¿Iba á agriar la comida?... Esperó otro poco.

Y antes que su hermano saliese del comedor, ya le aguardaban el capataz de la Romera y un manijero de escarda, con los cuales hubo de hablar de siembra, piara y sementera.... Aguardó, no; rabió un poco más.

Allá á las nueve de la noche, cuando ya estaban allí los habituales tertulianos, pudo disponer de su hermano, y empezó la anhelada conferencia diciéndole él:

—Qué me quieres con tanto recato é interés?

—Nada; no tengo que decirte más que esto; una buena noticia, en suma: que tu amigo Juan de Dios está en vias de hacerse con todas las fincas que á su padre pertenecieron.

—¿Sí? ¿Tiene muchos dineros para comprármelas?

—¡Comprártelas! Eso lo haría cualquiera; no él que es hombre que sabe mucho. Otros son los medios de que intenta valerse.

—¡Bah, bah, bah! Siempre serán figuraciones tuyas.

—¿Figuraciones? Puede.... ¿Tú no le has visto anoche?

—Anoche, y ahora que acaba de entrar con don Diámetro.

—¿Ya está ahí?... ¡Oh! Esto va de prisa y corriendo. Bien,—añadió encarándose con don Gaspar—es preciso que no vuelva.

—¡Mujer!—exclamó éste sorprendido—¿qué estás diciendo? ¿por qué?

—Porque es un anzuelo.

—¿Un anzuelo?

—Sí, un anzuelo que pretenden hacerte tragar. Esa mosquita muerta que ahí ves con toda la beatitud de la hipocresía, sabe en resumen á su casa y á la de junto, y harto ya de rodar por esos mundos, y habiendo concluido esa carrera, se habrá dicho: Hora es ya de que salga de la mísera estrechez en que he vivido. Dineros, que no títulos son necesarios para ser algo en este mundo, y yo veo ahí, todavía impecable, la fortuna que perteneció á mi padre. ¿Qué haría yo para conseguirla? Cosa sencillísima: enamorar á la hija de quien hasta hoy la ha disfrutado.

Son unas pobres gentes que, aun teniendo el riñón bien cubierto, se considerarán muy honradas con que todo un hombre de ciencia como yo, se digne honrarlas con mi preferencia, y no repararán, como tal vez otros, en ciertas sombras que.... Eso es. Y ese niño está ahí, en tu misma casa, delante de tus ojos, enamorando á tu hija.

—Pues no lo consentiré á fé mia. Pero.... no veo la gravedad que te exalta; aunque él la pretenda, no queriendo Anina....

—Eso hay que procurar, que ella no quiera. Y para esto hay que poner inmediato remedio, porque sábelo, tu mujer proteje estos amores.

—¡Bah! Ella hará lo que yo quiera y le vendrá muy ancho. ¡Jinojo! Por más que yo no veo el peligro de que hablas. Nada tiene de extraño que ese pobre muchacho la haya pretendido. ¿Hay en el pueblo quien no lo haya hecho? ¿Y no tiene ella su novio?

—Gaspar, no te duermas en la confianza; obra con energía y al momento; ve que si Anina escucha sus galanteos, tendrá muchos disgustos que es preciso evitarle á su inesperiencia.

—Desde luego. La apercibiré esta noche.

—Haz por que él no vuelva á casa, que es lo más derecho.

—No, mujer; ¿para qué ese escándalo?

—Quiera Dios que me equivoque.

Marcharon desde allí á la sala en que estaba la reunión, á tiempo que se preparaban á jugar á la lotería.

Juan de Dios que no ignoraba cuanto es conveniente adorar al santo por la peana, salió á recibir á don Gaspar, y con él se detuvo un poco, hablando afectuosamente.

—Vamos señores—dijo una voz—¿usted, Juan de Dios, qué sitio vá á ocupar?

—Ahí, junto á usted puede ponerse.

—¿Aquí? No; estaría demasiado estrecho; mejor es ahí, junto á Anina; es buen sitio: córrase usted, doña Paquita... Así, basta. Tome usted cartones.

—¡Y se sentará!—gruñó la chacha presenciando la operación de colocar al joven junto á su sobrina.

Juan de Dios, por decontado, vió el cielo abierto, y tomó cartones del mismo color que ella.

—¡Ea! bola, señores—siguió la que an-

tes hablara.—El 87; con este me cerré yo anoche. El 15; la niña bonita.... apunte usted, Juan de Dios. El 69; antipático.... 50; la solterona. Pero, Gervasia, ¿que es de usted? Número 3.... ¡que distraida está la gente esta noche!.... 7; ambo.

Y así continuaba añadiendo con frecuencia motes á los números, é intercalando frases entre el anuncio de uno y otro.

La chacha Gervasia se revolvía en su asiento y desgranaba con las uñas las semillas para apuntar, en tanto dirigía significativas miradas ya á don Garpar, ya á los dos jóvenes. Estos por su parte ni reparaban en ella, ni se mostraban codiciosos por ganar los premios, pues hablaban con más frecuencia y atención de la que fuera menester para que no se les escapasen números que apuntar.

El efecto que esta conducta produciría, figúreselo el lector discreto. Yo le diré solo que el juego se acabó, que los tertulianos se marcharon, y que don Gaspar dijo á Anina cuando el último hubo salido.

—Es preciso, hija mia, que no vuelva á repetirse lo que ha pasado aquí esta noche.

—¿Que ha pasado, papá?

—Nada; te prohibo que en adelante entables conversación con ese hombre. Le hablas lo absolutamente preciso para no pecar de grosera, y nada más.

—No sé los motivos; pero basta que tú lo quieras. De todos modos, siento el haberte disgustado.

—Sí, mi Anina—dijo él besándola en la frente—No debes considerarle para nada. Olvídale.

—¡Qe le olvide! ¡Que le olvide!—decía ella luego, pensativa—¿Y por qué he de olvidarle? ¿Acaso es más que otro cualquiera para mí? ¿Ni qué tengo de él yo que olvidar? ¿que me galanteó? ¿é hice yo algún caso á sus palabras? ¿Le amo yo por ventura? ¡No, no; yo no le amo! Entonces ¿por qué me dicen que le olvide?.... Bueno. Papá lo quiere y nada me interesa lo demás.... Olvidaré el eco de su voz que ahora noto que aún suena en mis oidos; olvidaré su imagen que aún veo distintamente.... No volveré á pensar en él.



VII.

LA OTRA GENTE.

—¿Qué man dicho, mi vía, que andas jaciéndole guiños á la Guillén?

—¿Guiños?

—Eso corre.

—No hago tal á nadie. Trato, sí, de alcanzar el amor de Anina, pero formalmente; como lo haría un caballero.

—¿Y pa qué, hijo, pa qué quiés tú eso? ¿Te han fartao á tí mujeres en el mundo pa que hayas tenío que parar tus ojos en ella?... No quió rebajarla; sus méritos tendrá como ca una, y á la vista sarta que es una real mosa. Soles son sus ojos; la de un angel paece su cara, y su cuerpo es la estampa de la gracia. Pero ¿eso y no más es lo que ha

de pedirse en la mujer?... Hay otras cosas de más importancia al auto que la bonitura, y en ellas no habrás reparao, cuando en esa probesa tas metío.

—¿Pobreza enamorar á una mujer tan digna?

—Probesa que lo hagas tú. ¿Pues no ves que los Guillenes siempre como á siervos nos han tratao, y que han de hacerte un feo, á tí, á tí, Juan de Dios, que vales más que tos los Guillenes habíos y por haber?

—¿Y por qué han de hacerme un feo? ¿por qué han de rechazarme?

—Porque no eres partío para Anina; porque ella es rica en dinero, y tú á lo más en esperanzas. Tienes un título ¿verdá? Pus bueno: papeles mojaos pa los Guillenes. ¿Ellos qué entienden de eso? Dale tú hipotecas y pagareses, y entonse sí que te atenderán y hasta te dirán que te quieren. Lo que le pasó á tu padre.... ¿Sabes lo que habrán dicho de tí si tus intentos columbraron?... Este la enamora pa que á él güerva lo que suyo fué; que la quieres solo porque es rica.... ¿Y eso no es probesa?

—Ella no tiene, no puede tener senti-

mientos tan mezquinos, ni creer en mí esa bajeza.

—¿Ta correspondío? ¿Ta mostrao queré? ¿Es tu novia ya?

—Todavía.... no.

—¿Ves tú? ¿Y no te has muerto de vergüensa?

—Madre: es la mujer que adoro, la que siempre he querido, y la única á quien he de amar en mi vida. Por tanto, en tanto ella no corresponda á mi cariño, desdenes he de soportar, porque, á menos que se case, yo no cesaré de solicitarla.

—Bien. Si tanto es de tu gusto, ponte en condiciones de enamorarla.

—Casi hasta hoy aguardé, creyendo no estarlo antes.

—Pus no lo estás toavía. Ties que ser rico, y mientras nó, no hay caso. Porque, pongámonos en lo úrtimo, en que Anina te quiere, y hasta en que por encima de sus padres, tas casao con ella. ¿Qué es eso pa tí?... Na; porque se creerá cuando tu mujer sea, que te levantó hasta ella, y muy enfática te mostrará en público como á su más grande protegío, y te lucirá como á un la-

cayo apuesto. Tú te adormirás al calor de sus destinciones, y.... aparte el mundo dirá que te mantiene.

—¡Madre, madre!—exclamó el joven sofocado—¿Por qué así exajeras para martirizarme? ¿Había yo de consertir en tal bajeza?

—Yo creo de que nó; pero te veo en mal camino. Corre, márchate á Urfidelia ó á Madrid ó al otro mundo, y ponte rico. Yo me tragaré el sentimiento que tu marcha me cause, y gloria me paecerá la pena que me ajogue. Pero tú pudiente, nadie te insurtará por coicioso, y tos verán tus alientos, y tos lo que tu vales. Verías como entonces los Guillenes se apandaban, y no te echaban á la cara cosa en que tu no has pensao ni ellos puesto en orvío.

—¿Qué, madre?

—Que nasiste de la Alondrilla, una mujer de corazón muy grande, pero desdichá como la esgracia; de una mujer valiente que en su corto ser, siempre se ha tenío por más reina que nadie, y nunca ha sentío sino desprecio por aquellas gentes que su dinfortunio tuvieron por deshonra.

Era ciertamente la Alondrilla una mujer bien orgullosa. Al desdén con que el mundo la trataba, había correspondido con desprecio, y su ánimo templado y su alma enérgica, no transigieron nunca con las flaquezas y debilidades del prójimo, siendo su vida una protesta del menosprecio á que se la había condenado, y una reprobación del mal, viéralo en donde le viera.

Nació á la vida, pensó por vez primera hallándose en los brazos de un hombre cuyo amor no fue dueña de rechazar, porque ella no pensó, por que ella no vivió sino después de amarle. Que este amor la desdorase y la cubriese de menosprecio á los ojos del mundo, fué una grande sorpresa para ella, sorpresa ante la cual sus nervios se crisparon, se irritó su ánimo, y con afán buscó y sin darse cuenta exageró, faltas y debilidades que á aquel mundo hiciesen más imperfecto y menos digno que ella. Entonces le abominó con su desprecio, halló placer en el tormento que su falta la proporcionaba, y no consintiera en remediarla, si por ello hubiere de agradecer á nadie nada. Su vida se ajustó á estos pensamientos; nada hizo nunca por

ser más de lo que era, y hasta se sintió abochornada si alguna vez la asaltaron pensamientos de renegar de su persona, y, dejando de ser aquella mísera *Alondrilla*, convertirse en toda una señora, valiéndose para ello y usando en provecho propio, de aquel amor del hidalgo. No, ella no haría tal cosa; esa elevación sería como el precio de su cariño, y ella le amaba con toda nobleza y desinterés.

Y hasta en los más ínfimos detalles procuró que este su pensamiento estuviese reflejado; la Alondrilla, y no más que la mísera Alondrilla había de ser constantemente. Veámosla allí, vestida modestamente con un traje de percal, liso y oscuro, sin alhaja ni adorno ni atavío alguno en su persona, no obstante de que aún puede llevarlos. Y siempre estuvo igual; la belleza ya un tanto marchita de su anguloso y ovalado rostro, en el que brillan dos ojos de fuego, dos ojos que incendian, se muestra en ella al natural, sin artificio ni aditamento alguno.

En cambio muestra especial prurito en que sus hijos vivan como grandes señores y se tengan por presuntos príncipes, y les ro-

dea de cuanto sus medios, no muy latos, pueden proporcionarle. Ilustración, base de una fortuna, ha dado á uno. A la otra la educa en la virtud más austera, y con largueza la prodiga cuanto un ánimo femenil puede soñar, si estos sueños no son futilezas mundanas, á las cuales teme la Alondrilla y enseña á despreciar.

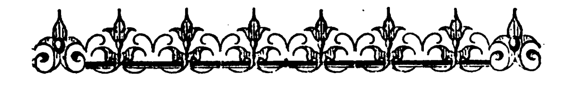
A las últimas palabras de su madre, y sigamos nuestro cuento interrumpido, no dió nuestro joven contestación alguna; pero quedó pensando en ellas y desentrañando lo que de real pudiesen contener. Y juzgó que no era poco lo que contenian; los hechos todos corroboraban la presunción de su madre, y de ellos podía sacar partido la maledicencia, en contra suya. Entonces se hizo más ruda la batalla en su ánimo empeñada entre su amor y su deseo, porque ya quisiera no amarla.... Hubiérase marchado, como su madre le decía, para hacerse con la fortuna que la nobleza de su pretensión afianzase; pero ¿no era esto abandonar el campo y entregar la mujer amada en los brazos de su rival?.... Y si se quedaba y por audacia ó suerte llegaba á ser el preferido, ya veía

á la malicia que señalándole con el dedo, al par que dibujaba en su rostro truhanesca mueca, parecía pregonar: "Ese lo ha entendido.„

—Güerbe en tí, vida mia;—díjole su madre comprendiendo la indecisión en que se hallaba—déjate de ese amor que yo no creo tan grande. No queas mal por eso.... Mira; verás. Pasao mañana vas á San Felipe; allá van toas las muchachas del pueblo, celebrando en fiesta y romería al Santo Patrono; haz con tres ó cuatro lo que ha jecho con la Guillén, y sin engañarlas, porque no puen llamarse á engaño si por igual las tratas, jas ver que tus relaciones con Anina no han sío cosa formal.... Tar vé, que se yó, te propongo una cosa mala; que Dios no me lo tome en cuenta, siquiá por la intención que llevo.

Y Juan de Dios que había ya decidido asistir á la gira campestre, solo porque también Anina iba, contestó:

—Iré, madre querida, iré. Pero lo que allí haga y la conducta que con ella vaya á seguir, no puedo precirsarlo de antemano. Yo mismo lo ignoro.



VIII

¡AL SANTO! ¡AL SANTO!

Desenvolvíase uno de los dias medianeros de Marzo, al alumbrar el alba, de la oscura capa en que la noche anterior le tuvo envuelto, á tiempo que los pacíficos habitantes de Villalinda despertaban alborozados, y con júbilo y algazara se preparaban á celebrar el dia de su Santo Patrono que á todos tiene contentísimos, porque, durante el invierno, ha llovido á tiempo y con abundancia.

Sus pobres albergues, no bastando á contener tanta alegría, son abandonados, y ellos marchan al campo, donde, en estensa pradera que ocupa la meseta y falda de un cerro, distante una media legua del lugar, se levanta

una pequeña Iglesia erigida en honor de San Felipe, á quien los villalindanos profesan suma devoción.

El camino serpea por entre viñas y olivares, y no conduce sinó á la Iglesia, pues el cerro en cuya parte más elevada ésta se levanta, queda poco después cortado bruscamente, mostrando un tallado casi vertical de rocas, por entre cuyas grietas han crecido carrascas y torbiscos y alguna que otra higuera bravía. Más abajo, al nivel ya de la tierra de plantío, corren las célebres aguas de Fuente-Cuervo, cuyas virtudes medicinales son muy consideradas porque, naciendo sus manantiales debajo de la Iglesia del Santo, éste les da poder milagroso.

Nómada tribu parecían aquellas dichosas gentes allí congregadas, y un árabe aduar el llano que ante la Iglesia se hace, en el cual acampan, posando sus hatos cabe los más grandes árboles que allí crecen. Grandes son el trajín y la faena que á todos mueve y hace bullir, y á este se vé que enciende fuego, y al otro que una res degüella, aquel ata sogas á una robusta encina, formando con ellas un columpio, y las mozas, unas co-

rren de aquí para acullá, visitando al vecino ó conocida que llega, otras han formado corro, y tocan panderetas, guitarras y palillos, dándose, en tanto el almuerzo se prepara y la hora de misa llega, su rato de canto y danza.

Y llega más gente. Y éste que grita buscando al que le lleva víveres, y aquel que le contesta desde el opuesto lado, y estotro que jarrea á un escuálido burro, y esotro que vota como carretero que es, al apartar dos machos que se dan de coces, y una legión de chicos que desperdigados vociferan jugando al toro y subidos en los árboles, dan á aquello un aspecto que es más que animación, confusa baraunda.

—¿Ba ja decí que no te la dao, cuñi? Mia que te meto un zosqui....—decíale un chico á otro.

—¡Se metian!—le contesta éste.

—¿Tú lo quiés vé?

—¡Vaya!

—Pus míalo.

—¡Ay!.... Chache.... Si lo eres, si te lo llama: Juanimedio; Juanimedio.

—¡Ah, gran judío! Ahora verás.

—¡Eh! ¿Aonde vas tú? ¿No te da vergüensa de pegarle á un niño chico?

—¿Bas tú á sacá la cara?

—Cualesquiera. ¿Por qué no buscas á su chache que es de tu edá?

—Pus lo mesmo me futro yo en er chico, que me futro en su chache y en tí ensima.

—¿Tú en mí? Toma allá....

—Aquí, Gerundillo.

—Aquí, Reondela.

Se armó. Tres minutos después, diez ó doce chiquillos se tiraban puñadas y mojicones, se echaban la zancadilla y rodaban por el suelo, sin que bastaran á poner término á la contienda, ni la intervención de algunos hombres, ni las voces que de todos lados les daban, entre las cuales sobresalían las del viejo alguacil Riquiyo Torta, que alzados los brazos y blandiendo la vara, gritaba consternado:

—¡Eh! Téngase el monigote; que está la jostisia... ¡Eh! ¿No loís? ¡Por bía é dios Baco y sereno! ¿A que vus meto en la carcel!... ¡Que está aquí la jostisia! Y esos caballos.... Juyirle, juyirle á esos caballos.... Que ya yegan; por el camino.... juyirle que vus trom-

pillan.... ¿Toavía no? ¡Voto al chápiro verde!... Pos á palos vus desaparto.

Unos cuantos amagos, la intervención de otras personas, y el haberse visto unos cuantos caballos que llegaban á carrera tendida, pusieron fin á la contienda, cuyos despojos fueron algún carrillo arañado, unos cuantos chichones, y varias camisas y chaquetas desgarradas.

Antes que el último se hubiera reconocido la parte lastimada, los caballos se detuvieron, ya en medio de la gente. Montábanlos, Anina, Luisa Luna, su hermano Venancio, el hijo del Alcalde y Juan de Dios.

—¡Jolé, por lo güeno que Dios cría, mare é mi arma!—dijo uno echando su sombrero á los pies de la hermosa yegua negra que la Guillén montaba—Vayasté con Dios, cachito é sielo.

Ella saludó graciosamente, otros se sonrieron, Juan de Dios la miró con delicia, y Venancio alargó al mozo una botella.

—¿Y la familia, está muy lejos?—preguntó Anina.

—Allá están todavía—contestó Venan-

cio—La pajolera política se los va á comer... ¡Bah! Dejarlos.

Doblaban entonces la punta del Uñal y allí también se dirigían, don Gaspar Guillén, el padre de Venancio, síndico flamante apesar suyo, pues ni arte ni parte tuvo en su elección, el médico Sanguino, y un señor rubio, joven y simpático, á quien ni de referencia conocíamos. Es un hijo ilustre de la villa, diputado por el distrito ya dos veces, y que ahora torna á solicitar de nuevo el favor de sus electores.

—Sí, sí—le decía don Juan Bautista Luna—lo que deseo ver es en donde está la ventaja de esta variación, de este desmoche de todo lo que había, para dejarlo como estaba y variando solo el personal.

—Ahora verá usted reformas; no es tarde todavía. Precisamente la misión de los nuestros....

—¿Los nuestros? Yo no tengo mios.

—Sí, don Juan, los nuestros. Usted es de los nuestros como lo es toda persona de mediano criterio.... Pues decía que precisamente la misión de los nuestros es implantar reformas, dar al ciudadano libertades, afian-

zarle el uso de sus derechos, en fin, cuanto habrá visto en mi carta manifiesto. Ahora verá usted cómo entra el país en una era de prosperidad y bienandanza, nunca conocida; verá usted cómo esto se levanta, cómo la industria se desarrolla, y cómo el comercio cobra auges.

—Pues si todos los nuestros son como tú, no dudo yo de que España será un cielo encantado.

—¿Tiene usted de mí queja alguna, señor don Juan?

—Yo precisamente nó; pero el distrito quizá la pudiera tener. ¿Que has hecho, si nó, para conseguir la desecación de las marismas?

—Hombre, bien que lo he trabajado; pero no es tan grande el poder de un diputado de oposición. Además, ese partido *blanco* es una calamidad. Incurioso, abandonado, refractario á toda reforma, en fin, vea usted cómo cayó: desacreditado por completo. Pero ahora, ahora verá usted.

—Sí, ahora veré de nuevo lo que ya había visto: que la política es una noria, y sus hombres los cangilones: todos salen vacíos, y

todos vuelven llenos. ¿Y eso es lo que llaman ciencia de gobernar bien á los pueblos? Ciencia de esplotarlos, le llamo yo.

—Eso no es decir nada, Sr. D. Juan.

—No, no te pongas serio, García Ruiz, porque yo todo esto, incluso tu diputación, lo tomo en tono de solfa. Pero hombre ¿no he de reirme de tan larga y chistosa y prolongada comedia, cuando yo, aquí mismo, sin comerlo ni beberlo, me halló hecho todo un concejal solo por obra y gracia del amigo Guillén?

—A mí no. Al pueblo se lo debes.

—Sí, al pueblo que de un pucherazo tú fabricas.

—¡Basta de retóricas! ¡Ya estamos en San Felipe!—exclamó el alcalde.

Dirigiéronse á la casa adjunta á la Iglesia, desde cuyas habitaciones, luego que hubieron descansado, pasaron en compañía de los demás á oir la misa que á las ocho en punto se comenzaba á decir. Es misa con sermón, que no menos exije la festividad del Santo; se hace por esto un poco larga, pese á la fervorosa devoción de los villalindanos á su Patrono, y alguna vez ha sucedido, que

así como los oradores parlamentarios comienzan sus discursos, diciendo, al poco más ó memenos: "Tengo para mí ¡oh señores diputados! que no es esta ocasión propicia para molestar la atención de la Cámara; por tanto me propongo ser breve," así el Padre Poquito ha dicho al comenzar el panegírico: "Conténgase vuestra impaciencia y cese ese ruido; que vamos á despachar en un momento."

El público se ha contenido, y antes de diez minutos, en efecto, estuvo acabada la oración. Prosigue al punto la misa, y terminada, se dispone todo el mundo á almorzar en el llano, siendo las mesas el mismo suelo, sobre el que tienden grandes manteles; de tenedores y cucharas hacen los cinco dedos; son las rosquillas, unos panes grandísimos y entrelargos, llamados teleras, de las cuales cortan rebanadas, y todos los platos de una mesa, están reducidos á un gran dornillo de madera, donde come toda la familia.

El almuerzo es uniforme; es decir, en todos los corros se come el mismo manjar: un guisado de carne de cordero, al cual llaman *caldereta*. Es un guiso especial no comprendido en ningún libro de cocina, que pierde

todas sus gracias cuando no le aderezan los mismos pastores que guardan los rebaños, y no se come en el campo. Dícese, para explicar esto, que solo ellos poseen el secreto de la salsa especial con que le preparan, y que en la composición de esta salsa entran ciertas hierbas que pierden su virtud si nó se las emplea acabadas de cortar; por lo que la *caldereta* no tiene sus requisitos propios cuando se hace en el pueblo. No obstante, yo creo sin intento de ofender la sabiduría de estos Proteos del arte culinario, que todo el secreto de esta decantada salsa, no está sino en el hambre que se siente después de algunas horas de ejercicio por cerros y vericuetos, cuyas brisas parece que impelen el aparato digestivo. Por lo demás, el guiso está bueno, máxime si durante la comida se beben buenos tragos del vino de aquella tierra, creada por Dios, según dicen sus moradores, para cuando se canse de estar en la gloria, venirse á vivir á ella.

Nuestros amigos, que diría un periodista, comieron también al aire libre, haciendo una de seis grandes mesas que sacaron de la casa, siendo animadísima la comida y fre-

cuentes las libaciones del generoso vino. Estas al fin hicieron que la alegría se desbordase en torrentes, y que de pronto Venancio, subido sobre la silla, y con una copa en la mano, cantara en voz desafinada y bronca aquello popular de

Mirad como chispea
la espuma del licor....

Las mejillas coloreadas y los ojos brillantes de las niñas, difunden placer y seducción. Entre ellas sobresale Anina, que ha sustituido el traje de montar por uno anchuroso y cómodo, color de rosa pálida.

Después del almuerzo, se propuso por unos recorrer á caballo los ranchos de las marismas, ó los cortijos más cercanos; pero otros creyeron más divertido hacer columpios y comprometer á las niñas para que todas se dejasan mecer por ellos, y esta opinión triunfó al cabo, con gran contento de ellas, que no todas sabían bien montar.

Buscóse la encina más apropósito, se hizo el columpio, y una empezó á ser mecida por el hijo del alcade en tanto sus compañeras, al son de engalanadas panderetas, le cantaban graciosos cantos populares.

Cuando el mareo la cansaba, otra á su vez subía, y así continuaban hasta columpiarlas á todas, sus novios ó sus pretendientes respectivos. Al subirse Anina tomó las sogas Augustito, cuya osadía no pareció bien; Venancio que andaba distraido repartiendo vino fué avisado, y tirando la botella que en la mano tenía, llegó corriendo allá.

—Mira, mira, *Angostito;* no columpies tú á esa, que te puedes lastimar. Déjame.

Hízose atrás el atrevido mozo, cogió Luna las sogas, y empezó á columpiar á su novia.

Pero esto merece capítulo aparte.





IX

UN CHICO DE SOMBRA.

—En dos cosas se parece
el columpio á la mujer....

—....pero venga música, tocadoras. Vereis cómo vuelan los ángeles. Así.... ¡Moza valiente! ¡Anina mía!

—¡Ay! Por Dios, Venancio; no tan fuerte.

—No. Suave, muy suavito.... ¿Ves?

Y empujó el columpio con doble fuerza.

—¡Venancio!—gritó la Guillén asustada—No seas atroz; vé que llego á las ramas.

—*En dos cosas se....* ¡Iuujupa!

—¡Ay, Jesus! Déjame; déjame.... Estoy mareada.... Que se va á romper la soga.

—¡Pero Nene! ¿Qué haces?—le dijo su hermana Luisa, estrañando su pesada insistencia.

—¡Que me tiro al suelo, Venancio!—gritó Anina sofocada.

Decididamente la sangre de Cristo, como allá le llaman, había puesto á Luna entre Pinto y Valdemoro, y le faltaba conciencia plena de lo que hacía; porque aquella crueldad no era propia de su natural generoso.

Proseguía empujando el columpio cuyo balanceo hacía llegar ya el cuerpo de la joven á las ramas del árbol horizontales al punto de suspensión; proseguían también los ruegos de Anina y sus exclamaciones, y nada intimidaba al columpiante; ni siquiera el indiscreto y curioso vientecillo que por dos ó tres veces agitó las ropas de la joven. Esta ya, ni atendía á su seguridad por atender á su recato, ni sintió que más de una vez las ramas del árbol azotaron su rostro. Indignada de ver la mofa que de sus súplicas y las de algunas compañeras, hacían su novio y dos hombres más que cerca estaban, febril, calenturienta, mareada por el violento balanceo, con el miedo y el coraje pintados en su rostro, buscaba ya momento oportuno para tirarse al suelo, cuando, en medio de una columpiada, se sintió asida por las enaguas

y cintura, y al punto sobre el suelo en los brazos de un hombre.

Era Juan de Dios que había llegado entonces, y hecho cargo de lo que acontecía, se abalanzó á sujetar el columpio; mas al doble peso, la soga ya desfilachada por el roce con el tronco, se hubo de partir, y dió con ambos en tierra.

Levantóse la joven roja de cólera y vergüenza, y sin decir á nadie una palabra, fué en busca de su padre al cual distinguió con el presunto diputado García Ruiz y otras cuantas personas de respeto, allá al estremo opuesto, mirando hacia las marismas.

Venancio no se enfadó por lo acontecido. Visto que el porrazo afortunadamente no fué nada, recobró su jovialidad, si por acaso la hubo perdido, y pidió vino. Al dirigir al vaso esa mirada investigadora y de placer que suele el buen aficionado, vió fijos en él los acusadores ojos de Juan de Dios, al cual le dijo:

—Hombre.... Te voy á dar las gracias por lo acontecido; pero otra vez no te metas en camisón de once varas, sobre todo, si ese camisón es mio.



—Parece mentira, amigo Venancio, que los hombres pierdan el conocimiento hasta ese punto.

—¿Quién? ¿Yo borracho?

—No te lo he llamado.

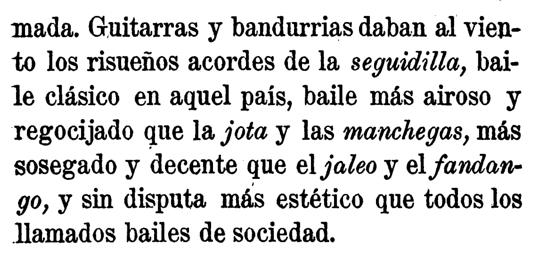
—No, no; pero si ahora voy á probarte que te engañas, criatura. ¿Tu sabes lo que yo bebo?.... Adolfillo: ven acá y cuéntale á este...

—Déjale, estoy convencido.

—Nò; pero verás. Si ahora vás á ver que estoy más fresco que tú, abogadillo.... ¿Por qué, porque yo me rio y tú estás serio?.... Quiero divertirme! Ahora mismo vamos á armar la gran jarana. Vente para arriba—y le tomó del brazo—Anda tú, Adolfo; y tú, Curita: vamos á armar un baile.... ¿Dices que estoy borracho? Pues ahora mismo me echo contigo á bailar seguidillas, y el que mas tarde en sentarse, ese está más fresco. Ea ¿quieres?.... Verás tú un mozo de empuje bailar á todas las del ruedo. ¿Eh, Adolfillo?.... Lo que siento es que Anina... Una broma; ¿verdad?... Pero habla, nene, que pareces memo.... ¿No? Ea, pues anda y cúrate.

Y se marchó con los otros.

Media hora después, estaba la fiesta ar-

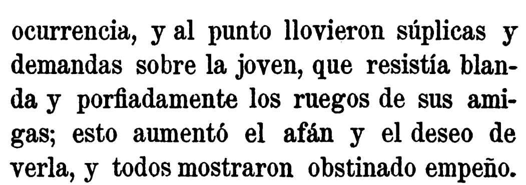


mada. Guitarras y bandurrias daban al viento los risueños acordes de la *seguidilla*, baile clásico en aquel país, baile más airoso y regocijado que la *jota* y las *manchegas*, más sosegado y decente que el *jaleo* y el *fandango*, y sin disputa más estético que todos los llamados bailes de sociedad.

Venancio, como lo dijo lo hizo; plantóse en el ruedo apenas el baile comenzado, y una después de otra, ya no quedaba moza que con él ó con su amigo Adolfo no hubiese bailado. Su insistencia, porque también bailase Anina, produjo descontento; varios de los que la fiesta presenciaban intervinieron, y al fin el amigo tercero se llevó á los dos incansables bailarines, nadie se curó á donde.

Siguió la fiesta. Los piropos llovían sobre todas con mayor ó menor insistencia, viniendo de jóvenes y viejos, y no faltó alguno de estos que salieron del corro al ruedo, para lucir su garbo y gracia.

Al fin uno, buscando en la variedad placer mayor, propuso que Anina Guillén, bailase la *Zambra*, baile en que dicen que había que verla. Juzgóse esto una felicísima



ocurrencia, y al punto llovieron súplicas y demandas sobre la joven, que resistía blanda y porfiadamente los ruegos de sus amigas; esto aumentó el afán y el deseo de verla, y todos mostraron obstinado empeño.

Cedió al fin, y se levantó diciendo:

—Bailaré; pero solo una copla.

—Bien, bien, sí. Una y otras luego. Vamos pronto.

En seguida se oyó el toque de la *zambra,* que es un baile de grande espresión y vivos compases, cuya música, compuesta de gemidos de dolor y gritos de gozo, ofrece mezcla singular de amorosa alegría y ascética tristeza.

La Guillén se arregló el vestido graciosamente, cogiéndole por los dos lados varios pliegues que dejaron ver un pequeñísimo pié, primorosamente calzado; amarró á sus dedos los palillos ó castañuelas con los dos largos cabos de cinta de seda que unían sus hojas, y esperó dispuesta el comienzo de la copla.

Entonces cantó Luisa Luna:

Guardo yo en mi pecho
un mar de pesares;

sube la marea-y lágrimas ardientes,
por mis ojos salen.

¡Ay, ay, ay!

¡Si serán penillas,
las que me combanten! etc.

Á la primera nota, Anina acompaña con los palillos al canto y la guitarra; tuerce su cuerpo, parte hacia el frente, y con variedad de paso, corre, salta, vuela en mil giros diversos, sobre el blando cesped. Y con sus airosos movimientos y sus espresivas posiciones, encanta, arroba y embriaga, haciendo surgir fantásticos ensueños de delicias. Ya estiende sus brazos como ofreciéndolos á lanzarse en ellos, ya dulcemente los recoge como si á alguien abrazaran; ya sonriente y placentera inclina á un lado su cabeza, y dulce su mirada, parece llamar á alguno y ofrecerle su fresca mejilla, ya como arrepentida y ruborizada, se retira cual tímida gacela. Las deleitables ondulaciones y lánguidos cimbreos de su cuerpo, derraman sentimiento y gracia, y parecen prometernos todas las dulzuras del Edén, para al punto, consentidos en ellas, hundirnos en el desaliento del desengaño....

¡Danza cruel! Todo lo ofrece, y al punto lo niega todo.

A la conclusión ¡bien! ¡bravo! requiebros, exclamaciones de entusiasmo. Todo menos ceder á que la cantada fuese la única copla.

—Bueno; pues lo será esta.

—Sí; desde luego. Venga de ahí, Luisa.

Y Luisa empezó otra copla, y á la mitad de ella cesó de repente, y toda temblorosa, y pálida como la cera, prorrumpió en este grito:

—¡Ay, Jesús mio!

No se desperdiga más rápidamente que aquel corro, una camadilla de perdices cuando el gavilán cae sobre ella. Gritos que al punto aquí y allá se repitieron, y carreras en todas direcciones, tal alboroto y confusión causaron, que aquello pareció, durante unos momentos, lugar donde mil locos rematados, se daban á satisfacer sus anómalos caprichos. Ya corriendo hacia la Iglesia, retrocedían viéndola cerrada, ya en confuso tropel y remolinándose llegaban hasta el tronco de un árbol, en donde pretendiendo, unos subir á sus ramas, otros con él ocultarse, nadie lograba su afán. Y á lo mejor, des-

pués de una carrera hecha sin reparar en choques y tropiezos, con las piernas trenzadas por el pánico, se les veía retroceder rápidamente, y torcer en incierta dirección, y tropezar y caer al suelo.

—¡Otro! ¡Otro por aquí!—exclamaban los que tenían alientos para hablar.

Sin duda fué aquella la broma de más éxito que Venancio recordaba haber dado.

Había todo salido tan perfectamente; corrían tanto ya para aquí ya para acuyá, los cuatro novillos soltados tan inesperadamente, que ¡vamos! ni muy preparado y meditado sale mejor. Pues todo fué obra de un momento. Cuando les echaron del baile, vieron dando un paseo, la piara de Juan Manuel que pastaba en el llano; surgió á su vista el pensamiento, y al instante, los tres partieron cerro abajo para traer por la cañada los becerros que más partieran.

¿Y habían de llevárselos entonces que pasado el pánico de muchos, se habían atrevido algunos á torearlos? ¡Que jinojo! Torearían ellos también, y una diversión más. Dia completo. ¡A ella!

Y así lo hicieron.

Mas no todos dejaron su lugar de refugio; y en tanto los bichos allí estuvieron, continuaron debajo de los árboles y en otros sitios, diversos grupos, más ó menos grandes.

Cerca del muro de la Iglesia, tras de una grande retama que en los mismos cimientos tiene sus raices, se había refugiado Anina cuando muy de cerca perseguida por un toro, este no logró darle alcance, gracias á la oportuna intervención de Juan de Dios que le llamó hacia sí, y le hizo cambiar de rumbo, cuarteándole.

Después se llegó á ella, y allí, cerca, muy cerca uno de otro, él tomó entre las suyas las temblorosas manos de la joven, ciñó con el izquierdo brazo su cintura, extraviado casi, miró la nítida blancura y el movimiento de su pecho producido por el cansacio, y por nervioso impulso acometido, la atrajo más hacia sí y la estrechó fuertemente contra su pecho. La rubia cabeza de la joven cayó blandamente sobre el hombro de él, y súbita laxitud desgoznó su cuerpo. Entonces Juan de Dios sostuvo sobre el suyo el peso de aquel cuerpo inerte, con lo cual sintió en el suyo fuego abrasador, perdió conciencia de

lo que hacía, y trémulo, ciego, falto de respiración, juntó súbito sus labios, secos por la fiebre, á los de Anina, y le dió un comprimido beso.

—¡Te amo! ¡Te amo, Anina mía!—dijo apretándole una mano con pasión.

Ella sin contestarle, pasó la mano libre por su frente.... Su cabeza ardía; sus ojos se cerraban á su pesar. Un prolongado suspiro se escapó de su pecho, y cual si esto la aliviase,

—¡Déjame!—dijo pugnando por retirar su mano.

—Dime que me amas—replicó él.

Agitaronse los labios de la joven balbuceando inconexas sílabas, pero nada dijo.

—¡Ah! Si sintieras el fuego que corre por mis venas, no te sería indiferente mi dolor.

—¡Déjame! ¡Ten piedad!

—¿Me amas?

—¡Juan!

—Dí ¿me amas?

—Te amo.... sí.

—¡Oh! ¡Gracias!

Le dió febril un comprimido abrazo, y se

marchó procurando que no le viese nadie.

Allá á la tarde, cuando habian ya sido retirados los becerros y el cansancio de tanta peripecia comenzaba á dominar los ánimos, dijo Venancio para sí:

—Pues señor, á Anina le ha desagradado mi barbaridad.... ¡Eh! ¡Qué simpleza! Un dia así.... Esta noche haré algo para desenojarla.... Una.... sí; de todos los que en el pueblo haya.

Camino ya de este, Juan de Dios aprovechó un momento oportuno para decir á Anina en baja voz:

—Hasta luego.

—No—contestó ella.

—¿Por qué?

—Es muy pronto. Deja pasar más tiempo.

—Sí. Pero esta noche, bebido y cansado, no ha de ir él.

—No. No quiero hasta despedirle.

—Pero un momento....

—Nada.

—Sí. Un momento esta noche. Allí te espero.

Y se alejó.

Al entrar en la solariega casa de los Peransúrez, le dijo la Alondrilla:

—¿Ca pasao, hijó mio?

—Nada, madre. Esa mujer es mi destino.





X.

LA ETERNA COMEDIA.

Escena primera.

Representa la escena una plazoleta ó explanada irregular y algo sombría, en cuyas inmediaciones se ve una cruz de hierro clavada sobre un poste cuadrangular de dos metros de altura, y alumbrada por dos farolillos de sucios y empañados cristales. Rastrera hierbecilla puntiaguda que en ella crece á pesar y despecho del poco frecuente paso, guarnece las junturas de las piedras que el suelo pavimentan, y apaga los pasos del solitario que pasea por ella.

Suenan las doce en el reloj de la torre zamarrina, y *El* se acerca á los hierros de una de las rejas enclavadas en la tapia del

jardín de los Guillenes, que se ve en el fondo; mira afanoso las distintas sendas y escudriña por todos lados; pero el fulgor de las estrellas no permite sino ver vagamente los naranjos, moreras y rosales de varias clases que allí crecen, y suponer la existencia de otras plantas pequeñas, como nardos, jazmines y claveles.... Trascurren todavía unos minutos; escúchase incierto el ruido de unos pies que pisan la gravilla de una senda, y enseguida se distingue á una mujer, á una sombra que recelosa y precavida, allá se acerca. Entonces dice

El.—¿Eres tú?

Ella.—Sí, yo soy. Yo soy que vengo sólo á decirte que te vayas por Dios, que no puedo, que no debo de hablarte en esta noche ni en este sitio ¡Ay, si mi padre lo supiera!... Vete por Dios.

El.—¡Ah! No será sin decirte que te adoro, que eres mi vida, mi esperanza. Ámame, Anina mía, que tuya es mi alma entera, y tuya será siempre. Ámame, y ¿qué me importa que lo sepa tu padre? que lo sepa el mundo entero?... Con tu amor y por tu amor me siento capaz de todo.

Ella.—Juan; si no haces lo que te pido, me causarás grave daño, aumentarás mi pena, y me harás infeliz.

El.—¿Tú penas? ¿Tú infeliz? ¿Y por qué. alma de mi vida? ¿por qué no eres dichosa?

Ella.—¿Por qué?... ¡Porque te amo!

El.—¡Me amas! ¡Bendita sea tu boca!.... Repítelo, mi bien. Dime otra vez que me amas, á mí, á mí solo; que no queda en tu pecho ni una chispa del fuego de otro amor, y seré el hombre más dichoso de la tierra,

Ella.—Si así no fuera, ¿hubiese aquí venido?... Yo le quise, ó al menos creí que le quería, porque las buenas prendas de que no carece, en nadie las veía yo superadas, y también, quien lo duda, por esa sed de afectos espansivos que, en esta edad, á todas por lo visto nos domina. Pero vienes, me hablas de amor, y aún queriéndole á él, noto en mi alma un grande vacío.... Lo que me dices es para mi desconocido y tan diferente de lo que antes oyera, que me abisma y me confunde, y quizá por eso me atrae. Tus palabras dejan un eco en mi oido, que luego repercute mi memoria; tu imagen se representa de continuo á mi pensamiento;.... no sé lo

que por mí pasaba. Y cuando me prohiben que te escuche, siento que empieza la lucha entre mi amor, ó lo que yo por amor tenía, y un nuevo afecto que se despierta en mí. ¿Es malo el cariño que me ofrece?—me decía—No, porque él es bueno. ¿Oculta en la miel de sus palabras alguna baja mira? No, porque él es noble. Y de este modo, Juan de Dios, yo hice de tí el objetivo del ideal que me habías hecho conocer, hasta que el amor latente que hacía tí sentía, rompió el dique que le sujetaba, é inundó mi alma. Así te he amado yo.

El.—¡Gracias Anina! ¡Qué feliz me haces! Ese amor ha sido mucho tiempo y aún es hoy la más querida, la más risueña ilusión de mi alma. Dime una palabra, y nuestro destino quedará fijado por Dios.... Anina: ¿quieres ser mi mujer?.

Ella postra la cabeza sobre el pecho, lanza un hondo suspiro, y nada contesta.

El.—¿No me respondes?... Si me quieres, ¿No me has dicho que me quieres?

Ella.—Juan, soy muy desgraciada. Tu amor que yo soñé tan linsonjero, me hace muy penosa la vida.

El.—¿Y por qué así? ¿por qué penas? ¿por qué sufres?

Ella.—¡Por qué! Porque no debo de amarte; porque mi padre lo prohibe, y al prohibírmelo mi padre, también lo prohibe Dios.

El.—¡Ah, no! Dios no; tu padre solo, porque me supone codicioso de su caudal. Pero yo, Anina, no le quiero, y júrote que á ser tú pobre y desvalida, aún te amaría yo más, si más pudiera amarte.... Mira; ya yo he pensado en esto, y me he jurado hacerme con riquezas que satisfagan á tu padre. ¿Como? Trabajando: es el más noble y más seguro medio. Así pues, yo parto, parto no sé adonde todavía ni por cuanto tiempo; pero volveré rico para ser tu esposo. ¿Tú me aguardarás, amándome, apesar de la ausencia?

Ella.—¡Ay, Juan de Dios! Ese lenguaje y esos nobles propósitos, te elevan y engrandecen á mis ojos. Pero aun realizado que fuera tu proyecto, nada habríamos adelantado para con mi padre. El no cree asegurada mi ventura, sino casándome con Venancio, que es hombre de bellas cualidades, labrador

como él, y entendido como nadie en materias rurales. Luego él me quiere indudablemente, y me da muestras de su amor en continuos obsequios y finezas.

El.—¿Aludes quizá al columpio?

Ella.—Hombre.... Hay que disculparle; estaba ebrio.

El.—Veo que aún le tienes en grande estima.

Ella.—En toda cuanta se merece ¿Vá á causarte celos? ¡Ay! Si él fuese el único obstáculo entre nosotros interpuesto, mi mandato solo bastaría para hacerle desaparecer. Pero nó, no es solo Venancio lo que nos aparta. Hay otro obstáculo imposible de vencer, porque es una sima, una sima insondable, todo un abismo.

El.—¿Cual es, Anina?

Ella.—Tú.

El.—¡Yo!

Ella.—Tú, Juan de Dios.... El hijo de la Alondrilla, es el hijo de una barragana.

El.—¡Anina! Cualquiera que hayan sido las faltas de mi madre, para mí no existen. Es madre mía, y es noble y es honrada como la misma Virgen.

Ella.—Así deben de hablar los buenos hijos. Mas convence á cualquiera de lo que dices; anula el concepto que se tiene de ella.

El.—¡Cállate, Anina, cállate!

Ella.—Si no te lo digo por ofenderte, Juan. Yo no participo de tales pensamientos; yo considero una desgracia su caída, digna como tal de la misericordia de Dios, y de la compasión de los hombres.

El.—¡Bendita sea tu boca! Gracias, Anina. ¿Cómo podré pagarte el bien que me haces? ¡Ay! ¡Horrible noche: qué negra eres, pues que me impides verla! Dame tus manos, alma mía; que yo pueda besarlas. ¿Me amas? ¿Me amarás siempre? Dí, dímelo por Dios.

Ella.—Sí, siempre, siempre te amaré.

El.—¿Y vendrás otra noche á esta reja? ¿Vendrás todas ellas?

Ella.—Vendré; procuraré venir; pero después que desengañe y rompa con Venancio. No quiero que además de voluble ó falsa, pueda tacharme de coqueta y vana. Mi amor por eso, no dejará....

Suena á lo lejos una música.

Ella, sorprendida y consternada.—¡Ay! Qué oigo, santos cielos?.... Sí, le conozco bien;

es su aire favorito; es él, que vieneá ponerme serenata. Vete, Juan, te lo ruego. Evita este encuentro.

El.—¡Conque es él!

Ella.—Sí; vete que va á llegar.

El.—¡Dejarle yo el campo! ¡Huir de él!.... ¡Jamás!

Ella.—¡Oh! Sí, márchate; yo te lo suplico. Él cree aún que mi cariño es suyo; que ese puesto le pertenece, y te lo vá á exigir.... ¡Dios mío! Ya se acercan.

El.—Pues tiempo es ya de desengañarle. Tu corazón es mío, mío solamente, y á nadie permitiré la osadía de no creerlo así. No ha de tocar aquí esta noche.

Cesa la música, y se oye rumor de voces que se acercan.

Ella.—¿Pero estás loco, Juan? Mira cual es su situación, y considera que no puede dejarse arrebatar un amor que cree suyo; que le defenderá, que tú te opones, y que sobrevendrá una contienda, en la que mi propia reputación quedará padecida y maltrecha.

Llegan cerca de ellos hasta unos diez hombres, casi todos con instrumentos músicos. Silencio. Estrañeza. Del grupo se aparta

uno que lleva sobre los hombros una capa, y se llega á los interlocutores.

Escena segunda.

Midiéndole con la vista, y en voz un tanto alterada, *le* dice

El Otro.—¿Qué buscas aquí?

El—Nada le importa al viajero, que hará bien en seguir su camino.

El Otro.— ¡Chiquillo! ¿Que estás diciendo?

El.—Lo que oíste; que estorba tu presencia.

El Otro.—¿Sí, eh?.... Ahora veremos lo que estorba aquí. ¿Anina? ¿Qué hace aquí este hombre?

El.—Nada te importa, he dicho. Vete, ó me obligarás á echarte.

El Otro.—¡Traidor miserable! ¿Con qué lengua dices eso?(*Echando la capa á un brazo y mano á la cintura*) Ya estás defendiéndote, si no quieres que te atraviese y envíe tu alma á los infiernos.

Ella aterrada.—¡Virgen María! Venancio, Venancio: no le provoques, no riñas. Te

lo ruego por cuanto más quieras en el mundo.

El.—Déjale, déjale desahogarse. Ningún jefe de pandilla, por poco que se estime, riñe con un hombre solo; y él, ya lo ves, viene al frente de diez ó doce.

El Otro.—¡Largo! ¡Fuera de aquí todo el mundo! Marchad, amigos, que aún me sobro yo para tapar á este necio su insolente boca. *(El grupo despeja retirándose al estremo opuesto de la plazoleta).* Ya se han ido; puedes aprestarte á la defensa, que nadie osará acercarse.

El.—Guarda ese chisme y vete con los tuyos. Yo no gasto ese hierro, digno solo de barateros y rufianes. Guárdalo, y márchate esta noche á descansar; que al venir el alba, nos habremos de entender como caballeros.

El Otro con reconcentrada furia.—Eres un cobarde. Si no quieres reñir porque tienes miedo, dímelo, y no esperes entonces que te moleste; me contentaré con escupir cuando pase por tu lado.

El.—¡Miedo! ¿Yo sentir miedo?

El Otro.—¿Es entonces que no tienes armas? Pues bien, toma la mía, *(Se la arroja á los piés)* y espera en tanto voy á buscar

otra. ¡Curita, Curita! *(Marcha adonde están sus amigos)*.

Ella.—¡Ay Juan! Por nuestro amor, por tu madre, yo te suplico que no le esperes. Compadécete de mi situación; mira el escándalo que vá á sobrevenir. Vete, no le esperes.

El.—Pídeme luego la vida, Anina mía, y no que te deje ahora. Mi huida sería indigna. Pero no temas, no reñiré esta noche.

El Otro, que torna.—Ya estoy aquí ¡Ea! Defiéndete, que, ó has de matarme, ó he de regar el suelo con la mala sangre que corre por tus venas.

El.—No quiero. No riño esta noche.

El Otro.— No riñes esta noche....¡Bueno! ¿Lo harás mañana.?

El.—Sí, cuando quieras.

Durante este diálogo, vese á *Ella* teniendo en sus manos dos hierros de la reja, entre ellos el angustiado rostro, excitada, llorosa, febril, lanzando hondos suspiros, y á veces un ahogado grito.

El Otro.—Pues bueno, sea. Pero has de marcharte de aquí ahora mismo, y antes confesar que has venido á este sitio, engañando traidoramente á esta mujer.

El.—No confesaré nada, por que es mentira lo que dices.

El Otro.—¡Pues te mataré porque es verdad! ¿No sabías, traidor amigo, que el amor de esa mujer me pertenece? ¿que nadie más que yo puede hablar con ella á solas?

El.—Estás equivocado. El amor de esa mujer es mío, mío solamente.

El Otro.—¡Mientes, bicho malo! ¡Ladronzuelo! ¡Hijo de nadie!

El, rabioso y apretando los puños.—¡Oh!... No. Ni aún así. Sigue insultándome.

El Otro.—¿No te has de alterar? Pues toma. *(Le dá una bofetada).*

El.—¡Oh, miserable! ¡Venga ese arma vil!

Recójela del suelo, y la lucha empieza.

Ella.—¡Ay! ¡Socorro! ¡Madrecita mía del Carmen! ¡Que se matan!

Arráncase de la reja, y loca por el espanto, echa á correr por la vereda cercana á la tapia. Silencio luego, solo interrumpido por algún sordo acento ó un grito contenido que, de vez en cuando, lanzan los contendientes. En el coro, mantenido en el fondo, se escuchan rumores que á intérvalos aumentan ó se atenuan. Los azares de la innoble lucha

á navaja, llevan á los contendientes hasta cerca de la Cruz, próximo á cuyo pié cae Juan de Dios pesadamente, lanzando un confuso grito. Acércase corriendo el coro, que felicita al triunfador. Este sin escucharle, contempla á la pálida luz de los ahumados farolillos, la faz cadavérica del caido y bañado en sangre su costado izquierdo, y como por instintivo impulso, tira la navaja que aún conserva entre sus doblados dedos, y se agacha para incorporarle. Pero rencorosa reflexión asalta su mente, y súbito le deja sin haberle tocado. Luego dice, apartándose de él:

—A ver quien restriñe la sangre que mana de su pecho. Tú, Curita, haz el favor de ir en busca de Sanguino ó don Diámetro, el que primero encuentres.

Uno parte ligero, varios otros desnudan parcialmente al caído, para verle en donde tiene las heridas.

El Otro paseando despacio y meditabundo.—Tratadle con cuidado, amigos, no vaya á escapársele la vida; que.... *(Aparte y para sí)* aunque no lo merece, no manda Dios que un cristiano muera así, tirado en mitad de la calle, como un perro abandonado; que muera

en su casa.... Porque se debe morir; aunque no sea más que de vergüenza. Y sí no se muere, yo le vuelvo á matar;...por malo; por traidor. ¡Venirse á la reja de mi novia!.... ¡Ah! Bien está lo hecho, que la falsedad merece castigo.

Pausa; es decir, cae el telón.





XI

¿VIRTUTE, VEL AMORE?

Pavorosa y bella, Anina Guillén se apartó de la reja, como he dicho, siendo indefinible el estado de su espíritu entonces. Sentimientos de horror hacia aquella lucha, y amor vehemente á uno de los que, por ella, su vida esponían tan sin reparo, la impulsaron á obrar, en aquella crítica ocasión, con más enérgica entereza que podía esperarse de su natural delicado y casi infantil, semejante al de ciertas flores que, criadas en estufas, parece que han de ajarse al menor impulso del viento, y perecer mustias y deshechas si una débil tempestad las combate.

Al contemplar el homicida acero en manos de ambos contendientes, se apagó el último destello de la esperanza que abriga-

ba en que la lucha no se había de verificar, y un dolor vivísimo sintió en su corazón. Aquel amor de fecha tan reciente que, hasta aquel mismo día, no se había determinado ni apartado por completo de otros sentimientos contrarios y antagónicos que la persona querida, simultáneamente le inspirara, creció de súbito en su alma y llegó á la pasión desbordada, viéndola en peligro inminente.... Angustiada y anhelante, atravesó el jardín, llegó á la puerta situada veinte pasos más allá de la reja, la sacudió con violencia, mas estaba cerrada, y no cedió. Prosigue, abandona la vereda, huella plantas y flores por más pronto llegar, llega á la casa, atraviesa un pasillo y dos habitaciones, pasa de aquesta á otra en donde están su madre y la chacha, nerviosa la atraviesa sin decirles nada, y toma una grande llave que está colgada en la pared de enfrente. Aquellas, estrañándose de esto, le preguntan lo que sucede; ella no las oye; su madre la vé pálida, demudada; vuelve á preguntarle qué le pasa, y entonces, con una exclamación, casi con un grito, le contesta:

—¡Que se están matando!

Y sale presurosa, dejándolas confusas y sorprendidas.

Vuelve á andar lo andado; apenas si, efecto de la agitación, puede introducir la llave en la cerradura, consíguelo por fin, abre, y corriendo se lanza á la plazuela, en dirección á la Cruz.

Venancio le sale al encuentro, y le dice, interponiéndose á su paso.

—¡Oh! Anina ¿Por qué vienes?

—¡Ha sido él!—exclama ella acercándose al grupo.

—Si; llevó el menguado su merecido. Pero ven, no te acerques.

—¡Muerto!—gritó la Guillén al divisar á Juan de Dios.

—No; herido solamente; pero, Anina, aparta;—le decía Luna tomándola el brazo, para que no prosiguiera—no es para tí este espectáculo.

—¡Oh! Déjame; quiero verle.

—No te lo consiento, mi vida. Habías de horrorizarte. Ven, vamos á tu casa.

—¡Déjame, insensato!—gritó la Guillén pugnando por desasirse—¡Tu me le has matado!

Fría nieve circuló por las venas de Venancio al escuchar estas palabras, é inertes cayeron sus brazos, dejando á Anina en libertad. Sumo desaliento y un malestar indecible, como si desde una célica nube le hubiesen lanzado en una sima, hicieron presa en su espíritu, y durante uno, dos, tres minutos, miró atónito el cuadro trágico que ante su vista se ofrecía.

La voz y la actitud de Anina que inclinada sobre el herido, le nombraba con cariñoso anhelo, volviéronle al uso de sus facultades, y un cambio radical y brusco se operó en su ser. Oir el nombre de su rival de boca de su amada, hizo germinar en su alma estraño fuego que, desparramándose por su pecho como la erupta lava de un volcán, le abrasaba y estremecía todas las fibras de su cuerpo. Se crisparon sus puños, apretó los dientes, sus ojos giraron vertiginosamente en las órbitas, agitáronse trémulos sus labios balbuciendo sordo rumor, y como sacudido por corriente eléctrica, marchó hacia Anina, lleno de rabia y cólera.

Pero á la par sintió que le retenían por el brazo, y que una voz conocida, le decía:

—¡Ah, Venancio! ¿Qué sucede aquí? ¿Dónde está mi Anina?

Era doña Amparo que había salido en seguimiento de su hija.

La interpelación de ésta contuvo y cambió el giro á las ideas que, vigorosa y atropelladamente, bullían en la cabeza de Venancio, y como en el mar á la encrespada y arrogante ola, sucede otra que apenas si arrastrándose, osa besar humildemente la arena de la orilla, así al exasperado tropel de pensamientos que le impulsaron á su enérgico arranque, sucedió la calmosa reflexión, que fué pronto eclipsada por la cólera, y ésta á su vez por una calma relativa, estableciéndose así en su inteligencia un flujo y reflujo de pensamientos en todo semejantes á los del Oceano.

Y en tanto esto acontecía, abrió sus ojos el herido al oir que Anina le llamaba, y la dirigió un amago de sonrisa que se apagó al nacer. Sus ojos volvieron presto á cerrarse, y ella entonces, volviéndose á los circunstantes, les suplicó doliente que al médico buscasen, les mandó cual si fuesen criados suyos, los increpó por su inercia, y todo se-

guidamente, sin dejar de hablar, sin escuchar respuestas, sin oir razones.

Acercósele Luna, y agarrándola por la muñeca, díjole bajo, casi al oido y muy despacio, como si pretendiera que sus palabras cayesen como plomo derretido en la conciencia de su amada.

—¡Conque no mentía!

—No, Venancio, no mentía—dijo ella con decisión, después de unos instantes de perplejidad.

—¡Y así me lo dices!—exclamó Luna apretándole inconsciente el brazo, hasta hacerla daño.

—¡Oh! Le amo desde hoy, y hasta hoy he creído que era á tí á quien amaba.

—¿Y así rompes los más sagrados juramentos, entregando tu amor al primer advenedizo que lo solicita? ¿Y como vil mujerzuela juegas con el corazón de un hombre honrado?.... ¡Anina! ¿Qué has hecho de tu lealtad y de mi amor?

Y á esto decía doña Amparo á quien contaban lo ocurrido:

—¡Jesús! ¡Jesús! Qué manera de olvidar lo que á sí propio se debe toda persona de

respeto! ¡Pelearse como gitanos... Pero aquí está él... Dí: ¿qué te ha movido á semejante acto?.... ¿No te remuerde la conciencia?.... Eso es rebajarse.... Eso es indigno.

Luna envolvió en una fulminante mirada á doña Amparo, balbucieron sus labios inconexas sílabas, y.... nada más. Irritado, no encontraba palabras con que manifestar á su interpelante lo que en aquel punto quería decirla. ¿Ni cómo? ¿Hay palabras que fielmente exteriorizen la efusión de ideas y pensamientos coléricos, celosos, compasivos, soberbios y de indignación, que con velocísima rapidez y mezclados unos con otros, sin excluirse los más opuestos, su mente torturaban?

Anina por su parte, seguía lo suficientemente preocupada para no parar mientes en las palabras del atolondrado mozo. La vista de Juan de Dios la trastornaba y la hacía olvidarse de todo. Cien veces había ya mirado la calle por donde se esperaba á don Diámetro, y otras ciento al herido. En una de ellas le vió incorporarse débilmente y descubrir una piedra del piso, que, más saliente que las otras, se había estado clavan-

do de seguro. Dolor semejante al del herido sintió ella en su cuerpo, y dirigiéndose á su madre, la dijo.

—¡Ay! mamita mía! El médico no viene aún cuando ya han ido en su busca, y ahí, ya le ves, sobre las duras piedras, está mal, lastimándose, muerto de dolor. Por caridad, siquiera por Dios, debíasele de trasladar á una cama.... Hasta el frío de la noche debe de hacerle mucho mal.

—Si, pero su casa está lejos, y el trasporte en este estado....

—No á la suya.... á una de estas cercanas.... una obra de caridad semejante ¿quién no la haría?

—Es claro; pero á esta hora....

—Sí, todas las casas están cerradas.... Solamente la nuestra.... si tú no te opusieras....

—¡Pues es verdad! ¿Y porqué he de oponerme? Nada, sí; de seguida. Veamos cómo ha de arreglarse.

Cinco minutos después, Juan de Dios era trasladado en una colchoneta puesta sobre una escala de madera, á la casa de don Gaspar Guillén.

La chacha Gervasia también había sali-

do con su cuñada, en seguimiento de su azorada sobrina; mas á diferencia de ella que todo lo inquirió enseguida, no desplegó sus labios, limitándose á observar. Y cuando de lo acaecido estuvo enterada, muda y pensativa se retiró al quicio de la puerta del jardín, y, desde él, vió acercarse á la comitiva que al herido conducía.

—¡Aquí! ¡A su propia casa!...¡Negros cielos! ¡Esa mujer está loca!—exclamaba.

Y sus pequeños ojos se dilataron mostrando chispeantes las pupilas, se mordió el labio inferior á un fuerte acceso de cólèra, y su cuerpo se irguió electrizado por soberbia loca.... Si con los ojos ó el aliento hubiese podido aniquilar entonces al mísero Juan de Dios, y de rechazo también á su cuñada, no lo hubiera dejado de hacer. ¡Que á tanto se estendía el odio ponzoñoso que asentado en su alma, la envenenabael cuerpo á la menor contrariedad.

—¡Pero loca de atar!—le dijo á su cuñada—¡reloca! ¡archiloca! ¿Es esto por ventura un hospital? ¿Introduces en tu casa á quien así compromete el honor de tu hija?

—¿Qué? ¿te choca? Pues hija, modérate,

que un acto de caridad y una obra de misericordia como esta, deben de hacerse sin reparar en concecuencias.

En este punto, ya estaban todos dentro, y la impotente chacha se tragó su furia, previendo que nada había de conseguir. En la plaza quedaron Venancio y algunos de los músicos que, á poco, de él se despidieron.

Apenas instalado el herido que aún continuaba casi exánime, en un cuarto bajo con ventana al jardín, llegó el médico, y procedió en seguida á reconocerle, auxiliado por algunos hombres de los que le habían conducido. Anina procuró desde luego aprontar hilas y vendajes; su madre hizo levantar á los criados; don Gaspar que ya se había recogido fué mandado avisar, y toda la casa se puso sobre un pié.

Solo la soberbia solterona desmentía su famosa actividad, estando quieta en una silla. ¿Quieta? no; que como si buidas puntas de alfileres fueran las eneas, se revolvía desatentada en el asiento, y si su apergaminada y rígida persona nada hacía, su ánimo, en cambio, creaba un tan portentoso cúmulo de sucesos horribles, todos dimanados de

aquel paso maldito, que estática su alma ante la contemplación de aquel desfile pavoroso, llegó á olvidarse de su material persona.

Uu repiquéteo de campanilla que sonó hacia la puerta, la trajo á razón, y repetidos golpes que en aquella sonaban, la movieron á indagar por sí misma, la causa del alboroto aquel.

Marchó hacia el zaguán, preguntó en destemplado tono que quien era, y no conociendo por la vóz, quien fuera quien llamase, abrió la puerta.... ¡Horror! La Alondrilla.

—Man dicho, señora, que mi hijo está aquí herío: ¿es verdá?

—Sí.

—¡Jesú! ¿con que era cierto? Quiero verlo; necesito verlo. ¿Aonde está?

—En aquella habitación le curan.

—¡Hijo mío!—exclamó la Alondrilla encaminándose al patio.

Gervasia la envolvió en una mirada de encono despreciativo, y, cuando ya sola iba á cerrar la puerta, un cuerpo estraño rozó sn picuda nariz; llevóse la mano á la faz para saber qué fuera, y al reconocerle, dijo:

—¡Condenada! Entra destruyendo para dejar rastro. Quiera el cielo que á esto se limite la destrucción que haga. Pero no querrá.

Era el cordón de la campanilla que se había partido.

Cuando marchó á la sala, el estraño tumulto que vió en ella, la hizo salir al punto con las manos en la cabeza.... La Alondrilla, presa de un ataque epiléptico que le acometió á la vista de su hijo ensangrentado, se revolvía frenética en el suelo, sin que bastasen á contenerla varios de los hombres que allí estaban. Apretados los dientes, llenos sus labios de espumosa baba, críspados sus puños y agarrotado todo el cuerpo, conmociones galvánicas la estremecian, haciéndola botar contra el duro pavimento de modo que, á dejarla, se hubiera despedazado rudamente.

Aportaron al fin un frasco de éter y, haciéndoselo aspirar con insistencia, tornó en sí prorrumpiendo en un ¡ay! prolongadísimo. Entonces, por mandato del médico, se le mandó acostar en otra habitación, y hasta tres horas después, cuando ya estuvo aliviada merced á un anti-histérico calmante, re-

cetado por don Diámetro, no permitió éste que á su hijo viese.

Ante estos sucesos, Anina estaba consternada; su madre confusa, turulata; don Gaspar tétrico y sombrío, y la chacha... la chacha se había aquella noche exasperado tantas veces, que ya suplicante, demandaba al cielo compasión.

—¡Dios mío!—exclamaba. Date por satísfecho en el castigo que tan rudamente nos impusiste, y haz que pronto nos veamos libres de este infierno que se nos ha colado porlas puertas.

Y no sé qué oferta piadosa hizo entre dientes al Patrón San Felipe y al Cristo de los Afligidos, de quien era ferviente devota. Que no importa ser gran pecadora para ser beata.

Hasta creen algunos que es seguro indicio.



XII

ÚLTIMA AVENTURA DE AQUEL DIA.

—¡Qué inicua! ¡Qué falsa! ¿Se pueden realmente decir amores á una persona, cuando es á otra á quien se quiere? Yo.... el hombre, sí, lo hace; pero ni el mundo se lo toma en cuenta, ni él precisa de violentarse, porque cierta fascinación de los sentidos le ayuda y le impele á ello. ¿Pero la mujer?.... Y es indudable. O tengo que admitirlo así, ó he de creer que esta Anina es la más voluble de todas las mujeres... ¡Galana conclusión para mi orgullo! Una mujer sensual, ó una mujer voluble, y acaso las dos cosas á la vez. Porque estas dos cualidades debe tener ella, cuando así, tan lisa y llanamente, se atreve á confesar que ama al primer peripuesto que la

solicita.... ¡Vive Dios! ¡Y la estaría yo amando, y mirándome en sus ojos, y tratando de adivinarla los deseos para darme el placer de satisfacerlos! ¡Qué afecto tan perdido! ¡Qué desengaño me he llevado!... En fin, más vale que haya sido ahora. Pero cómo duele, cómo duele un rompimiento así. Y es que yo la quería de veras, con toda el alma; es que aún la estoy queriendo; es que si me llamase, todavía tengo abnegación.... ¡No! ¡Perdonarla no! Es una falsa; es una mujerzuela. ¡Desprecio me inspira solo! Bien que yo no la enamorase,aún cuando así en un principio lo creyera; bien que al llegar otro, hallase en él lo que no en mí: hubiérame despachado, que modos ni motivos nunca faltan. Pero estar en relaciones con los dos á un tiempo, engañarnos á ambos, ó ellos los dos á mí, es una acción indigna.... ¿Y cómo tan oculto lo tenía? ¡Oh, qué pérfida! Ya es maestra en la astucia y la doblez. Aquí que todo se sabe aun antes que suceda á veces, nadie se ha percatado de ello. ¿Nadie? ¿Y quién me lo asegura? Siempre suele ser uno el último que lo sabe.... Él fué quien la detuvo en el columpio.... Y también yo.... ¡que bárbaro! Casi merezco

esto. ¡Pero es mentira! El cariño,cuando le hay, resiste una broma así, y aun le parece buena. Lo que es que nunca me ha querido, y ahí me tenía engañado, no sé, quizá por tener novio.... ¡Bueno! Yo posé en ella mis reales, y ella me tomó para juguete. Alegrémonos de que haya concluido,que no queriendo uno, dos no se aman, y *cuando quise no quisiste, y ahora que quieres, no quiero*, como reza la copla y me ha pasado á mí.... A otra, y que esta apague el rescoldo que en mi pecho ha quedado de esa ingrata.... ¿Y la hallaré? ¿Y la podré buscar siquiera? ¿No matará este forzado consuelo que pretendo hacerme, una mirada de sus bellos ojos? ¿No quedaré rendido al verla?.... ¡Anina! ¡Oh, que inicua fuiste!...

Pasea que te pasea por aquellas solitarias calles, y del círculo de los trascritos, no salen sus pensamientos. Inútil, pues, me parece seguirle en su monótona charla, cuando ni vehementes arrebatos, ni furiosos celos, ni encono vengativo, manifiestan que su amor escediese á cualquier amorío más ó menos vulgar. Creía él lo contrario, y aun así pareció mostrarlo antes; pero existen

sospechas de que el amor propio herido, no fué el sentimiento que menos le animó en la escena de la reja.

Dos horas más tarde, todo continuaba en descanso; las puertas y ventanas de las casas permanecían cerradas, y por ninguna calle se oía el menor ruido. Solamente la voz del gallo, de vez en cuando oída, anunciaba al pobre la cercana hora de la fatiga y el trabajo con la venida de un nuevo día, ó acaso era el anuncio de una cercana tempestad.

Una voz dulce que afanosa llamaba á nuestro paseante, cuando por la calle del Arzobispo trascurría, cortó el hilo de sus pensamientos, y le hizo aproximarse al quicio de una puerta, desde donde ya le salía al encuentro una mujer de porte gentil y delicado.

—¡Solita!—exclamó al verla, sorprendido.

—Buenas noches, Venancio—dijo ella.

—Buenas noches, Sola. ¿Qué haces en la calle?

—¡Ay! No sé. Ni mi madre ni mi hermano están en casa, y yo muerta de miedo, no me

he atrevido á permanecer ahí, ni ahora me atrevo á entrar. ¿Tú has visto á mi hermano? ¿dónde estará mi madre?

—¡Tu madre! ¿Pues qué, á estas horas no se halla en tu casa?

—No; no está, ni sé cuando ha salido. A las once, yo me hallaba con ella, solas en la sala grande, pues la criada se había ya marchado con nuestro permiso, á la boda de un pariente suyo que esta noche se casaba. Concluidas nuestras oraciones, quedamos esperando á Juan de Dios, cuya tardanza ya tenía intranquila á mi madre, pendiente del ruido que en la calle se oía, y yendo y viniendo sin cesar á la ventana. Yo me dormí al cabo, en la butaca, y la congoja de un ensueño horrible me despertó hace poco. Estaba sola; habíanse apagado ya las luces, y la más negra oscuridad envolvía la casa. A tientas recorrí varias habitaciones, llamando á mi madre repetidas veces, y solo el eco, eco prolongado y sombrío, respondió á mi voz. Fuíme á mi cuarto, y en vano quise allí permanecer; el miedo me embargaba; ya no me atrevía á llamar, y á través de las sombras en que estaba envuelta, veía bultos fantás-

ticos por todos lados. Llamé en mi auxilio á todo mi ánimo para huir, y tomando lo que primero hallé á manos para cubrirme un tanto, me salí á la calle, donde siguieron mis temores. ¿Dónde iba yo? ¿Qué había pasado en casa? ¿Y mi madre?.... Toda atribulada quise volver á entrar; pero este viejo caserón, triste y sombrío y con su puerta por cerrar aún, me parecía un mónstruo de los del sueño, apercibido á tragarme con su boca de hielo, y no me he atrevido.

Venancio que la había escuchado con interés creciente, se hallaba triste, disgustado, cuando ella terminó.

—Yo, Solita,—le dijo—solo sé de tu hermano, que quizá no venga á casa esta noche. A tu madre no la he visto; pero si antes estuvo en la ventana, no es difícil que se halle en su compañía.

—¿En donde?

—En casa de don Gaspar Guillén.

—¡Ah, no! Mi madre no entra allí.

—Han ocurrido cosas extraordinarias esta noche.

—Cualquiera que ellas sean, mi madre no traspasará los umbrales de esa casa.

—No. Tu madre está allí.

—¿Allí? ¡Dios mío! ¿Pues qué ha sucedido?

—¡Y he de ser yo quien se lo diga!—dijo Venancio para sí.

—¡Ay! Por Dios, dime que ha pasado.

—Tu hermano ha reñido esta noche.

—¡Mi hermano reñir? ¿Con quién?

—Sí; riñó. Y con tan mala fortuna....

—Qué, ¿qué le ha sucedido?—interrumpió con ansiedad la joven.

—Le hirieron.

—¡Jesus!

Súbitamente agarró Soledad con ambas manos un brazo de Luna, y mirándole al mismo tiempo con afán y angustia, articuló un pequeño grito de dolor; pero ni una palabra, ni una lágrima; su pena estaba representada en su ademán, en la espresión de sus ojos que parecían escudriñar el pensamiento de Venancio por si le ocultaba otro más grande mal.

—No es cosa de cuidado—le dijo Luna para tranquilizarla—si quieres, yo puedo acompañarte allá.

—¡Oh, sí! Vamos.

Y con decisión se arrebujó en el pañuelo que al cuello tenía, disponiéndose á seguirle. Pero al punto, dejó caer los brazos con desaliento, cruzó las manos, posó la cabeza sobre el pecho, y exclamó.

—¡Pero Dios mio! Yo sola....

—Mejor así;—díjole él—pues nadie te verá.

—Vamos—añadió ella.

Y ambos marcharon hacia la casa de los Guillenes.

A la luz de la moribunda y menguante luna que había salido á aquella hora para echar una ojeada sobre la tierra, pudo verse á Solita vestido un traje todo blanco, guarnecido de blondas y encajes, que se ajustaba como anillo al dedo á su cintura, y en recogidos pliegues caía por su cuerpo hasta rozar ligeramente el suelo. Un mantón negro que llevaba puesto en la cabeza, encerraba en óvalo oscuro un rostro pálido en el que brillaban como luceros dos grandes ojos negros, terminado por una barba un tanto puntiaguda. Era delgada, esbelta y muy airosa. La emoción que se le advierte le hace caminar deprisa, y su respiración llega á

ser fatigosa. Luna la observa, y se deleita contemplando su anhelante mirada, el fino perfil de su rostro, el color sonrosado de sus entreabiertos labios, y todo el aire gentil de su persona. Piensa entonces en la causa fatal que había motivado la entrevista aquella, y recuerda que había herido á su hermano, y compadece á este, y culpa á Anina Guillén de todo lo acaecido, y se figura despreciarla, y se la finje indigna hasta de un recuerdo....

Quiere decir algo á Soledad, comprende que en aquella hora solo puede interesarla lo antes acaecido, y siente escrúpulos en hablarla de ello. Pero al fin se decidió, y dijo:

—Tontería es, siendo él tu hermano, lo que á decirte voy; mas.... ¡con qué ardor le quieres!

—¡Que si le quiero con ardor! ¿Pues no ves que es mi hermano? Sí, le quiero inmensamente, con toda mi alma.

—Todos no aman con tal vehemencia, ó lo manifiestan menos. Dependerá eso del temperamento de la persona.

Ella no contestó.

—¿Y odias también con tanto fuego?

—No conozco el odio.

—Sospecho que sí. ¿Que piensas del que ha provocado y herido á tu hermano? ¿de quien acaso le haya muerto?

—¡Oh! A ese.... sí, quizá le odie; porque odio debe ser la repulsión que me inspira.

—¿Lo ves, Soledad?—dijo Venancio tristemente—¡Ea! Ahí tienes la casa de don Gaspar. Adios.

—¿Por qué no entras conmigo? ¿Y si no están?

—Si está Juan de Dios, al menos.... Entrar, yo no puedo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque.... ¡Sábelo! Yo soy á quien odias y abominas.

—¡Tú...!—esclamó Soledad estendiendo sus brazos adelante, en ademán de horror.

Venancio confundido, no osó desplegar los labios.

Ella quedó pronto abatida, y sus ojos se humedecieron con una lágrima, una sola que rodó abrasadora por su mejilla, evaporándose á poco. Fué lágrima de fuego que agotó su debilidad. Luego, resuelta y breve, dijo á Luna:

—Adios, Venancio. Muchas gracias.

—Adios, Soledad—replicó él—deseo vivamente que mitigues el odio que te inspiro; tuve justos motivos para provocarle, y fué leal la contienda. Cayó él; pero sin remedio ya lo acontecido, pido á Dios por su vida.

Entonces Sola, volviéndose de súbito, le alargó la mano, y le dijo:

—Adios.... yo no te odio.

Estrechó Venancio aquella mano que estaba seca y ardorosa, y ambos se apartaron emocionados.



XIII.

DISQUISICIONES ERÓTICAS.

Otro más. Ya no falta ningún Peransúrez en casa de los Guillenes. Una trágica peripecia les había conducido allí, y allí les retenía apesar suyo.

Los Guillenes ¡oh! había que verles. La chacha, con la procesión por dentro y tomando á cada punto el cielo con las manos, estaba echa un erizo. Don Gaspar, huraño, y taciturno, fisgoneaba la casa como buscando sér ó cosa con que desahogarse, y á aquella hora había ya despedido á un capataz, y mandado con Dios á uno que le pedía que fuese en un juicio, su hombre bueno; y doña Amparo, ¡pobrecilla! muy señora que era, y muchas ínfulas que tenía, y mucho poder en

casa, y todo lo demás; pero todas sus ínfulas y señoríos caían por tierra ante el ceño fruncido de su esposo, y estaba apenadísima. Anina, por último, lloraba al ver y considerar cuan grave seguía Juan de Dios, lo iracundo que á su padre había puesto la traslación allí del herido, y sobre todo, la oposición tenaz que mostraba á sus nuevas relaciones.

Nunca recordaba que le hubiese reñido con la severidad que aquella noche, por haber salido á la reja para hablar con él; nunca le oyó tan duras palabras ni órdenes tan precisas y terminantes. No había apelación posible; á aquel hombre no había de hablarle en la vida. Así se lo había dicho.

¡Oh! Pero á su juicio, ella no podía, no debía de cumplir tan amargas órdenes, aun cuando fuesen de su padre. Ni estaba arrepentida de lo que había hecho, ni dispuesta á no hacer lo propio, si otra vez ocurriese; porque ¿quién le afirmaba que la traslación del herido á su casa, no fué su salvación?

Ante su conciencia, ella era responsable de la vida de aquel hombre, pues que por ella la espuso, y ella fué causa de que viniese á tal estado; que si cautelosa, no se hu-

biere dado al amor de un hombre, sin antes despedir á otro que había obtenido su palabra, ya que no también su cariño, nada habría sucedido.... Y aquella pasión que la dominaba y que en vano pretende amortiguar, ¿no constituía ya parte de su vida misma? ¿Y debía ella de renunciar á la vida por lo que llamaba una obcecación de su padre?... Bastante había luchado por darle gusto; bastante había resistido antes de otorgar el apetecido *sí* que á su pesar escapó de sus labios en San Felipe. Ella no quería; ella estaba resuelta á no ceder, pero no pudo; cedió fatalmente, sin voluntad, á su despecho.... Y luego, si eltemor, si la sola idea de no amarle, agitaba y conmovía todo su organismo, ¿qué peor cosa que la infelicidad perpetua que delante se le representaba, podía acontecerle, prosiguiendo en sus relaciones y, amándole con estremos, llegar á ser su esposa?... Era evidente que si su padre, como parecía natural, buscaba su dicha, se engañaba lastimosamente, cerrando el paso á su pasión; porque su felicidad, su dicha, estaba presisamente allí, en abandonarse al sentimiento que cohartar se pretendía.

Tales eran las cavilaciones de Anina en la mañana que siguió á àquella noche memorable. Mas su padre y la chacha estaban muy lejos de pensar de igual suerte, y sin perjuicio de lo que hubiere lugar, preventivamente se le había prohibido parecer por la habitación del enfermo.

La familia de este continuaba en aquella salita baja, sin moverse apenas más que para darle de la pócima recetada. A las nueve volvió don Diámetro. El apósito aún no podía ser levantado; pero en el enfermo no se notaba empeoramiento alguno, y tal vez aquella tarde podría trasladársele á su casa, sin peligro.

Un rayo de alegría iluminó el rostro severo de la dolorida Alondrilla, y aun la misma chacha tuvo una verdadera satisfacción, como si á Juan de Dios tuviese en grande estima. Por fin iban á verse libres de la presencia de aquellas gentes que les habian dado noche de perros y disgustos á granel. Después fumigaría la sala en donde habían estado, y adiós, ni rastro de ellos. ¿Ni rastro de ellos? Muy pronto lo había dicho; que aún estaba allí su sobrina pálida, triste, llorosa,

sin haber dormido, sin querer almozar, y á leguas pregonando desconsuelo. ¡Oh! ¿Sería ya tarde? ¿Habrían sido inútiles las prudentes observaciones y los sabios consejos que preventivamente dió á su hermano? ¿Iban á realizarse los fatales pronósticos que su avisado pensamiento le había hecho? No; nunca. Para algo más que para prever desgracias habían de servirle su ánimo varonil y su entereza de roble. ¡Pues, triste privilegio fuera el suyo si conociendo anticipadamente el mal, no pudiese en modo alguno remediarlo!

Allí había que hacer algo; era indudable. Pero ¿qué hacía? ¿por donde ni con qué empezaba?

Más vén cuatro ojos que dos, la decia una antigua perogrullada con ribetes de profunda máxima. Podia consultarse el caso con don Diámetro, que era un discreto y antiguo amigo de la casa; al fin su sobrina en aquel estado era una enferma que, si nó con medicamentos precisamente, había que curar con algo. El mal, eso no, el mal no podía ser grave. ¡Bah! ¿Grave un mal de amor? Casi habia motivo para echar á reir. Ella, que

no habia amado nunca lo aseguraba. Pero al fin, lo preciso, lo necesario, era poner término á aquella interinidad que á todos tenía fuera de sí.

Don Diámetro era un alto señor, rubio, pecoso y con la delgadez de un esqueleto; su sombrero de copa era el único que de diario se veía en el pueblo, y con él parecía mucho más largo aún. Ignoro si por esta longitud estrema, ó por llamarse don Demetrio y tender siempre el pueblo á la corrupción de todo nombre que no le es vulgar, era por lo que le llamaban *Don Diámetro.*

En aquel momento estaba en el despacho con don Gaspar y su mujer, y allá se dirijió la chacha.

Hablaba el médico del proceso incoado con motivo de los sucesos de la noche anterior, el cual se procuraría mantener en reposo, cubriendo las apariencias del mejor modo posible, para luego, fuera ya el enfermo de peligro, reducir la causa á una por leve lesión con varias circunstancias atenuantes, y salir del paso con una pequeña multa nominal.

—Bien.—dijo don Gaspar—Veré á su



padre y en cuanto ese caso llegue, Venancio será mi yerno. Así se acaba todo.

—¡Psch!—exclamó el médico—Si puede usted conseguirlo....

—¡Si puedo conseguirlo?Pues qué ¿hemos perdido ya los padres la autoridad sobre nuestros hijos? ¿Qué doctrina es esa? ¿Quién ha de oponerse á que mi hija me obedezca?

—Nadie, don Gaspar, nadie; pero si ella, como parece, está enamorada de Juan de Dios, aun siendo su condición más propia para sufrir que para rebelarse, no se casará con Venancio.

—Pues se quedará soltera.

—Bien. Pero usted no la verá dichosa ni feliz, según es su deseo.

—Con que es decir;—exclamó exaltándose don Gaspar—con que es decir, que me he estado yo sacrificando durante cincuenta eternos años de trabajo asiduo y porfiado, con el laudable objeto de asegurar su dicha, y al cabo de la jornada me hallo en la alternativa de verla morirse desdichada, ya á manos de una enfermedad, ya en los brazos de un hombre que lo que, en resumen, pretende es apoderarse de mis bienes?.... Por-

que á esto y no á otra cosa se reduce su pretendido amor. ¿Cuándo y cómo ha conocido él á mi hija para haberse enamorado de ella?.... Y aun concediendo, que no lo concedo, que mi hija se hubiese enamorado de él, ¿puede usted ni nadie asegurarme que hallaría en ese hombre su dicha? Siempre en Urfidelia ¿quien conoce aquí cuál sea su vida? ¿No pudiera ser un loco ó un perdido como su padre?

—Con poco respeto habla usted de nuestro amigo muerto.

—¿Pues si don Rodrigo no mereciese tal epíteto, existirían ellos? ¿De dónde si nó, proceden? De uno, del más funesto y deshonroso de los estravíos del hidalgo.

—Si tal es su criterio de usted, puede obrar según más le plazca.

—Pero, oiga usted, don Diámetro—interpuso la chacha.—A usted que, según mil veces ha dicho, tiene la manía de vulgarizar la ciencia, hemos escuchado, que el carácter, el temperamento, genio y figura de una persona, suelen variar mucho con el tiempo. Pues si esto es así, también es evidente que lleva usted las cosas al último estremo. ¿Por

qué el enamoramiento de mi sobrina, no puede ser un fugaz capricho, un ensueño infantil que el tiempo desvanecerá?.... Yo estoy firmemente persuadida de que privando á Anina de la presencia de ese hombre, y apartándola de cuanto pueda despertarle recuerdos suyos, eso que usted cree pasión inextinguible, se volverá humo vano, y mi sobrina será tan feliz como cualquier hijo de vecino.

No niego que el tiempo efectue grandes trasformaciones en el temperamento, ni que modifique los afectos de la persona. Pero es mi opinión que si su sobrina está apasionada de ese joven, y esto no lo aseguro, lo supongo solamente, si esa pasión existe, los medios que deseais emplear para combatirla, son insuficientes; es decir, son perjudiciales y nocivos.

—Eso digo yo—dijo doña Amparo no poco alegre de oir al médico espresarse de aquel modo.—A ella nadie la instigó para que amase al abogado; sino antes bien, se le previno, se le prohibió que con él tuviese deferencia alguna. Y los resultados, ahí están; nulos y contraproducentes.

—Bueno—dijo don Gaspar.—Si esto que hacer se nos ha ocurrido, es malo y es fatal, dénos usted otro remedio y le seguiremos; que si en nada se relaciona con dar mi hija á ese hombre ni permitir que le ame, al punto le pondremos por obra.

—¡Ah! no, don Gaspar, no es á mí á quien incumbe resolver la cuestión, ni pechar con sus consecuencias. Dóile mi parecer, y usted ó ustedes resuelvan. Mire usted.... Voy á meterme en honduras, quizás impertinentes; pero en fin, no estarán de más cuatro palabras.

—Diga usted.

—Yo creo que cuando un sentimiento llega á llenar el ánimo de una persona, hasta el punto que merezca llamársele pasión, si esta algún dia llega á desaparecer, nunca es por culpa ni por voluntad de la persona apasionada. Una vez que la pasión la ha dominado, que llegó á poseerla, está fuera de su albedrío el apartarla, el poderla desechar de sí. Y sin embargo, no niego que pasiones intensas desaparezcan y mueran; la esperiencia lo confirma así. Pero mueren y desaparecen por causas y motivos en los que no interviene el ánimo de la persona apasionada

sino de un modo pasivo. Vea usted por qué una pasión se extingue casi siempre por decepciones de la persona amada; por concebirse de ella una idea magnífica y suprema, y luego los hechos presentarla mezquina y ruín; hasta por exageración y abuso de los goces que proporciona. Pero fuera de estos casos y otros análogos que suelen influir del mismo modo, la pasión, generalmente subsiste siempre, porque muchos hechos que á cada paso de la vida ocurren, la dan un incentivo poderoso que no la deja morir de ocio y hastío. Y de los incentivos más eficaces y mayores, son las trabas y oposiciones que suele encontrar; cuando se dificulta y embaraza la realización de lo que este sentimiento anhela, llega á su colmo, crece y se agiganta. Un amor que anhela, una pasión en estado de deseo ferviente, se hace más voraz, más viva, más intensa.... He ahí porqué señalé como nocivos los medios que pretenden ustedes emplear.

—Es decir—replicó la chacha—que usted, hombre de ciencia que cree en el progreso constante (hablo con sus palabras, señor médico) que sostiene y demuestra que el

mundo marcha sin interrupción, cree en los amores de ultratumba, cuyas románticas narraciones hechas por melenudos y grasientos poetas, hacían derramar lágrimas de simpatía á nuestros abuelos?.... que todavía vivimos en los siglos de los palenques y torneos, en la dichosa edad en que una mirada era suficiente á dar vida á la pasión más voraz y sublime, sin que hubiese ya remedio en lo humano para impedir que aquellos dos corazones viviesen al unísono, y de un mismo fuego, y una sola vida?

—No, Gervasia—contestó el médico.—Sin que yo crea eso que usted dice, puedo estar firmemente persuadido, de que los sentimientos humanos no envejecen; de que siempre, cualquiera que sea la edad ó tiempo en que se quiera encontrarlos, ellos son los mismos, é iguales sus causas y sus efectos. Las pasiones, los vicios y virtudes de este mundo, siempre han sido los mismos, y hoy como antes, pueden existir y existen pasiones vehementes y fogosas, y hoy como siempre se ve que no solo matan la indigestión, el cólera, ó la tisis, sino también un sentimiento. Esto es lo que creo, y esto es lo que la digo sin

ambajes ni rodeos. Y quedad con Dios hasta esta tarde en que volveré para la traslación de ése á su casa.

—Hasta luego, pues,—dijeron ellas.

Don Gaspar salió á la puerta, despidiéndole.

—Tú has tenido la culpa de todo—dijo la chacha á su cuñada, en cuanto la vió sola.—Ríete ahora de las tempestades con que te amenazaba, y llámame calendario de desdichas, almanaque lúgubre, y otras cuantas simplezas.

—No me río; no puedo ahora reirme, porque lo mismo que tú anunciaste el mal, tú le has traido.

—¡Yo!—exclamó irguiéndose la chacha.

—¡Tú!—respondió doña Amparo imperturbable.—Si no hubieras hostigado á Gaspar, para que le prohibiese hacer lo que ni por mientes le había pasado, ni de su nombre se acordaría ya. Pero, es claro; de manos á boca se le dice: No pienses en ese hombre, no le mires, no le hables.... Naturalmente; tan estraño mandato, la hace pensar: ¿Por qué no he de mirarle? ¿por qué no he de pensar en él? ¿es tan malo? pues yo le en-

cuentro ésta bella cualidad; y aquélla buena condición; y.... resultado: que los galanteos de ese hombre á los que no hubiera hecho caso alguno, fueron los destinados á fijarse en su ánimo, y los que han conseguido enamorarla.

—¡Vaya una esplicación galana, breve y sencilla! ¿Cuando pones cátedra, Amparo? Porque ne se puede decir más claramente, que yo he deseado lo que decía abominar, y que su padre....

—Déjate de chinitas. Digo que imprudentemente se la ha precipitado á ese amor, y así es.

—Se la ha precipitado por tí; por tí que, pareciéndote un escelente partido, se lo aconsejaste, soñando ya con ver á tu hija abogada, y esposa de un hombre célebre, y brillando en Madrid, y....no sé hasta donde habrán llegado tus ensueños de vanidad.

—¡Vanidad! Ya pareció aquello.... Á la digna estima en que debe de tenerse á la propia persona, le llaman ciertas gentes vanidad. Pues bueno, hija: frente á mi vanidad, está el buen seso de ustedes. Seguid adelante en la empresa que traeis entre manos, y á la

postre veremos. Ella será quien más padezca; pero....

Entonces volvió don Gaspar.

—Ella será quien más padezca—repitió irónica la chacha.—Es verdad. Si lo que pretendemos es sacrificarla.... Aunque sea hija suya y mi sobrina, ¿qué nos importa llenarla del oprobio y la deshonra de los Peransúrez?....Nada. Debemos de entregársela, y no así como así; sino aparejadita con un buen dote; que todo se lo merece el chico, por ser abogado. Nada importa que sea un hijo de.... quien es.

—Importa, mucho que importa. Pero de eso está el mundo lleno.

—¿Tú también, Amparo?—exclamó don Gaspar.

—Cada uno, en resumen, es hijo de sus obras.

—Hijo de sus obras, sin dejar de ser hijo de su madre. Pero, ¿y qué? ¿tú conoces las obras de ese hombre? ¿Son buenas ó malas?

—Para conocer á una persona, basta con verla. Además, un niño que se ha hecho la carrera con mil afanes, y ejerce ya su pro-



fesión, y ha hablado en la Audiencia, y tiene tan brillante porvenir....

—¡Dale con el brillante porvenir!—exclamó la chacha, azotándose el muslo con la mano.

—Pues es claro—replicó su cuñada—sinó, ¿qué sería? Un pelafustán, labrador de cuatro terrones, más bruto que un arado.

—Pues mira, Amparo;—le dijo su marido—ni pelafustán, ni abogado, ni bruto, ni fino, ni con gloria, le quiero para mi hija.

—Ya lo sé; pero....

—Nada, no le quiero. ¡Ea! Se acabó.





XIV.

PALIQUE.

¡Ejeje! ¡Ejeje! era la tosecilla que generalmente anunciaba la aproximación de aquella larguísima persona, á la cual pronto se veía, cuando de visitas profesionales iba, cerca del lecho del enfermo, semi apoyado, en actitud académica, sobre el liso bastón de ébano con puño de marfil, y teniendo entre sus dedos, blancos y ensortijados, un cigarro *escogido* de á medio real.

—Y....¿qué hay?—dice tomando asiento. —¿Cómo va ese valor?

—Adelante.

—¿Tomó la bebida?

—Dos veces solo....No puedo con ella.

—¡Ejeje!

—Me produce tos.

—Y las curas....¿se han hecho?

—Sí.

—¿Fiebre?

—Hoy no.

—¿Algún frío anoche?

—Poco.

—¿Y comer?

—¡Pchs!

—¡Ejeje! Á ver, hombre, á ver.

Tómale el pulso, le reconoce prolijamente sin dejar traslucir impresión alguna en su rostro, y luego dice, quitándose el cigarro de los labios:

—Bueno, bueno, bueno.

—¿Cómo layusté?—preguntóle aquel día la Alondrilla.

—Bien....Sigue la mejoría....

—Lo dice usté dun modo....

—¡Qué! No, al contrario. Veo que se salen con la suya....Conque ya usted ve....Y yo me alegro, yo me alegro mucho de que así sea.

—¡Ay! ¿Pero quienes son los que van á salirse con la suya?

—Esa gente, señora; esa gente que se

empeñó desde luego en que la herida no era cosa mayor.

—¿Y van acertando, dice usté?

—¡Vaya!

—¡Ay! Dios lo quiera.

—Lo quiere. De seguro.

—Pos bendito de Dios bayan los prejuicios, que á arguno pudía traerle er má de mi hijo, que ni ér ni yo se los deseamos.

—Mire usted; el agresor es quien parece hallarse menos tranquilo, pues todos los días me pregunta por el enfermo.

—Sí, pero no es por eso—objetó Solita.

—¿Cómo no es por eso?

—Creo yo, que no es por miedo á los males que pudieran sobrevenirle; sino por deseo de que mi hermano se ponga bueno.

—¡Ya! ¿Y por qué cree usted eso, señorita Sola?

—Porque....porque sí.

—¡Oh!—exclamó el médico.—Entonces, siendo por que sí, no cabe la menor duda de que así es.

—Venancio es bueno—dijo Juan de Dios.

—Eso creo yo, por más que ér fuera er de la jechuría....La otra, la otra gente, ese

Don Gaspar, es er que tiene lalma atravesá.

—Madre.

—¿Qué, hijo mío?

—No hables mal de nadie.

—No hablo mal, hijo mío, no hablo mal. Digo que esa gente es mala porque lo es. Y si nó, ¿can hecho por la josticia en este auto?... Usté, don Diámetro que está enterao lo podrá ecí.

—Nada absolutamente....Como si tal cosa hubiere en el mundo sucedido.

—¿Lo estás viendo?....Pos si como fué er señorito Venancio Luna, hijo der señó don Juan Luna, rico propietario, presona de visos en er pueblo, y síndico el Ayuntamiento ahora, lo hubiá jecho argún probe infelí, lo menos que lo hechan á presiyo pa toa la bía.

—Según y conforme señora—objetó el médico.—Si hubiera sido honrado ese pobre infeliz, á que hace usted referencia, sin duda alguna que le fastidian. Mas hubiese bastado que fuere un sin vergüenza, para que se le hubiesen dispensado favores y protección.

—¡Ay! ¿Pero hay gente que proteje á los malos?—preguntó Solita.

—¡Toma, toma, toma!— exclamó el médico—¡Y tantos como hay!

—Advierto, don Demetrio— dijo Juan de Dios —que no quiere usted bién á mucha de esa gente.

—¡Bah! Usted no conoce el paño, Juan de Dios. Si usted supiera.... Mire usted: Hay aquí persona... ese jitano á quien llaman *Pinreles*, ha tenido siete causas criminales, unas por robos, otras por lesiones; y ninguna de ellas le ha dado ruido más de veinticuatro horas. Todas se archivan ó se rompen.

—Pero eso ¿cómo así, tan fácilmente, puede hacerse?—preguntó el herido—¿ni para qué lo hacen?

—Cómo, nó lo sé yo ¿Para qué? ¡pchs! para que mañana el jitano le acompañe en este herradero, para que no dé en la debilidad de robarle á ellos, para pasar por hombres protectores de los débiles, (por que en esto de hacerse lengua y ser aparatosos y exagerados nadie iguala á los gitanos), y ¡vamos! porque la maldad común les hace mutuamente simpáticos.

—Verdá es que Dios los cría—dijo la

Alondrilla—.... ¿Yusté como anda con ellos?

—¿Yo? bien, señora. Mi ciencia y mi profesión se fijan en organismo, no en personalidades.

—¿Le pagó á usté don Juan Luna aquella cuenta célebre de cuando murió su señora?

—Sí; ya hace tiempo.

—Se avino ar fin.

—Hubo que hacer un grande arreglo para no meterse en pleitos... Porque yo, mejor le hubiese todo perdido, que litigar con él.

—¿Pues qué, es tan irracional?—preguntó Juan de Dios.

—¡Uff! Figúrese usted que operaciones quirúrgicas, visitas á deshoras, curas extraordinarias y todo cuanto ocurrió, quería pagarlo á razón de dos reales por visita.... Y esto, como gran prodigalidad; porque decía: mi esposa ha muerto, de nada me ha servido usted.

—¡Ay, qué hombre!

—En fin—dijo levantándose—ya hemos descansado un poco; sigamos la tarea.

Se marchó luego de haberse lavado las manos. Y Solita que, á poco de él salir, se ha-

bía acercado á la ventana, dijo desde ésta á su madre.

—Ven mamá.... ¿Ves allí á don Diámetro con quien está?... Siempre le espera á la salida, quizá para preguntarle por el estado de Juan.





XV.

DIVINIDADES PROFANAS.

Sobre los restos, pero restos magníficos y grandes de una árabe mezquita, levantó el Renacimiento la iglesia parroquial que es joya de Villalinda.

Tres inmensas naves que coronan bóvedas suntuosas, adornadas con finísimas labores árabes de esquisito gusto, mantenidas por pétreas columnas de esbeltas y arrogantes formas, dividen al templo que es grande y espacioso, y muchos cientos de luces que por doquier resplandecían, durante la función sacra que se celebraba el Domingo de Ramos de aquel año, le hacían parecer una brillante ascua de oro.

Entre el concurso, verdad es que no fal-

tan lisiadas muletas, ni torpes zapatos que al andar se arrastran, ni tísicas toses que molestan con su ronquido gutural. Pero no es este el devoto gentío que á la función acude. Peregrinos semblantes envueltos en los finos encages de las mantillas, llegan por ambas puertas á las conchas del agua bendita, señalan con ella una pequeña cruz en la frente, y corren á ocupar el preferente sitio de los que están vacíos aún.

La Semana Santa que aquel día ha empezado, constituye con las Pascuas, la Ascensión, el Corpus y algún otro célebre día que más tarde viene, un cúmulo de fiestas, religiosas, no hay duda, pero fiestas al fin, que es necesario celebrar á fuer de buen cristiano. Y como antes ó después hay que comprar vestidos nuevos, que ninguno es eterno, la vanidad y el bien parecer aconsejan de consuno, estrenarlos en la primera de aquellas. Así que, el Domingo de Ramos, á los ojos del que en días normales acostumbra verles, los villalindanos se presentan como recién llegados de las Indias. Todos los rostros respiran satisfacción; las mujeres lucen sus mejores vestidos, y los



hombres estrenan el traje del año. No puede, pues, decirse que los circunstantes oscurezcan el aspecto espléndido que la iglesia ofrece.

Va á comenzar la ceremonia para la bendición de palmas y ramos. De grandes manojos de esquilmo y azahar, despréndese grato aroma que se mezcla con el perfume del cantueso y el tomillo, y de los incensarios se despiden bellas espirales de humo, que saturan el espacio de ese místico olor propio de los templos. Escúchase el remover banquillos, el abrir y cerrar abanicos, el murmullo de siseos y plegarias en baja voz... Delante del coro, junto á la crugía, está Anina Guillén vestida con severo y elegante traje de seda negro, oreando sus rubios cabellos, el velo que cubre su cabeza, pálida, bella, con sus rasgados y negrísimos ojos, fijos en el devocionario, llena de graciosa beatitud y dulce recogimiento. La chacha Gervasia, de hinojos á su lado, contempla con seráfica devoción la hermosa efigie de un Cristo, obra la mejor acaso de Alonso Cano, mientras por sus dedos escuetos y enguantados, pasan poco á poco y una tras de otra, las cuentas de

su lujoso rosario. Su cuñada, también proxima á ella, habla de los bordados paños que adornan el altar profusamente, y cuenta á la alcaldesa los minuciosos deberes que le impone su cargo de camarista mayor de la Hermandad del Ecce-Homo.

Comienza la función, el órgano dejando oir sus acordes con más suntuosidad que melodía, y entonando el coro la antífona *Hosanna filio David.* Del altar mayor, regiamente vestido de color morado con franjas de oro, prepárase á salir la procesión de Ramos, y la gente se apiña y se codea para abrirle paso. El padre Poquito, vestida la capa pluvial morada con bordados de oro, propia de tan solemne día, acompañado de los ministros igualmente revestidos, de pié delante del altar y de cara al pueblo, distribuye los ramos empezando por el de más dignidad entre los sacerdotes, y concluyendo por el último de los seglares.... Ya llegan frente al Sagrario.... Ya los distingue Anina; ya ve á su padre luciendo la encomienda sencilla de Carlos III; allí, de todas sobresaliendo, se vé la cabeza de don Diámetro; cerca de éste, á García Ruiz el diputado;

y enfrente de él... enfrente á Juan de Dios que lleva en la mano rica palma labrada, y en su pálida faz y en la delgadez de su cuerpo, la huella del mal que le tuvo postrado largos días. Están descarnadas sus mejillas, más luenga la barba, y hundidos sus tristes ojos....Al verle Anina no pudo reprimir súbito movimiento, y cayó de sus manos, el libro de oraciones; le miró cual sonámbula, con afán é insistencia, sin saber que hacía, sin noción del tiempo, y así permaneció hasta que la hicieron salir de su letargo estas, palabras de la chacha que zumbaron en sus oidos y sobrecogieron su corazón:

—Mira hacia Dios, alma empecatada.

Recogió el libro, y quiso proseguir la interrumpida lectura; pero dos gruesas lágrimas que por sus mejillas resbalaron, le hicieron parecer aquella página impresa con caracteres de movimiento, porque los veía bailar, borrarse y confundirse unos con otros, como negándose á decir nada á su entendimiento. No pudiendo leer, cerró el libro para encomendarse á Dios con una plegaria aprendida; mas en mitad de ella, sus ojos, rebeldes á su voluntad, pasaron de Cristo á

Juan de Dios, y el rezo fué interrumpido bruscamente al observar que él la había visto, y la miraba con deleite; que con sus miradas venía su pensamiento directamente á ella, diciéndola mil nuevas ternezas, prometiéndola amor inmenso, y preguntándole á su alma si aún le amaba... Ella cerró los ojos y se llevó las manos al pecho. Entonces se le representó á su padre asaz irritado y furioso por haber reincidido en la desobediencia á sus mandatos, y á la chacha, con sus lúgubres augurios pronosticándola que perdería su dicha. Y se fingió que ambos violentamente la cogían y la llevaban lejos, muy lejos de aquel hombre, interponiendo, para seguridad, entre los dos, horrendo y fuerte muro. Y siguió fingiéndose que apenas quedó sola, merced á ignotas alas, dejó la amurallada clausura, y hala, hala, hala, iba caminando, caminando, hasta que al llegar á veinte pasos de su dicha, se hundía en fangoso terreno, y hacía grandes esfuerzos por andar, y nada adelantaba.... ¡Oh! ¿Por qué así le impedían llegar á los brazos de Juan de Dios que, amante y bondadoso como siempre, tan serca le aguardaba?.... ¡Crueldad inaudita!

Abrió los ojos; Juan de Dios se había ya ido. Más exaltada entonces se escapó á sus miembros movimento de desesperación y protesta, y erguida sobre las rodillas, paseó su mirada fogosa y avasalladora por todo el ámbito de la Iglesia. Hubiera querido acabar con un soplo la función, salir antes que nadie, correr tras de su amante, y á voces, á grandes voces que se hicieran escuchar de todo el pueblo, exclamar: "Juan de Dios, Juan de mi alma, tuyo es mi amor, solo tuyo.„

Las luces, el calor, la mucha gente y la vista inesperada de Juan de Dios á quien aun creía luchando con las fieras garras de la muerte, la trastornaron un tanto, é hicieron afluir la sangre á su cabeza, produciéndola aquel disparatado ensueño. Pero pasó el éxtasis, vino la calma, y desapareció el delirio, dejando en su mente un recuerdo amargo que procuró alejar de sí, leyendo la entrada de Jesús en la Ciudad Santa.

A poco ya volvía la procesión; Anina no se atreve á mirarla, y aunque su pensamiento está en otra parte, su vista permanece sujeta por su voluntad á las rojas iniciales del libro.

Comiénzase la misa. Luego hay sermón. Las viejas, unas lloran distraidamente, otras porque le aprieta el reuma; los hombres buscan posiciones cómodas, y el orador sagrado, venido exprofeso de la ciudad cercana de Urfidelia para hacer la Cuaresma, por cuya causa le llaman el Padre Cuaresmal, empieza con una invocación en latín. Habla quizás no tan bien como lo hiciera el Padre Poquito; pero, tiene pulmones, grita en tono amenazante y terrorífico, recita en latín los pasajes supremos, para más claridad sin duda, y esto agrada á los hombres. Para las mujeres tiene también una rica colección de epítetos enconfitados y dulces superlativos que, con ciertos relumbrones de estilo, hacen derramar lágrimas acerbas, gordas como avellanas, á las sensibles hijas de Eva. Y esto vale más, que los sermones del pobre Vicario del pueblo, cuya pequeña figura, apenas si sobresale del barandillo del púlpito cuando sube á él, y es su estilo llano y apacible, y su voz, si bien grata, falta de potencia y estensión. Los villalindanos, cual muchos otros, desean que les entusiasmen, que les conmuevan, que les aterren, que les inoculen á viva

fuerza la lección moral y piadosa que darles se pretende.

Concluida la ceremonia de las palmas, Juan de Dios, tomó sitio junto á las gradas del Altar, desde donde podía contemplar á Anina á su sabor.

La demacración del joven abogado hacia más interesante su fisonomía, cuyas facciones encerradas como en óvalo negro, por el negro cabello y la rizosa barba, ejercían el dulce atractivo de la modestia y el sufrimiento....Un mes túvole enfermo la herida que recibiera en la célebre noche de San Felipe; durante aquellos eternos treinta días, nada supo de ella, si ya no es la recogida de la calle, y la llevada á su propia casa; después, nada. Á su madre que hubiese podido darle nuevas, no había querido nunca preguntarle ni hablar con ella de nada que con los Guillenes se relacionase.

Ahora, satisfecho el anhelante deseo de verla, borraban su alegría mil consideraciones sobre lo funesto que á Anina le había sido su amor, apenándola con la crisis, falta de solución aún, que á su familia acarreara, y que como en azogado cristal, en ella reprodu-

cía sus consecuencias, con los sinsabores que produce amor cohartado.... ¿Cómo librarla de este infierno? Bien quisiera su noble corazón devolverle la tranquilidad augusta y la dicha que había perdido; pero ¿de qué modo? ¿por qué medios?... No era posible que él renunciase á una pasión que era su vida, ni aunque así pudiera acontecer, ella variaría de suerte; que el amor no fundado en vana soberbia, ni en ciegos apetitos, ni en groseros estímulos, sino que tiene por base la estimación de las prendas del alma, es cosa íntima y esencial de la persona en que se halla, y Anina no podría renunciar ni deshacerse de él.

Y la tristeza que al joven domina, se contempla también en la Guillén, como en las tranquilas aguas de un lago, se contempla quien en ellas se mira. Y como en sí no hallaba remedio para aquellos males ni en el mundo tenia quien se lo diera, elevó su alma hasta el hijo de Dios, cuyos pasos por la tierra, entonces refería el Padre Cuaresmal. Y mentalmente á Cristo refería sus cuitas, pasando su mirada de Juan de Dios á la divina efigie, una vez y otra, y cuantas

comenzaba una plegaria. Y en estas idas y venidas de sus ojos, halló su delirio estrema semejanza entre el Rey de los Judíos, crucificado en la Cruz, y Juan de Dios.... Ambos tenían demacrados y pálidos sus rostros; los dos igualmente crecida la negra barba; de los ojos de ambos, manaba la misma santa humildad y benigna resignación; si este mostraba en su costado izquierdo una cruel lanzada, aquel tenía en el propio sitio la cicatriz, quizas aún no cerrada de otra igual; si á uno habían afrentado sin ninguna culpa, clavándole ignominiosamente en una cruz, también al otro le afrentaban no siendo culpado; que no debía de serlo por ser de sucio origen; si á Cristo habían perseguido no comprendiendo la santidad de su doctrina, á Juan de Dios le aherrojaban con aquel ajeno pecado. Ambos eran víctimas inocentes, y á uno y otro podían aplicársele aquellas sublimes palabras que entonces repetía el predicador, de las cuales Anina se hizo eco, refiriéndolas á su familia; "Perdónales, padre mío, que ignoran lo que se hacen.„

Y ¿qué dolor era comparable al que ella

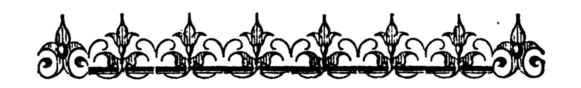
esperimentaba viendo al objeto de su amor sufrir tan acerbamente?.... Ninguno á no ser el de la misma Virgen. Á ella como á la madre de Dios, el mundo la apartaba de su más caro ídolo; sus ojos como los de María estaban lavados por el llanto, y también sus labios de púrpura estaban como los de la Augusta Nazarita, prontos para bendecir á quienes en tan amarga desventura la sumian. Y aún no se limitaba á esto la semejanza, que Anina recordaba su rostro, y se figuraba verle reproducido en la digna Imagen; ambos tenian la tersura del nácar; iguales eran sus contornos, é idénticos sus perfiles; su cabello era rubio, y el de la Virgen también lo era sin duda, pues aunque tapado por el manto no se le veía, de suponerlo era, viendo moreno á San José, y rubio como el fuego al Niño Dios. Por manera que el parecido era mucho y nada vulgar: ojos negros, y cabellos rubios.

Después de estas sutilezas y sofisterías, por demás pueriles y pecaminosas, es fama que Anina, aquel día atacada por sucesivas qüimeras é interminables ensueños, tornó á su normal estado haciéndose la fútil refle-

xión de que pareciéndose Juan de Dios y ella á Jesús y á la Virgen respectivamente, Dios y su Madre les tendrían de su mano y bajo su protección.

Y entonces fué cuando por vez primera en aquel día, rezó con verdadero fervor y místico recogimiento.





XVI.

QUE TERMINA COMO NO SE ESPERABA.

Que si la ve, que si la pasea la calle, que si le vieron una tarde hablando con ella en el castillo, ¡vamos! que don Juan Bautista se cansó de aquella canción empalagosa, y resueltamente y sin ambajes, llamó á su hijo y le dijo:

—Oye: ¿Qué traes tú con Solita?

—¿Yo? Nada.

—Me han dicho que le hablas.

—¿Sí? Pues no es cierto.

—Ya lo suponía yo—repuso satisfecho. —¿Quién piensa en tal disparate?.... Vaya, hombre, me alegro que no prosigas en tus antiguas calaveradas.... Sí señor, por que ya

es hora de sentar la cabeza.... ¿Y con Anina, como sigues?

—Como antes.

—¿No has vuelto á hablarla?

—¿Yo?

—¿Qué tuviese de estraño? Aquello se acabó ya por completo, su padre la ha reducido ya á razón, y, en fin, que pronto os casareis.

—¿Yo, con ella?

—Como que hoy mismo voy á pedir su mano.

—Pues, mire usted.... No, nada. Si ella quiere, convenido. Porque como no ha de querer, nada prometo yo.

—¡Cómo no ha de querer, muchacho? ¿Tan loca es la chiquilla?.... Hoy mismo lo veremos.

—Yo ya lo tengo visto, y.... no hay de qué.

—¡Bah, bah, bah!

Y á seguidas vió á don Gaspar Guillén que, firme en sus trece como buen asturiano, seguía creyendo que el amor de su hija por el abogado, eran boberías y simplezas de inocente mozuela, que echaría á buena parte en cuanto que otro hombre de más positiva for-

tuna, la hiciese ver que la aureola con que su imaginación había circundado la frente de aquel hombre, eran humo y ensueños.

No dejaba él por esto, de concebir que una mujer cualquiera, y especialmente si poca edad contaba, pudiera prendarse de un barbilindo que, por cualquier concepto, se saliese de lo vulgar y trillado; mas este enamoramiento, á su juicio, no podía ser duradero; consumado el capricho, llegaría el otoño de las ilusiones, y la incauta muchacha volvería inútilmente los ojos hacia lo que primero despreció. Por eso estaba en lo mismo. Por eso cuando don Juan Luna, le preguntó:

—¿Que hay de los chicos?

—Nada nuevo, compadre—respondió.—Aquello puede hacerse cuando usted quiera, y.... mire usted: el Domingo de Ramos es día célebre; ¿quiere usted que le escojamos?

—Bueno.

—Pues entonces, después de la función, se va usted por allá, y....

Y juntos se fueron al acabarse la función.

—¡Hola! ¿Estais ya aquí?—dijo don Gas-

par á las Guillenes, al hallarlas en un pequeño saloncito, donde habian entrado á reposar un poco.

—Aquí estamos todos—respondió la chacha quitándose de la cabeza los alfileres que le sujetaban la mantilla.—Aquí está tu hija, que hoy en la Iglesia se ha portado.

Comprendió Anina que la chacha anunciaba tormenta, y acaso provocándola, acaso pretendiendo eludirla, replicó:

—¡Ay, chacha! Si supieras qué cansadita vengo de sermones....

—¿Yo sermones? ¿por qué? Si digo que has estado divinamente; si el recato y la devoción que has tenido han sido inimitables.... ¡Ya lo creo! Estar pensando en las musarañas, dejar caer el libro de las manos, andar con la vista de acá para allá....

—Vaya, vaya, Gervasia—dijo don Juan Luna—estas funciones son demasiado largas para estar en ellas con devoción.

—Si no es eso, don Juan. Es que le ha estado contemplando más que al mismo Dios; es que ha llorado por él á la vista de todo el mundo. Y ¡cuándo santos cielos, cuándo! en la hora y punto que un ministro del Señor

refería lo más sublime de la pasión de Cristo. En ese tiempo, en vez de elevar sus preces á Dios, pidiendo remisión para su alma pecadora, estuvo mi sobrina en mudos soliloquios y contemplando al hombre que causa sus disgustos, que amenaza destruir la paz de su alma, y á quien sus padres, por muy santos motivos, le han mandado despreciar.

—Gervasia—dijo doña Amparo con ánimos de llevar á otro lado la conversación.

—Eso no se hace—prosiguió la chacha sin oirla y exaltándose—Eso es bochornoso; que aunque él no fuera lo que es y no pesara sobre tí el mandato sagrado de tus padres, no sería menos feo.

Anina se irguió con aire de protesta, pero nada dijo; don Juan Luna bañó con una interrogadora mirada á don Gaspar, en tanto que este iba con sus ojos desde Anina á la Chacha, censurando con ellos, en una su accion, en otra la historia que de ella hacía en momentos tan intempestivos.

—Yo estaba indignada—dijo la chacha remachando el clavo, viendo que nadie replicaba—No te faltó más que llamarle á voces

y echarte en sus brazos; si parecía mentira.

—¡Ave María!—exclamó don Juan Luna tornando á volverse en el asiento, y echando una pierna sobre la otra.

—¡Gervasia! ¡Gervasia!—exclamó doña Amparo.

Del Sr. Guillén no hay que decir sino que botó en el asiento.

—Mal estaría lo que hice—dijo Anina—pero no ha llegado á lo que cuentas. Si la sorpresa de verle de repente me inmutó y dejé conocer la emoción que me embargaba, yo juro que no fué deliberadamente, sino muy á pesar mio; que yo deseara ocultarle mi amor por ver si él me olvidaba, y no amarle yo entonces tachándole de inconstante y falso. Pero es mi empeño inútil y vanos mis esfuerzos; que puede más el cariño que la voluntad.

—¿No te da vergüenza de espresarte así?—le gritó su padre levantándose, y en tono amenazador.

—¿Y oyes tú lo que ha dicho?—dijo la chacha á su cuñada.

—Sí—respondió ésta—lo escucho y lo deploro, porque contemplo en ello su des-

dicha; porque veo cuánto sufre y cuánto sufrirá.

—¿Y quién lo remedia? Es un deber lo que nos dicta obrar así.

—Un deber, no—dijo Anina resuelta, llorosos los ojos, encendido el rostro y palpitante el pecho—Llamais deber á cualquier cosa, y hay que distinguir. Deber sería, no el mandato, sino la obediencia que yo debía de prestar. Pero si deber es prestar obediencia á los padres, no deja de serlo juntamente el no contrariar los impulsos de un noble sentimiento, infundido por Dios en nuestra alma.

—¿Qué sabes tú, mal pensadora bachillera, de lo que dices?

—Lo que sabe cualquiera que raciocine un poco.

—Vamos, por Dios, Gervasia que ese no es camino de conseguir nada—dijo doña Amparo—¿No se le ha prohibido hablarle y no le ha hablado?.... Pues dejemos al tiempo lo demás, que no se ganó Zamora en una hora.

—¡Boberías!—replicó la chacha—Eso es andarse con paños calientes y aguas tibias y el camino de nunca acabar. Tu hija obra mal,

muy mal. ¿Le manda su padre una cosa que es justa y conveniente? Pues debe de hacerla, aunque sea de cabeza. ¿Le prohibe dar en su alma cabida á un sentimiento? Pues debe de expulsarlo inmediatamente, ya que sin prudencia le dejó entrar. ¿Que le cuesta trabajo? Pues que se resigne. ¿Que le es doloroso? Pues que lo sufra. Ese es su deber. Sufrir y resignarse.

—¡Qué facilmente, chacha, llegan en tí las ordenes á la voluntad!

—¡Como que no hay obstáculo ninguno! —replicó don Gaspar—Todo es que se deseen que lleguen. Y tu vas á desearlo, Anina; yo te lo digo; tu vas á desearlo, y vas á conseguirlo.

—¡Ojala!

—¿Ojala? Pues qué, ¿ese mequetrefe.... Pero ¡vamos!.... Ne me faltaba ahora sino entrar en discutir esa porquería de amor.

—Eso es todo—dijo Anina.

—¿Qué lo es todo?

—Eso. La atmósfera contraria á él, que aquí todos respirais; una prevención latente, una aversión marcada, un desprecio injustificado.

—Pero chiquilla ¿tu estás loca?—la dijo don Gaspar.

—Vaya, amigo—dijo don Juan Luna levantándose—La muchacha, sabe usted—esto en baja voz—está un poco obcecada y por hoy, no hay que pensar en convencerla, Se aguó nuestro asunto.... Digo, por hoy al menos.

—¡Ay, don Juan! Esto me va á costar mucho disgusto.

—Constancia en ella, y Dios dirá... Vaya; hasta otro día.

Y salió murmurando:

—¡Caracoles con la niñita!

Don Gaspar quedó paseándose por la estancia, resollando fuerte, rascándose la cabeza, estirándose para arriba la cintura de los pantalones, arreglándose los puños de la camisa, y en todo dando muestras de una grande agitación y una sorda cólera.

Y se paró de pronto cerca del más distante testero, y dijo, dirigiéndose á Anina:

—Pero no te abochorna, no te dá vergüenza, de oponerte con ese descaro á lo que yo te mando?

—No puede ser de otra manera, papá

mio. Él es un hombre bueno, y por esto puede amársele, y por esto le amo y le amaré siempre, apesar de todos los mandatos del mundo. Podré no hablarle, no verle.... cuanto ustedes quieran: pero no amarle, eso no.

—¡Voto á dios Baco! — exclamó don Gaspar yéndose á ella, ciego por la cólera.

—¡Ay! — exclamó doña Amparo levantándose súbito y colocándose ante Anina.

—¡Gaspar!—dijo la chacha.

El contrariado montañés se contuvo, lanzó todavía algunas otras exclamaciones, tomó el sombrero y salió.

Anina y su madre se abrazaron llorando, y la chacha quedó meditabunda, emocionada.







XVII.

CARTAS PARTICULARES.

¡Ejeje!

Y apareció el empingorotado sombrero de copa, sobre la cúpula de aquella torre humana.

—Adelante.

—Buenas noches.

—Muy buenas. Tome usté asiento.

Y se sentó cerca de la camilla donde ellas estaban, la Alondrilla devanando unas madejas, Sola entretenida con una labor de estambre, que á las veces paraba distraida.

Solita era callada, reflexiva y bastante grave. Aquella noche se la veía meditabunda, y, con frecuencia, clavados los ojos en la luz del quinqué, permanecia estática, al pare-

cer atenta á la conversación, pero en realidad no percatándose de nada.

—¿Que hay de bueno? ¿Y el hombre?

—Tá en su cuarto. Ahora le llamaremos; que antes quió yo hablá con usté dos palabras.

—Aunque sean veinte.

—Con franqueza dígamelo usté. Pasás estas fiestas ¿pué mi hijo ya edicarse ar trabajo?

—Pasados unos días, sí; puede ya comenzar.

—Po sa meste dirle preparando, porque así de pronto, yo creo que no lo arranca de aquí naide.

—Y bien.

—Que hoy sa presentao una inciencia, y yo sola, no viá poé aprovecharla. En cambio con su ayuda....

—¿Pero que hay?

—Una carta que hoy sa recibío... Tráemela, Sola.

Esta, al oirse nombrar, se estremeció ligeramente y quedó mirando á su madre.

—¿Que tienes?—la dijo ella.

—Yo.... nada.... ¿Decía usted?

—Pero ¿no lo oiste?... Tráeme la carta que Juan ha recibido esta mañana.

Sola salió por ella.

—Y esta hija mía que se quea, así, durmiendo....

—¡Pchs! Un poco soñadora... caracter taciturno....

—Me da una pena algunas veces....

Tornó á poco la joven trayendo en la mano un pliego que entregó al médico.

Este leyó:

"Urfidelia 19 de Abril.

"Querido amigo y compañero: si cierto es que con las glorias se olvidan las memorias, ese pueblo debe ser un cielo encantado, cuando menos, pues olvido más completo que el tuyo, difícilmente se hallaría. ¿Qué demonios hay en ese corral de vacas, capaz de retenerte por tanto tiempo? Mujeres desde luego ¿no es eso?... Y te suponiamos incapaz de descender al terreno de los mortales ¡Bah! Ya veo con placer que te has humanizado. En fin, chico: á nuestra vista echaremos un largo párrafo sobre este asunto, en el que siempre hay algo nuevo que decir.

"Por acá se tiene por seguro que esto

será pronto pues te esperamos inmediatamente. El estudio que durante la ausencia de su jefe, ha estado un poco involucrado, no puede en adelante continuar si tu cooperación, por que los dos pobres pasantes que ahora le llevamos, no podemos con él, y los aplazamientos se suceden, y no hay tramitación sin apremio, y apenas si hay tiempo para contemplar y dar escusas á los clientes. Don Pedro que, en tí confiado, se acostumbró á malas mañas, ahora más que nunca está metido en política y es presidente de un comité, y en fin, con decirte que á fines del corriente marcha á Madrid con objeto de negociar el cuarto lugar de esta circunscripción, lo tienes dicho todo.

"Estamos, pues, amenazados de quedarnos solos, si tú cuanto antes no te pones en camino para esta, donde yá todos deseamos verte, don Pedro especialmente. En su nombre y por su mandato, te esribo la presente, á la cual esperamos que respondas personandote aquí en el primer día hábil.

Siempre tuyo afectísimo y compañero,

JUSTINO."

—Bueno ¿Y qué dice á esto Juan de Dios?

—Na. Como si tal cosa. La leyó, y sin decir una palabra, la dejó encima de la mesa.

—¿Y usted desea que se marche?

—Si señor; lo deseo. Yo quisiá.... Pero aquí está él.

—¡Hola, don Demetrio. Buenas noches.

—¡Hola amigo! ¿Que tal?

—Bien. Completamente fuerte.

—Vamos, hombre. Eso alegrará á muchas personas.

—¿Sí?

—Precisamente aquí veo que en Urfidelia te esperan como al santo advenimiento.

—¡Ah! Sí, es verdad.

—¿Y qué piensas hacer?

—No he decidido aún.... Marchar probablemente.

—Pero ¿pronto?

—Pronto.... no lo sé.

—Sí; enseguía se irá--dijo la Alondrilla--Ese hombre que ahora tié que dirse, le necesita en er bufete, y no estaría bien que cayera en farta con él.

—Es claro. Y no reteniéndole aquí nadie....

—¡Nadie!—exclamó él.

—Hombre, digo nadie, porque para Anina ¿no hay correo? ¿Y no puedes volver un día que otro?... Bien que yo no sé qué decirte de esto, porque temo que á lo mejor te veas colgado.... Sí; esa gente es bastante atroz, y el día menos pensado se empeñan en casar á la chica con Venancio.

—No—dijo Solita—Venancio ya no la quiere.

—¿Tú por qué lo sabes?—preguntóle el médico.

—Lo sé.... no, si no lo sé; pero me lo figuro.

—¡Bah!.... Pero sea como sea, yo creo inútil tu continua estancia aquí.

—¿Es verdad?—dijo la Alondrilla—Eso le digo yo; por que, pongamos por caso que la Anina lo quiera: pos que lo aguarde algunos años. ¿Se vá á morí si no se casa en seguía?.... ¡Que se están queriendo.... Mi usté: hasta eso lo consiento yo. Pero pensá en un casamiento que, aparte de to, sa de hacé á trompicones, como el otro que dice, y sin gusto pa naide, y motivando jabladuría de la gente.... No señó; de ninguna manera.... Eso no está en razón.

—Pues, nada. Él conociendo los deseos de usted, buenos después de todo y muy sensatos, los satisfará en seguida. ¿Eh, Juan de Dios?

—Si, señor.... quizá sí.

El médico salió poco después, y Solita luego, pretestando ser tarde ya, tomó una palmatoria y se retiró á su cuarto para acostarse.

Con cuidado cerró la puerta, se despojó de la bata, sacó de su pequeñito seno un perfumado billete, y, tendida boca abajo en el lecho, comenzó á leerle.

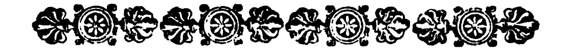
Era una declaración amorosa, hecha en tiernas y románticas frases, no muy ajustadas á gramáticas, pero muchas en cambio: el repertorio entero que su autor conocía. Ocupaban dos carillas y pico, sin meter en cuenta lo escrito después de la frase "Adios," en cuyo lugar, como por vía de recordación, se plagiaba en galimáticos términos todo lo expuesto anteriormente.

Soledad le leía despacio, muy despacio, recitando las frases en baja voz, diluyendo el sentido de las palabras, como quien anhela descifrar un logogrifo. Por la espresión

de su rostro, parecía confusa, preocupada, y en modo alguno se advertía en ella la emoción de contento y desasosiego que, en las jóvenes de corta edad, produce la primera carta de amor.

"Yo te amo".... Y bien ¿qué era aquello? Ya ella sabía que el amor era cariño; pero ¿de qué clase? ¿de cuánta intensidad? ¿á qué inducía?.... Merced á las pocas veces que había oido hablar de amoríos, tenía formado de ellos una idea de vago y misterioso placer, de viva y deleitable emoción: emoción y placer que ella no encontraba, que ella no sentía; su alma era la misma antes; su mente no divisaba nuevos horizontes; su corazón no latía más apresuradamente solo su pensamiento era quien afanoso corria tras de confusa idea, y no lograba darla alcance.

¿Qué era, pues, aquello? Amar.... Amar.... No comprendía.



XVIII.

LA NOCHE DEL JUEVES SANTO.

Es allí noche que se pasa en vilo, sin dormir, en la calle, de fiesta ó poco menos, y antes aplaudido que censurado esto, por los que hacen del llamado tiempo santo, tiempo de oración, recogimiento y penitencia. La solemnidad con que hasta entonces se han celebrado los misterios de la Pasión de Cristo, no parece sin duda suficiente, y en aquella noche se extrema hasta lo aparatoso y extraordinario. Se ha visto anteriormente, en ordenada procesión de Nazarenos, á Jesús en el Huerto de las Olivas, la noche del Domingo; amarrado á la columna y azotado por los sayones, la del Martes; coronado de espinas, y el cetro de caña entre sus liga-

das manos, la del Miércoles...Al tránsito por la calle de la Amargura, sin duda se le tiene por más sublime misterio, y en la madrugada del Jueves le representan á lo vivo, tal y como sucedió en los tiempos de Claudio. Asiste á la representación el pueblo en masa, y desde las doce, hora en que se han dormido los chiquillos y se han visitado los sagrarios, comienza la gente á ocupar la plaza, que es un grande óvalo formado por poyos de mampostería con espaldares de hierro, separados unos de otros, por arriates en que crecen raquíticos naranjos.

Allí es donde se acostumbra tomar el sol y perder el tiempo. Afluyen á ella seis de las principales calles, y son sus edificios de lo mejorcito del lugar; en un testero se ven las Casas Consistoriales; en otro el Casino y el Café de la Estrella; no recuerdo qué en el tercero, y en el último, entre otras no tan buenas, la casa del diputado García Ruiz. Es de moderna construcción, tiene tres pisos, doce balcones y azotea, y sin duda por esto, se levanta orgullosa más alta que las otras, enfáticamente convencida de que es acreedora á ser admirada.

Su dueño es pródigo y liberal como necesita de serlo todo el que de agena representación quiere estar investido, y sabe hacer como nadie toda esa minucia que llena el ojo al vulgo, le da que hablar mucho y bueno, y hace poco menos que un héroe de lo que acaso no es sino una vulgaridad.

No hay que decir con esto, que hospedaba en su casa al padre Cuaresmal; á las varias personas que aquel año quisieron disputarle la honra aquella, las convenció con ampulosa facundia de razonamientos, y á mesa y mantel le tuvo durante la cuaresma entera. Luego, cuando llegó la noche célebre, el diputado concedió entrar en su casa á cuantos se lo demandaron, que no fueron pocos, ciertamente, pues por ser ella uno de los mejores sitios para presenciarlo todo sin que un detalle se escape, y por estar en uno de sus balcones el improvisado púlpito para *el sermón de la madrugada,* á todos seducía el estar allí. Hubo, pues, mucha gente, y aprietos, y disgustos sobre si "ese era mi sitio" ó "yo llegué el primero;" alguno dijo que se iba, pero nadie lo hizo, al cabo. Al fin discurrieron poner sillas y mesas detrás

de los ya colocado, y arrebatándose los sitios al menor descuidos, todos quedaron más ó menos satisfechos.

Á la una y media próximamente, salen de las iglesias, las imágenes que toman parte en la representación sacra que se va á efectuar, y á las dos aparece el padre Cuaresmal en el púlpito improvisado en casa de García Ruiz. Es tema del sermón que va á predicarse, el tránsito del Hijo de Dios por la calle de la Amargura.... Viérais allí, sobre magestuosa urna al Rey de los Judíos, escarnecido por la mofa de los sayones, y abrumado por el peso de la Cruz, doblarse sus rodillas y caer su cuerpo, hasta besar el suelo, transido de dolor. Viérais llegar al Cirineo que corre á levantarle, y prosigue luego auxiliándole durante el camino todo; á la Verónica que, solícita y amorosa, le enjuga el empolvado rostro, bañado en sudor y sangre; al Evangelista, su discípulo, que le enseña á su madre; y á María consternada por supremos dolor y angustia.

Vése también en el piso alto de las Casas Consistoriales uno á manera de escenario que aparenta ser el atrio del Pretorio, donde

en momento oportuno aparece un hombre que representa ser el pregonero de la gentílica justicia, y con voz que procura hacer lo más horrísona posible, entona la sentencia condenatoria de Jesús, que si bien me acuerdo, dice así:

Esta es la justa sentencia
que manda Poncio Pilatos,
gobernador de Judea
por el Imperio Romano.
Ciudad de Jerusalén,
en este nuestro Palacio.
Juzgo, decido y sentencio
que, por sedicioso y malo,
no pagar tributo al César,
ser enemigo al Senado,
predicar contra los Dioses,
y soliviantar los ánimos
en contra de nuestra ley
á los pueblos concitando,
el Nazareno Jesús,
Rey de los Judíos llamado,
lleve una cruz en sus hombros,
de la Ciudad al Calvario,
y en el monte, por sayones,
en ella sea enclavado,

enmedio de dos ladrones,
que estén con él sentenciados,
y á vista de todo el pueblo
que muera crucificado.
Mando también que se ponga
de la cruz en lo más alto
su nombre y causa por qué
ha sido así castigado,
y que por nadie se impida
el cumplir este mandato,
so pena de, por traidor,
ser al punto castigado.
Quien tal hizo que tal pague.
Pro-cónsul, Poncio Pilatos.

El pregón terminado, dice el Padre con voz estentórea:

—¡Calla, lengua sacrílega! ¡Calla, vívora maldita!... Y tú, impío pueblo de Judea: escucha lo que te dice el verdadero Dios, por boca de su enviado.

Y aparece entonces en un balcón del Casino, alumbrado por luces de bengala, un monaguillo que representa ser el Ángel y canta con voz seráfica esto otro:

Esta es divina justicia
que permite el Padre Eterno

en su Unigénito Hijo,
Dios y Hombre verdadero.
Para redimir al hombre
y librarle de sus yerros,
ordena, permite y quiere
el Divino Juez Supremo,
que su dulce Hijo Jesús,
encarnación de su Verbo,
sea en una cruz enclavado
para dar al hombre ejemplo,
y, con su preciosa sangre,
satisfacer por entero
de las culpas y pecados
que el mundo comete, ciego.
¡Viva su misericordia!
¡Viva, viva, el Padre Eterno!
¡Viva, viva su clemencia!
¡Viva Jesús Nazareno!

En tanto que esto último sucede, la procesión está parada, y los que cuidan de su buen orden y los que portan á las imágenes, suelen relevarse é ir á las casas vecinas, donde se les obsequia con alguna torta de aceite, y un vasito de licor.

Venancio Luna, que era de los que dirigían, entró, como algunos otros, en casa del

diputado; pero más deseoso de ver quien allí estaba, que de tomar el pobre obsequio, llegó rápido al salón del principal, y entre otra mucha gente, distinguió á Solita y su hermano Juan de Dios. Éstos en él no se fijaron, y él no quiso acercárseles; mas allí estuvo unos momentos mirando á Soledad y comiéndosela, como quien dice, con los ojos. Y ¡qué perfil el de la joven cuando, fijos los ojos en la angustiada Virgen María, reflejaba su rostro, todo el dolor de aquella madre y la más santa indignación contra los judíos! Venancio la contemplaba mudo, embelesado, y súbito, efecto quizá de enérgica determinación de su ánimo, volvió la espalda y exclamó al marcharse:

—¡Ha de ser esta noche!

Á poco llegaba presuroso al sitio aquel, un grupo de muchachas, todas alegres y risueñas.

—¡Ah—decía una—es preferible no ver nada á tener junto esa jaqueca.

—¡Pero qué mico!—exclamaba otra—Parece el espíritu de la golosina, y sin respeto á nadie, está ahí burlándose del Padre, del sermón, de Dios y de todo.

—Está perdidamente borracho, hay que advertir.

—Ya lo creo. Las impiedades que dice, y sus ojillos brillantes que se ponen bizcos al mirarla á una, lo aseguran.

—Pues te mira así, porque te quiere.

—Sí; pero ya le dicho que vaya á querer á su padre. No he quedado yo para Angostito.

Juan de Dios vió á las jóvenes y se acercó á ellas.

—Pues él no ha perdido las esperanzas.

—Pues yo no sé en que las funde.

—Buenas noches—dijo llegando Juan de Dios.

—¡Tú!—exclamó una de ellas.

—Yo, Anina, que hace dos meses ya que no te hablaba. Una eternidad. ¿No es cierto?

—Sí, una eternidad—contestó la jóven dirigiendo recelosa mirada en derredor.—¿Y estás ya bueno?

Las que la acompañaban, que al llegar él, se habian dirigido una mirada de inteligencia, empezaron como distraidamente á apartarse y hablar con quien más cerca tenían.

—Ya. Me ha sanado tu amor, el deseo

de verte, el irresistible anhelo de oir tu voz diciéndome que serás mía. ¿Me amas, Anina? ¿me amas como antes?

—¿Lo dudas?

—No. Pero todos me hablan de tu inconstancia, todos te acusan de voluble y aseguran que segunda vez tenías con Luna relaciones..... ¡Mentira! ¿No es verdad, niña mia?

La Guillén seguía paseando la mirada de un lado á otro de la estancia, toda recelosa y atemorizada, y nada contestó.

—Pero ¿qué tienes? ¿qué te inquieta?

—Temo que mi padre llegue; que me vea mi chacha.... No quieren, Juan, no quieren que te ame; pero yo te adoro, sí, te quiero como sabes, y es una crueldad el preguntármelo.

—No es porque dudara; quería escucharlo de tu boca otra vez. ¡Hace tantos dias que no oigo el acento de tu voz! Y yo quisiera hablarte mucho, mucho.... tengo tantas cosas que decirte!....

—No sé cuando podremos...¡Ay! Déjame, vete, que mi papá llega.

Y ambos partieron en opuestas direccio-

nes y con los demás se confundieron. Mas bien pronto se buscaron de nuevo, y luego de estar ella unos minutos con su familia para hacer intérvalo en sus ausencias y que estas, por lo prolongadas, no estrañasen, tornaron á unirse en la contigua sala, que por dar vista sus balcones á otra calle, estaba mucho menos concurrida. Y allí, de manos á boca hablando, las horas muertas se les hubiesen ido, si á poco de comenzar, no se hubiera presentado la espantable chacha en la habitación, acompañando á la señora de la casa.

¡Oh! Allí, aunque apartados les viese, no dejaría á ella de la mano ya en toda la noche. Ni se podía escapar más que huyendo hacia ella, lo cual equivalía á dar por hecho lo que era contingente... Anina observó una puerta que á su izquierda estaba, la empujó, cedió esta, y entró á la estancia aquella, cerrando tras de sí. Ocultóse Juan de Dios también, entre la gente, y cuando, á poco, la chacha se hubo ido, entró en la habitación que Anina.

—¿Y mi chacha?—le preguntó ésta.

—Ya se han ido.... Pero no te vayas tan

pronto; está un momento aquí.... no vendrá nadie....¡Qué atmósfera más tibia la del cuarto este!...¡Y que ferviente culto!... ¡Oh, Anina mía! Estamos aquí bien; nadie vendrá á interrumpirnos... Tú, aquí sentada; yo á tu lado, así, de este modo.

Aquel cuarto, cómodo, alegre y ricamente amueblado, es el que ocupa el padre Cuaresmal. Gruesa y hermosa alfombra cubre el piso, y grandes lienzos con pinturas religiosas adornan sus paredes. Cerca del lecho, hay un altar donde, enclavado Cristo, tiene ante sí dos rizadas velas, ambas encendidas, y dos grandes manojos de ya mustias flores, puestas en búcaros de porcelana.

—¡Qué bien estamos! ¿no es verdad?—prosiguió el joven.

—¡Sí, qué bien, qué bien estoy contigo!... ¿Será posible que alguna vez lleguemos á estarlo para siempre?

—¿Pues no ha de serlo, Anina mía? ¿Ese Dios que nos está mirando, tan bueno y justo como es, ha de permitir que dos almas por él unidas, nadie las separe?... No, eso no es posible. Tanto valdría reconocer que sus

designios necesitaban de la sanción del hombre.

—Y sin embargo, yo sufro horriblemente. Todos en casa me intiman aborrecer tu recuerdo, matar esta pasión. Ellos no son malos.... si son mis padres ¿como han de serlo? Me quieren mucho, no hay la menor duda. Pero dándome mil razones, ninguna convincente para mí, me asedian y me martirizan con la pretensión de que te olvide.

—¡Ay, Anina! ¡Si vieras cuánto temo que no resistas ese yugo! ¡Que acobardada por los sufrimientos, sucumbas á sus exigencias, y cedas ante la mortificación.

—¡No, y mil veces no!—exclamó Anina —Yo deseo casarme contigo, y por tu amor padezco y sufriré con gusto cuanto de mí hagan.... Ante la férrea imposición con que se me oprime, yo debía de tener el alma aniquilada por tristeza negra, muerta la más mínima esperanza, y solo ideas enlutadas en el pensamiento.... Y sin embargo, una pasión loca, unos impulsos de amar terribles, me dominan. Como el enrojecido hierro se hace mayor y se prolonga á fuerza de golpes sobre el yunque del herrero, así mi amor ha ido

creciendo al golpeteo de las desazones que tu me acarreas.

—¡Alma mía!—exclamó él estrechándola contra su pecho, y posando sus labios sobre los purpurinos de la joven.

Esta se columpió entre aquellos brazos como débil palma que el viento agita.

Él prosiguió:

—Tú será mi esposa aunque se oponga don Gaspar Guillén y todos los Guillenes del mundo. Es una imbecilidad lo que les induce á rechazarme. ¿De ser un hijastro del amor, tengo yo la culpa?.... ¿La tiene mi madre? No, tampoco. Y aunque fuera culpada, ya el mundo la hizo purgar con demasías la culpa que tuviere. ¿Porqué ha de ser eterno su baldón? ¿Ni quién es el mundo, causa verdadera y única de su deshonra, para colgarla el sambenito?... ¡Oh! ¡La Alondrilla! Ya muchos quisieran tener sus nobles sentimientos.. ¡Si ella hizo lo que nadie haría! Si ella no se casó con el hidalgo Peransúrez porque no consintió en ello; porque los remordimientos y la baja esfera en que nació y había crecido, la hacían creer que no era digna de aquel hombre, y no quiso rebajarle hasta ella. ¿Se-

rían muchos capaces de imitarla? ¿Concebirían algunos tanto orgullo?...

—¡Ay, Juan de Dios! Yo creo que dices bien. Tus palabras resuenan en mis oidos como el eco de mi pensamiento; esas ideas han ya pasado por mi mente; pero confusas y oscurecidas las unas por las otras. Ahora es cuando las veo claramente por la misma luz que despiden ellas ó que tú las das; que todo cuanto de tí á mí llega, trae luz consigo, y todo ilumina y enciende mi alma.... ¡Ay!..... ¿Qué ha sucedido á nuestros corazones para así penetrarse uno de otro, tan profundamente?.... Parece cosa de hechizo. Tu amor es la historia de mi vida; antes de amarte, no sé que fué de ella. Cuando angustiada por el dolor presente, vuelvo la vista hacia mi tranquilo y feliz pasado, nada encuentro apenas, no recuerdo nada; mi existencia hasta conocerte, fué un continuo letargo del cual me despertó tu cariño, cual con varilla mágica. Desde que vivo, pues, puede decirse, es tuya mi alma.... ¡Qué penitas la noche que te hirieron! ¡Qué sufrir mientras malo estuviste!... Los dias eran eternos y las noches perdurables.... ¡Qué soñar contigo! Ya me fingía la

mente loca que estabas á mi lado jurándome amor eterno, ya que te morías y te marchabas al cielo llevándome contigo.... El otro día, cuando te ví en la iglesia, fueron legiones de quimeras las que me atormentaron. ¡Qué contento al verte! ¡Qué amargura al considerar lo que por mí pasaste! Estuve loca. Mi chacha lo observó todo; se lo contó á mi padre, este llegó hasta amenazarme, y ¡yo misma me sorprendo! me atreví á declararle que apesar de todo te amaría siempre.

—¡Alma sublime!—exclamó el joven enlazándole los brazos al cuello por segunda vez.

—¡Qué calor!—dijo Anina desasiéndose con dulzura, pasados unos momentos.

La expansión del sentimiento amoroso, por largo tiempo comprimida, la atmósfera caliginosa y tibia de la estancia, y la sangre juvenil que la ya entrada primavera hacía hervir en sus cuerpos, les hizo estar callados unos minutos, sumidos en dulce arrobamiento, y olvidados de todo por completo. Y este silencio les permitió escuchar viva charla y algunas risas en la cercana habitación.

—¡Ah!—dijo levantándose Anina.—Nos olvidamos del tiempo trascurrido.

—¿Te vas? Si hace un momento que aquí estamos.

—No. El tiempo así es muy breve....

—Así es muy breve...—repitió él—¡Qué fácil nos sería hacerlo forzosamente eterno!

—Sí—dijo Anina ruborizada.—Pero no es posible... Me voy. ¡Adios!

—¿Y vas á salir con tanta gente fuera?... Te verán, luego á mí, y....

—Apaga estas luces; y saliendo con precaución, como de la puerta está el quinqué distante....

Juan de Dios dejó á oscuras la estancia.

—Un beso antes de separarnos; sellemos con él nuestro cariño.

Llegóse hasta ella á tientas, y abrazados estrechamente, sus rostros unidos, y conteniendo por intérvalos la respiración se dieron, no uno, sino muchos besos. Anina no se quejó entonces de calor; pero sintiéndolo vehemente, inclinó desfallecido su hermoso cuerpo sobre el de Juan de Dios, que aun le siguió besando el cuello con delirio

Y pasaron unos minutos, y todavía no ha-

bían salido de la estancia. Y un rato después, cuando Anina marchaba ya hacia la puerta, arreglándose un poco el pelo con la mano, se halló una trenza suelta, y echó de menos una horquilla, que fué á buscar sobre el lecho del Padre Cuaresmal, donde, en efecto, estaba.





XIX.

EL ÚLTIMO CARTUCHO.

Si os gusta contemplar las pacíficas efusiones populares, si os interesa el estudio de la trasformación que una fecha y una práctica tradicional, producen en la vida monótona y empalagosa de un pequeño pueblo, dejad esta mañana vuestro lecho, é id al castillo que fué baluarte de Villalinda, en los antiguos tiempos. Auras primaverales dan vida al organismo; un sol espléndido y dorado funde la escarcha que, sobre la verde campiña, depositó la noche, y un pueblo alegre, venturoso y feliz, bulle y se mueve de aquí para acullá, contemplando, desde los torreones desmochados, los restos de mura-

llas, y las terrazas grieteadas, aquella vega feracísima por donde Riarruche pasea sus lágrimas, y aquellas prominencias, cubiertas de olivares y viñas que empiezan á verdeguear. Os agradará esta perspectiva que es bella sobre toda ponderación, y vereis sustituidos el silencio de tumba y la tristeza que envuelve á aquellas ruinas durante todo el año, por un barullo exótico y unos aprestos cinegéticos en el concurso, que no os sabreis esplicar.

Es que ha llegado otra de esas fiestas tradicionales, cuya animación corre á cuenta del espíritu religioso. Sabado santo; el Hijo del Eterno ha muerto el Viernes, y va á resucitar. Fausto acontecimiento que devuelve á los ánimos la perdida dicha; la misteriosa profecía, va á cumplirse; el mundo sin Dios, va á recobrarle, y el que se llamó Rey de los Judíos subirá á los cielos.... ¡Oh gozo inefable el que los ánimos conmueve! Como portento célico se acoge su Resurrección, como el retorno de un sér querido se la celebra, y como á un rey que llega se la aclama y se la hacen honores.

Allí, á la iglesia del castillo, subirá el

Cuerpo Divino en cuanto el Espíritu vuele al Cielo, y á su paso se le harán las salvas y los disparos de cohetes que, con un repique universal de campanas, han de pregonar cuanta es la alegría que sienten aquellos corazones.

He aquí por qué tal baraúnda, por qué tanta escopeta y polvorín de cuerno, y por qué tanta alegría, donde normalmente el silencio y la tristeza imperan.

Porque el castillo constituye en el pueblo, lo que pudiera llamarse, el Paseo de los Tristes. Si vais por Villalinda y os da gana de subir á él, no os acerqueis á nadie que por allí discurra, porque ninguno quiere conversación. Todos pasean más que por distraerse, para reconcentrar y esclarecer sus ideas. El paseo del bullicio, la animación y los galanteos, está allá abajo, en la Albinilla. En el castillo, todo es silencio y desolación. Sus ruinas, tristes y melancólicas, tienen la poética grandeza del pasado y el mudo lenguaje de los tiempos, que encanta y fascina á quien le entiende. Del ambicioso cartaginés, del romano brutal, del vándalo ladrón, del noble godo, del musulmán fa-

nático y guerrero, y aun del francés, nos recuerdan sangrientas hecatombes aquellas ruinosas murallas, que parecen repercutir los gritos de ambición y los lamentos dados ante sus troneras, por aquellos pueblos.

Pero hoy no vereis esto; hoy no sucede aquello. El pueblo mora allí, y sus marejadas prestan animación y vida á aquellas muertas antigüedades que parecen recojer con fruición aquel bullicio festival, y, ávidas de multiplicarle, le repercuten en eco prolongado y alegre.

Sábado Santo. Sábado de Gloria. Hay que verle allí, en aquellas muchachas tan sencillamente emperegiladas que, entre frescas sonrisas, prometen al novio, descargar su escopeta, en cuanto resucite Dios; en aquellas rondas de chiquillos aseados y compuestos; en el satisfactorio orgullo de aquellas madres llenas de alegría, que ven sus hijos ataviados con las prendas guardadas en un rincón de la vetusta cómoda, para los días célebres; en aquel suburbio de trabajadores con camisas limpias y chaquetas nuevas, que, ya en punto la escopeta para cuan-

do llegue la hora, embroman á las muchachas y se prometen hacer más salvas y matar más Judas de paja y trapo, que hombres fenecieron en la rota de las Navas.... Es la última de aquellas fiestas religiosas, en la cual se gasta todo el acopio de alegría que la augusta solemnidad de las anteriores, vedaba manifestar. Es el día grande para obtener lo que la pasión, el egoismo y la miseria, negaron en los anteriores.

—Aprovechémosle—se dijo alguno que, ageno por completo á la universal algazara recorria todo el castillo con paso incierto y anhelante mirada.

¡Oh! El optimista la buscaba allí, de fiesta, entre el bullicio. Bañando en agua de rosas sus pensamientos, ni sospechar se le había ocurrido que aquella larga ausencia pudo ser notada, y sospechado el motivo de ella, y puesto el oportuno correctivo. Y cuando al padre encontró solo, le asaltaron temores de que algo más que la ausencia, se hubiera descubierto, y un disgusto infinito, y unos remordimientos crueles, le atormentaron. ¡Oh, que miserable y protervo había sido su comportamiento! Ya alevosamente había

inoculado en la savia pura de aquella honrada familia, todo el ponzoñoso virus que la suya aposentaba. Ya con él se había trocado en realidad el pulquérrimo axioma de que no puede andarse con el fango, sin esponerse á ser manchado. Ya sin delito, sin culpa, sin motivo, ellos estaban, como él, aherrojados por deshonroso estigma... ¡Qué imposición más absurda la de esta pena, cuando ni en poco ni en mucho ni en algo ni en nada habían ellos delinquido!... Pero ¿y él? ¿y él, no estaba, por ventura, en iguales circunstancias?.... Toda acción trae su reacción correspondiente, y á aquella marcha de sus pensamientos en el sentido de la propia inculpación, sucedió otra de retorno, hasta la disculpabilidad de ambos. Los dos eran dignos é igualmente honrados; debían, pues, de acabarse las antiguas rencillas y malquerencias que apartados les retenian, y en aras del espíritu de perdón que á aquel solemne día informaba, deponer los añejos odios, y gozar de regocijo universal.... ¡Sábado de Gloria, en buena hora llegado!

Entonces fué cuando dijo:—Aproveché-



mosle,—y se dirigió hacia donde estaba don Gaspar, en un círculo de amigos.

Le llamó, y después de un saludo frío y ceremonioso por ambas partes, el Asturiano, mientras sus dedos deshacían las puntas de un cigarrillo de papel y, con impertinencia suma, miraba y remiraba al joven de arriba abajo y de abajo arriba, le dijo.

—¿Deseaba usted?....

—Unos minutos, don Gaspar, si no molesto.

—Usted dirá.

Y ambos se apartaron de los otros, y por la vera de un murallón ruinoso dieron á andar hacia una desmochada torre que llaman del Emir.

—Gracias por su benevolencia, y dispénseme la inoportunidad; porque si bien el asunto es reservado, temí que en su casa no me recibiera, y aquí casi podemos considerarnos solos, en medio de esta multitud que no se fija en nosotros para nada.

—Adelante.

—Sabe usted, creo, que á Villalinda he venido, no tanto á descansar por algún tiempo de mis trabajos, cuanto á recoger

una promesa que se me había hecho. Yo amaba á su hija....

—¡Déjeme usted á mí de amores! ¿Yo que tengo que ver con los de usted?

—Más que nadie, señor Guillén. Yo amo á su hija, y ella me corresponde; este amor mutuo que debe, por ley natural, de sobreponerse en usted, á la horrorosa antipatía que tengo la desgracia de inspirarle, debe ser lo que acabe con nuestras diferencias.

—¡Jee!—dijo amagando irónica sonrisa don Gaspar—Por medio de un matrimonio ¿no es así?

—Ese es mi anhelo.

—Es claro.... Pero hombre, ¿usted está loco, ó viene á divertirse conmigo?

—Nada de eso. Le pido mi felicidad, que es la de su hija.

—¿Y acaso no hay nada en el mundo más que mi hija y usted? ¿Ya se limitaron los deberes de las hijas á enamorarse de un hombre y casarse con él, aunque este sea Periquillo el de los Palotes? ¿Ya no hay padres á quien obedecer? ¿Ya no hay más ley, en la casa de un hombre honrado, que la volun-

tad ó el capricho del primer botarate que enamore á su hija?

—Cuando la voluntad de un hombre honrado se emplea torcidamente, ni aun en su misma casa puede prevalecer.

El rostro siempre colorado de don Gaspar, se puso aún más encendido al escuchar esto. Se paró de repente, tiró el cigarro, y mostró en todos sus ademanes la más grande irritación.

—¡Torcidamente!—prorrumpió—¡Yo empleo mi voluntad torcidamente!... Es decir ¿que usted cree que yo maltrato á mi hija con órdenes absurdas? ¿Que la impongo mi voluntad con bastardas miras?... ¡Hombre de Dios!... Pero ¿por qué me irrito, ni quién me mete en dar explicaciones de lo que hago....? — añadió con violenta transición.— ¿Qué quiere usted? ¿casarse con mi hija porque ambos se amais? Pues bien: esa boda no se efectuará porque yo no quiero, porque no me dá la gana ¿Oye usted?... ¡Ea! Se acabó la presente historia.

—Eso no será así.

—¿Qué dice usted?

—Digo, que sobre usted pesan muy sa-

grados deberes respecto de Anina, y no puedo, no quiero esperar que usted los olvide y los deponga ante un arrebato de soberbia.

—Yo sé cuales sean mis deberes, y no consiento que usted quiera enseñármelos. Precisamente porque los sé, es por lo que se la niego, y se la negaré siempre, aunque sea vuestro amor más grande que el de Dios á los hombres.... El mayor de los deberes, es conservar la honra inmaculada ¿Cómo, pues, voy yo mismo á consentir en que se manche?

—¿Y por qué ha de mancharse?—dijo Juan de Dios, un poco sofocado.

—Porque sí; porque cuando la honra se ha perdido, no queda en su lugar más que vileza, y esta se pega y mancha.

—Ni yo, señor, he perdido la honra, ni en mí hay vileza alguna. ¡Perdida mi honra! ¿En qué nefando gatuperio me la he dejado? ¿cuándo robé á mansalva ni llevé la desolación á una familia.... ¡Vileza en mí! Pues ¿yo he estafado con la usura? ¿me he enriquecido con comercio ilícito? ¿no respeté siempre el derecho ageno?.... Pues entonces ¿por qué he de ser yo vil ni deshonrado? No, no lo soy. Si

amo á su hija, y ella me corresponde, digno soy de Anina y con Anina he de casarme, quiera usted ó nó.

Don Gaspar se volvió hacia él, iracundo, terrible, sofocado, y de sus labios, trémulos por la indignación y la soberbia que le dominaban, brotaron mal que bien y á borbotones estas palabras:

—¡Casarse usted con ella!... ¡Casarse usted con ella, no queriendo yo!...

—No queriendo usted.

—Piensa quizás atropellar mi casa y saltar por encima de mi autoridad?

—No sé lo que haré. Pero no han de detenerme consideraciones.

—Pues vaya usted, vaya usted con Dios, y acérquese cuando quiera á mi hija, prevenido con la astucia ó la violencia de los truhanes ó ladrones; que aún hay guardia civil en Villalinda, y presidios en cualquier parte.

—No me intimidan esas absurdas amenazas. He procedido recta, leal y honradamente; usted me corresponde con desprecio, con orgullo, con violencia inaudita. Bien; si mi rectitud se convierte en astucia, si mi

lealtad se trueca en perfidia, si mi honradez se vuelve malas artes, de usted será la culpa. Y Anina apesar de todo será mía; Anina será mi esposa; me pertenece porque me ama, y la tomaré donde la halle.

¡Magnífica trasformación se verificaba en el asturiano á medida que el otro hablaba! Purpúrea la color, saltones los ojos, hinchadas las venas, levantado el vello, y con dos botoncillos de baba en las comisuras de los labios, parecía la encarnación de la soberbia, una estatua animada de la ira. Y nerviosamente apretaba el puño del bastón y estendía hacia adelante su agarrotado brazo, con ánimo acaso de blandirle ó descargarle; pero Juan de Dios no había esperado contestación á sus palabras últimas, y ya se había alejado. Don Gaspar, fuertemente erguido, posó en él una mirada fulminante, se le estravió la vista, bajó la cabeza, dió tambaleándose dos pasos hacia el costado izquierdo, y se sentó pesadamente sobre la escalinata de la torre adonde habían llegado, rendido, ciego, ahogándose.

Entonces daban la diez, Dios resucitaba, y empezaron á oirse á un tiempo mismo el

repique estruendoso de las trece campañas de la zamarrina torre, los esquilones de los otros campanarios y ermitas, que parecían desbadajarse, las salvas atronadoras de las escopetas, y los silbidos de los cohetes, al cruzar los aires; ruido todo con que tan solemne momento, se señalaba.



XX.

CAMBIO DE VÍA.

Inútiles cuantos intentos por verla, hizo, y perdida la esperanza de conseguirlo en muchos días, don Diámetro y la Alondrilla decidieron su ánimo, y un día bien temprano, los jornaleros que, en la plaza y sus alrededores, se avistaban con los capataces y dueños de cortijos para ajustar la peonada, vieron al abogado caballero en aquel viejo cuártago en que llegar le vimos, ahora un poco más lustroso de pelo y tapado de osamenta, que en el pasado invierno. Síguele, como en su llegada, el cachazudo híbrido, que monta Miguelillo, y de buena tinta se sabe que marchan á la estación de Cuérbano, á la cual

llegados, uno partirá para Urfidelia, y el otro tornará al lugar.

—Compadre—le decia don Gaspar á don Juan Luna, que, como otros muchos labradores, tenia la costumbre de bajar á la plaza todas ó las más de las mañanas, y también estaba allí en aquella—hoy es preciso que mande usted por casa á Luisita.

—¿Está mejor Anina?

—Sí, mucho mejor. Saldrá á paseo esta tarde, y quiero que su hija la acompañe.

—Conforme. Después del almuerzo estará allí.

—Pues muchas gracias.

—¡Hombre: por Dios!.... Hasta la noche.

Restregándose las manos de contento marchaba hacia su casa don Gaspar de tal modo alborozado, que no parecía sino que la dicha le rebosaba por los poros de su cuerpo. Se mostró espansivo, alegre, y algo más de lo poco decidor que era; estuvo cariñoso con Anina, á quien anunció que había convidado á comer á Luisa Luna, y que con ella saldría aquella tarde de paseo. Anina acogió ambas noticias con alegría, y contenta y satisfecha dió un beso á su padre.... Ya

hacía más de un mes que no lo había hecho.

El día lo pasó con su amiga. Las dos jóvenes olvidaron al verse los días de enfriamiento que su cariño había tenido á consecuencia de los disgustos del noviazgo, y saltaban y corrían por el jardín, pasando de la fuente al mirador, luego del jardín, al palomar y de este á la azotea, con tal barullo y contento, que era un regalo verlas.

A las tres comieron; después pasaron solas al tocador y mientras se peinaban, deslizóse en la conversación el nombre de Venancio. Dijo Luisa que su hermano le hablaba de novio á Soledad, y que su padre disgustado, pero en la creencia de que aquello no sería formal, dejaba hacer á su hijo. Hablóse luego de Solita, de su belleza, de su vida modesta, y de sus méritos que ni una ni otra trataron de mermar; luego de los Peransúrez, y naturalmente de Juan de Dios. Entonces Luisa dió la nueva de que el abogado había partido aquella mañana, pertrechado como para no volver en mucho tiempo. Anina la escuchó con estupor; el carmín de sus mejillas tomó el color de la azucena, trocóse en duelo su alegría, sus ojos mana-

ron lágrimas, y cayeron los peines de sus manos.... Ya no quería salir, ya no quería vestirse, y con afán preguntaba detalles que la otra no sabía darle. ¡Eso no podía ser! ¿Abandonarla Juan de Dios? ¡No, imposible! Luisa había escuchado mal. Él no sería capaz de semejante villanía.... Y sin embargo, lloraba, lloraba como una Magdalena y con tal sentimiento é insistencia, que su amiga le propuso llamar á la familia. Ella se negó, no quería que supieran nada, que se enterase la chacha. Para esto era preciso salir y disimular, y, procurando contener su emoción y pena, se avió de cualquier modo.

Eran ya las cinco, y la vieja criada que había de acompañarlas, esperaba. Salieron. En vano pretendió la Guillén durante el camino, que su amiga la dijese algo más respecto á Juan de Dios, Luisa no sabía sino lo narrado en casa por su padre, y solo además pudo advertirle que las otras amigas tal vez la enterarían, con cuya esperanza llegaron á la Albinilla.

Es esta una alameda de álamos negros que llega desde el Pilar hasta el cerrillo de San Lucas, cerca de cuya falda hay una

casilla con jardín y fuente, y una plazoleta ante ella, en la cual juegan los niños al corro cantando la canción "Mambrú se fué á la guerra" y los jóvenes pasean de arriba abajo, hasta la puesta del sol.

Para Anina se hizo fastidiosísimo el paseo de aquella tarde, porque ninguna de las amigas á quien preguntaron por Juan de Dios, la dijo más de lo que ella sabía. Ya tarde, cuando algunos tornaban á la población, vió que llegaban la pequeña María con algunas otras, acompañadas por Augustito ó Angostito, como le apodaban. El estudiante dijo á la Guillén:

—Sabrás ya ¡oh Isabel de Segura inconsolable! que tu sombrío Marsilla ha tocado zoleta.

—Bien ¿y qué?

—Que te has quedado como mañana quedará algún cuerpo remonín que yo conozco; porque también me voy mañana. Quedarán sin zurito las cándidas palomas.

—¿Pues, qué, tú lo ignorabas?—dijo la pequeña María—¡Ay que hombres! Los agarraba á todos.... No se lo que yo haría si me valiera...

—No habrá podido noticiarle su marcha —le replicó Augusto.

—Cuando se quiere, bien se puede; porque el hombre que se empeña en una cosa, busca mil ardides para conseguir su propósito. Ahora, quizá te escriba dándote disculpas, y mucho galanteo, y.... lo que hacen todos. Pero hija, espérale sentada; que ese pájaro, voló.

—Tu discreción sí que ha volado—dijo Augusto—Se te figura á tí que Anina va á perder los colores porque ese se haya ido. ¡Bah! Anina es una persona de talento. Anina es de mi escuela. ¿Quien plantó á Venancio tan lindamente, había de darse á pensar en la lijereza de ese abogadillo de tres al cuarto que, por lucirse y sin ver lo que hacía, ha querido también dárselas de calavera?... ¡Sutileza! Anina habrá tomado esto como si lloviera, y, mírala aquí en paseo, divertida y contenta como todas vosotras.

Anina se halló herida al ver tratado su amor á la baqueta, y estropeado y comentado por aquel irrespetuoso parlanchín. Pero se sobrepuso á su disgusto, y contestó á

aquel acibarado esbozo de Hipócrates, con sorna y zumba.

—¡Ay, el pobre! ¡Tan chiquito y ya es hijo del alcalde! ¿Qué será con el tiempo este prodigio, si hoy que tiene la marca del tomate, es ya tan sabihondo que todo se lo esplica?... Aquí, ¡ya lo creo! vamos á tener otro Briján; porque ¡cuidado si penetra el hombre!

Rierónse mucho las muchachas; pero Angostito era incapaz de abochornarse, y ocultando el escozor que las frases de Anina le habían hecho, replicó:

—¡Pero qué gracia! Se irrita y se pone colorada, por que la han dado calabazas. ¿Tengo yo la culpa? eso le sucede....

Fué interrumpido por un nuevo personaje que llegó al grupo.

—Vamo ja ve estas güenas armas lo que van á darme pa decirle una misa á la Vigen der Castillo, ofrecía por mi Bastián cuando lo cogió er toro er día de Pascua.

—¡Dinero para misas!

—Sí. Este caballerito que tié los ojos bailaores y la grasia er mundo, se va á corré con argo. ¿No verdá moso güeno?

—¡Cá!



—¡Ay! No me deje usté fea por Dió, que juna obra é cariá lo que le pío.

—Yo no doy dinero para curas.

—¿E justé incréulo? ¡Ay, várgame un Divé! que era lo que le fartaba. Así estaté, probesa; que paece una argarrobita liá en un trapo.

—Tienes gracia, jitana--exclamó Augusto corrido.

—Y osté mu mala sombra. Pero ¡vamos, ¿Y osté, cachito é gloria, que vá darme..? Esbalijá la fartiquera, que este que no se corre, va á queá más corrio que la chula.... Ay, Guillenita; que no había yo visto á la honra el pueblo.... Miosté, Santa Verónica ¿quié osté escuchá una palabrita, con premiso é la güena gente?.... Cuando pudiá yo dí á su casa punos pocos je trapo pa jasé jilas?.... Esto daquer moso: guárdelo osté pronto.... ¿Diga oste, mi arma? ¿no tuviasté unos trapillos viejos?....

—Ve mañana por casa.

—Un divé se lo pague, arma generosa, cuerpo bonito, sal de la Isla: ca nasío osté pa mi recreo.

—Adios.

—Lo mesmo digo, güenas presonas. La Vigen le dé á ca una un rear moso como un pino.

—Ó como una torre—añadió Augusto.

—Quioste cayá, so esaborío.

—Calla tu, mala lengua.

—¡Futrao te vea jy el agua lejos... ¿Mala lengua yo.... dí mar gaché?

—¡Cállate, Augusto—le dijeron á este, algunas.

—Déjalo—dijo Anina á la jitana pedigüeña.

Ésta se alejó todavía refunfuñando, y los demás tomaron despacio el camino al pueblo, comentando los terminachos de la jitana, y la imprudencia de Augustito.

Tres horas más tarde, la Guillén, sola en su cuarto, desdoblaba un papel y en él leía:

"Alma mía, vida de mi alma: Esta fé grande y animosa que tengo en nuestro amor, hízome concebir, hace unos dias, la esperanza de que, hablándole yo mismo á tu padre y haciéndole ver cuan infundados son los temores que abriga de que tu unión conmigo, sería causa de oprobio y de infelicidad perpetua para tí, él apartaría de su ánimo

los rencorosos pensamientos y las intransigentes ideas que le hacen ver un monstruo en mi persona, y permitiría que nuestros deseos se vieran cumplidos y satisfecho nuestro amor. Púsela en práctica á seguidas, y ¡que infeliz estuve!, que poca fortuna me acompañó en la empresa!... Lejos de conseguir lo que esperaba, fué resultado de la plática, un escandaloso rompimiento del cual no puede esperarse ni que el olvido le borre: una formal ruptura de las frias relaciones que como caballeros sosteníamos, y de la cual, sin duda, ha sido efecto la valla entre nosotros interpuesta, y la clausura en que te guardan, y el cordón de recelos con que te rodean.

"No hablarte es sufrimiento horrible; no verte ya es morir; pero considerar que seas víctima de privaciones y martirios, que te falten las dulces manifestaciones del amor paternal, sus palabras amorosas, sus complacientes obsequios, y que en cambio veas ceños adustos, notes desvío forzado, sientas dolorosos rigores, considerar que tú esto sufres, ya es para mí un martirio peor y más doloroso que la muerte misma. No puedo, no pue-

do resistirlo, y me alejo del pueblo para dejarte en libertad. Que nada esta ausencia significa, ¿para qué he de decirlo? Yo apesar de la distancia, estaré contigo, como tú apesar de la muerte, estarías en mí.

"Adiós, alma mía: yo con frecuencia vendré á verte, ó ya que esto no pueda, á contemplar el sitio donde moras. Adiós."

Esta carta era el "esto" que la gitana dió á la Guillén en la Albinilla, y nadie hasta hoy ha dicho, sabiéndolo yo al menos, que besó el papel á la terminación, según es fama y costumbre entre las Julias, Margaritas y Lauras que suelen pintársenos como prototipos de la doncella enamorada, máxime si la carta peca de romántica y exagerada en términos, como la trascrita. Lo que sí hizo y mucho, fué llorar, llorar, porque la epístola le causó honda pena. ¡Marcharse del lugar, después de lo que había pasado! ¡Dejarla sola, abandonada en medio del conflicto que se venía encima! ¡Y sin consultárselo! ¡Oh, qué mal comportamiento! ¡Oh, qué decepción más horrenda!....

Se había llegado á la ventana aquella donde tantas cosas pensó, en otra noche

célebre. El tiempo era magnífico. Una noche de Mayo, de temperatura tibia y agradable, de luna esplendorosa, de brisas perfumadas. Debajo de sus plantas, las rosas y claveles daban sus perfumes á la atmósfera, para que ella los aspirase; los verdes naranjos llenos de azahar, parecían estender sus ramas tratando de abrazarse, apesar de la vía engravada que los apartaba; entre las hojas de la madreselva, tranquilos pajarillos esperaban durmiendo la venida del alba para dar un concierto al nuevo día; de cuando en cuando, el silencio era perturbado por la copla amorosa de un zagal que, en compañía de otros, paseaba la calle de la novia, tocando una guitarra; la luna, blanca y serena en la mitad del cielo, afianzaba todavía muchas horas de aquella apacible calma, de aquel dulce letargo. Anina sentía el encanto de aquella noche tan tranquila, tan clara, tan poética. Parecíale un mundo nuevo donde no había miserias ni pasiones, donde la dicha se cernía dulcemente, y aletargaba los espíritus, y les producía ensueños misteriosos de placenteras realidades. ¡Qué goce no tendría, si allí con ella, á su lado, estuviese Juan de Dios!

¿Como sus padres no comprendían aún que él era su dicha, que él era su amor, que él era su alma? ¿Por qué ceguera, por qué aberración absurda, le despreciaban?....

Una mancha en la honra, falta grave, no había que desconocerlo; pero que podía encontrar atenuamente, en que con ella y merced á ella le habían traido al mundo; en que él era inocente, é injusto por demás el condenarle á una vida aislada, sin goces, sin amor, sin esperanzas, cuando ya se la amargaban hasta un punto indecible, aquella vergüenza de sí mismo, aquel peso brutal y aplastador de la deshonra que no podía desechar.... ¿Pues si por ageno pecado se le inculpaba á él ¿qué se guardaría para ella, cuya falta, si todavía oculta, no era menos real? ¿Qué juicio había ella de merecer de aquel padre celoso, intransigente, que antes la dejaría morir que verla compartiendo el necio desdén con que el mundo trata al deshonrado por mancha semejante?... ¡Oh! sería, terrible, inclemente.

Por fortuna la muerte pondría en breve tiempo, término á sus penas. Porque Anina se veía ya ahogada, oprimida, muerta en

plena doncellez, llevándose á la tierra su secreto. Y si por acaso no era suficiente á acabar con su vida, la situación en que el abandono de su amante la sumía, allí estaba su padre con sus rigores y sus intransigencias, y allí estaba la chacha con sus predicaciones amargas, para completar aún la obra, si preciso fuera. ¡Qué conducta la que seguían con ella! ¡Qué anillo de hierro el que la ceñían! Vieran y tomaran ejemplo de don Juan Luna.... Pero don Juan Luna no era asturiano, ni terco, ni soberbio, ni exagerado, ni tampoco tenía junto á sí una hermana como la chacha. Ésta, ésta era la que con sus palabras, inspiradas sin duda por el mismo Satanás, la había llevado á aquel término. Su amor, si alguno la tenía, era torpe y más perjudicial que provechoso. ¿Por qué escudriñaba el punto vulnerable de sus afecciones, para clavar en él sus uñas? ¿Por qué se mezclaba en lo que sólo incumbía á sus padres? ¿Qué le importaba á ella?... ¡Qué chacha! ¡Qué castigo la había deparado el cielo!

XXI.

LAS DEVOTAS COMADRES DEL LUGAR.

Dos están en la iglesia, rezando una novena comenzada en aquella noche á no sé qué Virgen, y ambas mantienen este cuchicheo:

—¿Conque al fin ha salido cierto?

—¿Ha visto usted qué gancho tiene por ahí la gente? ¡Por supuesto! Yo no sé estos hombres que la dan de vivos, y luego son tontos de capirote. Anduvo dándola de guapo, á esta tomo, á la otra dejo, y donde viene á pararse, en Soledad. Cuando bien sabe usted que hay en el pueblo guapísimas muchachas, de las que nada hay que decir.

—Es mucha verdad. Pues dijeron que su padre no quería.

—¡Digo! Pues chico escándalo que se ha armado. Figúrese usted que le negó el consentimiento, y le dijo que nada le daría, y él está apartando lo que de su madre heredó, y, en fin, que se casa por encima de todo. Está el hombre ciego: lo han atrincado tan bien que, ¡vamos! no vé sino por los ojos de la chiquilla. Ó por los de la madre; por que sabe usted que en estas cosas....

—Bueno va. Él hace su gusto....

—Pues mire usted; se está llenando de fango hasta la punta de los pelos. Como la cosa, según parece, va tan de ligero, ya no se corren las amonestaciones, sino dicen que van á pagarlas, para que no se publique si es hija.... ya usted sabe. Y con este motivo hay una de traer y llevar, que toda la historieta de los Peransúrez se pone patas arriba.

—¡Digo! Si por más que se diga, Doña Paquita, donde está un nombre honrado, no hay nada.

—Calle usted, señora. Eso es de lo último. Vale mucho que una pueda ir á todas partes con su cara descubierta.

—¿Y cómo se ha enamorado de esa chiquilla?

—¿Ha visto usted?.... Porque ella, ni es bonita; tiene la juventud; pero guapa, que no me digan á mi que es guapa.

—¡Y qué suerte, señora. Pues el hermano, dicen que lleva igual camino.

—No, Dolorcita. Esas están más verdes; yo se lo digo á usted. Porque don Gaspar es un hombre muy digno y.... ¡Cá! de ningún modo. En eso es como yo. ¿Yo? ¡Cualquier día! Y lo que es Venancio, ya puede encerrarse entre las paredes del caserón de su suegra; porque lo que es en el pueblo, nadie ha de mirarle. Yo no he visto peor que se ha tomado esta boda.

—Pues sí; me lo han asegurado. Juan de Dios se casa con Anina.

—¡Señora!

—Si á doña Amparo le parece bien!

—¡Bendito sea el Señor! ¡La orgullosa!

—Pues eso; no le quede á usted duda.

Pero le quedaron; doña Paquita no podía creer tan estupenda nueva, y no se la cocía el pan imaginando medios, de saber á punto fijo lo que fuera cierto. Allí á corta distancia vieron sus ojos á Gervasia, y decidió abordarla á la salida, y preguntárselo. Pero ¡cuan-

to tardaba aquello! Ya sentía entumidas las piernas, hormigueo en la sangre, fatiga en el ánimo, y aun no concluía la gangosa voz del Capellán con aquella interminable serie de ¡Oh, Virgen María! ¡Oh, Reina del Cielo! ¡Oh, Señora Nuestra! ¡Oh, Madre de Cristo! con que comenzaba cada periodo de una oración, encaminada á pedirla muchísimas cosas precisas á las almas cristianas, para ganar la gloria eterna.

Mas se acabó todo, y poniéndose entre la pila del agua bendita y la puerta, dijo á la chacha, cuando esta salía:

—Señora. No hay quien la vea á usted.

—Adios, doña Paquita.

Los saludos correspondientes, y ya en la calle, estas palabras á quema ropa:

—Aunque sea mucha curiosidad, Gervasia, ¿es verdad que Anina se casa?

—¿Casarse mi sobrina?.... No, señora.

—Bien decía yo. Pues me lo habían asegurado con las manos sobre el fuego. Y, para que vea usted lo que son las cosas, yo no pude creer semejante barbaridad. Porque era con Juan de Dios. ¡Figúrese usted!

—No hay nada de eso.

—Es claro. ¿Habían ustedes de repetir el escándalo que ha dado Venancio?... Chiiisss. Carlota.

—Paquita.... Adiós, Gervasia.

Se acercó á ellas otra señora, vieja y devota. Figuráosla. Y con Carlota, otras dos más que con ella iban, también de igual catadura, al poco más ó menos.

—Pues aquí hablábamos de Juan de Dios, que no se casa con Anina como se había dicho.

—Eso bien lo decía yo. Los Guillenes tienen un capital muy saneado, y querrán para su niña algo que se le iguale.

—Y no solo eso. Sino que ligar la familia con esa gente.... Yo les tengo un horror.... Hasta hechicería parece que ha habido ahí; porque pillar á Venancio como le han pillado....

—Puede que le hayan dado algo. Yo no creo en eso de los polvos que dicen que echan; pero se vén ciertas cosas.... Y diga usted: ¿Anina dicen que está muy enamorada?

—No—replicó secamente la chacha.

—Más vale así. Porque me habían di-

cho hasta que iba enfermando de querer.

—¡Qué exageración! Una ó dos veces que le ha visto desde aquel conato de noviazgo.... Porque está muy resguardada....

—Mire usted; yo veo esa conducta muy prudente; porque así se la evita hasta un percance que pudiera tener. Sí, señora; esa gente así, van siempre por la mala. Y como no tienen vergüenza....

—¡Ay, si tuviera un descuido! ¡Qué desgracia!

—¡Señora!—dijo la chacha más secamente aún.

—Ya sé que eso no cabe en ella. Pero como hablamos en el supuesto, todo cuanto se ha dicho de Venancio sería nada comparado con esto.

—¡Vaya! Dejemos la conversación, si les parece á ustedes.

—Sí, señora. Yo no hablo nunca de estas cosas que no me importan. Ahora ¡vamos! porque se ha ofrecido. Pero es un chismorreo, un chismorreo el que traen por ahí con esa gente, con Venancio y con ella... Como no se la vé en ninguna parte y siempre hay quien se mete en donde no le lla-

man, pues, se pregunta qué le habrá pasado y por qué no sale, y en fin, murmuraciones.

¿Y qué hacía, qué contestaba Gervasia á aquellas impertinentes comadres, que, una termina, otra comienza, la asaeteaban con aquella palabrería?... Afortunadamente poco después llegaban á su casa y se apartó de ellas.

Aquella noche hubo conciliábulo de familia, y en él se acordó, vista la oposición de Anina á pisar la calle, pasar en el campo una temporada.

Todo se dispuso en breve y al día siguiente de madrugada salían para la quinta de Guadalví, hermosa posesión que don Gaspar tenía, distante unas tres millas del lugar.

Allí pasaron dias sin ocurrirles nada que digno de contar sea, hasta que una tarde aconteció lo que verá el lector curioso en el capítulo siguiente.



XXII.

RESOLUCIÓN EXTREMA.

En bata, con corsé, primorosamente peinado su cabello y recogido en dos trenzados caracoles, sin flor ni alhaja alguna en su cabeza ó en sus manos, sentada en una mecedera cerca del balconcillo que dá al campo, y á la media luz de aquella nublada tarde de Setiembre, Anina, triste, pálida, descarnada, lee en un pequeño libro largo y angosto, de amarillento papel y cantos colorados, por cuyas líneas pasa velozmente su mirada devorando párrafos que á las veces arrancan un suspiro de su pecho y hacen que á sus ojos asome alguna lágrima. Entonces suele alzar su vista del jeremiaco libro, y fijarla en un grande lienzo colgado en la pared de

enfrente, permaneciendo en la contemplación estática de la imagen que el lienzo representa, uno, dos, tres minutos, más tiempo alguna vez, todo el que dura una mental plegaria, concluida la cual, vuelve al libro su vista, que ya fija en cualquier palabra, ya recorriendo líneas, espera la atención del espíritu que se quedó en las redes de estraños pensamientos, y todavía no ha vuelto allí.... Habia hecho aquella mañana confesión general de todas sus culpas y pecados, y la excitación que en el ánimo produce este acto religioso cuando con sobrada frecuencia no se lleva á efecto, y la soledad en que entonces se hallaba, habían dado á sus ideas, ese grave sesgo y esa tendencia analítica que nos hacen generalmente juzgar los acontecimientos con pesimista criterio, reconociéndonos además impotentes para remediarlos.... Su situación se iba haciendo insostenible. En vano se acicalaba cuidadosamente, y escogía los vestidos más apropósito para ocultar la demacración parcial que sufría. En vano huía la presencia de la chacha que la miraba, á su juicio, con recelos. En vano había querido ya por dos ó tres veces, hacer

partícipe á su madre del secreto aquel, porque estraños temores la sobrecogian cada vez que esta resolución tomaba. Con su padre apenas si hablaba más que á las horas de comer, fuera de alguno que otro suplicante ruego, para que á la villa volviese, hecho por don Gaspar, y fuera de alguna observación despiadada que acerca de su insensato amor, de su demacración ó de su terquedad, se permitía hacerle, no siempre en forma delicada, sino descortés, acerba, brutalmente. Los remordimientos de su ánimo, habían acabado con aquella fortaleza, con aquellos súbitos arrebatos que un día la llevaron hasta significar á su padre que por encima de todo daría su amor á un hombre; ahora no, ahora es cobarde, y ha llegado hasta prometer no mirar más á Juan de Dios, y hacer lo posible para olvidarle. Pero ni forzadas promesas ni maternos consuelos, le libran del tormento. Hasta entonces, una suerte inaudita, había venido encubriendo su falta deshonrosa; pero el tiempo, ya que no su continua zozobra, la descubriría, y entonces..... entonces..... no acertaba ó formular ni prever resolución ninguna.

El triste campo de Setiembre, menos triste y aún risueño y hermoso en aquella encantadora quinta de Guadalví, no la distraían ni poco ni mucho; las femeniles labores, llegaron á cansarle. Leyó. Pero ¡ay, Dios! que en su casa, fuera de los libros de cuentas de su padre, no había más que los religiosos de la chacha. Leyó muchos de ellos, gustando esencialmente de los que narraban las vidas de las Santas, sin dejar por esto las de algunos Santos Mártires y fundadores. Estas lecturas ejercieron una profundísima impresión en el vehemente y atormentado ánimo de Anina, y con frecuencia la sumían en místicas cavilaciones, suscitándola pensamientos ascéticos y devotos, que nunca anteriormente había tenido. La infinita misericordia divina que, al que más y al que menos de aquellos Santos, había perdonado muy grandes culpas, la llenaba de fervorosa admiración, y contrita y esperanzada, á aquella misericordia se acogía, rindiéndola su alma pecadora. No osaba nunca elevar sus ojos hasta los héroes de aquellas lecturas, sino para pedirles su valiosa intercesión; no le pasó nunca por el jui-

cio la idea de ser ella una Santa; pero el desprecio á los bienes mundanos que todos aquellos héroes tuvieron; aquella exclusiva consagración de sus espíritus á servir y amar á Dios sobre todas las cosas; aquel placer hallado en los propios sufrimientos porque estos eran méritos para con Dios, la hicieron considerar que todo en el mundo es transitorio; que todo en el mundo es mentira y engaño; que alma que de él mucho se preocupa, olvida el fin para que fué creada, que es servir á Dios en esta vida y gozarle en la otra.... Anina encontraba un dulce consuelo en estos pensamientos, y permanecía largos ratos haciendo reflexiones sobre ellos. Después, fatigado su espíritu, volvía á las ejemplares lecturas, ó elevaba fervorosas preces á Dios.

La tarde se acababa. Una sensible oscuridad iba poco á poco envolviendo la habitación, y dando á los muebles una sombra lúgubre y confusa. Anina dejó sobre la falda el libro, y respaldada en la mecedera, contempló á través de los cristales, el pedazo de cielo que por la ventana se veía. Estaba oscuro y preñado de plomizas nubes que allá

lejos borraban y confundían los picos y tallados de los montes, y aquí cerca, uniéndose y apartándose, ya ocultaban, ya dejaban ver un cielo más alto, más azul, más claro, de extensión varia y perímetro irregular. Una ráfaga de aire agitó fuertemente los cristales. Anina se acercó á la ventana, y vió fosco y tormentoso el semblante del cielo; las nubes se iban uniendo estrechamente, y la pálida y uniforme claridad que todavía alumbraba, iba replegándose perezosamente y dejando que las sombras la envolviesen por todas partes. Pronto unas gruesas gotas de agua cayeron sobre los cristales, y estos empezaron á llorar la falta de luz, el aspecto feo, la tristeza aquella, no se sabe qué. A los cristales sucedieron luego los arboles, y el cielo y los tejados y la naturaleza toda, todo lloraba en derredor de Anina.

Ocurriósele entonces que detrás de aquella redentora lluvia, vendría la calma, la apacibilidad y la alegría, y recordó la tormentosa vida de María Magdalena, trocada en vida célica por aquella lluvia de lágrimas que sus ojos derramaron á los piés de Jesús. A esta siguieron otras místi-

cas consideraciones sobre la gracia del arrepentimiento, y por largo rato tuvo á su espíritu arrobado y muy lejos de toda cosa terrenal. Tenía los ojos cerrados, y su fantasía entregada á unos apacibles ensueños donde todo era bien y dicha y placer sumo.... Anina quiere gozar en ellos, sumergirse en ellos; pero lazos terrenales la detienen, y no puede sino desearlos, y no puede sino saber que existen. Y de esta contemplación pasa á los tormentos que aquí sufre, y su alma los repele, y escapa otra vez á aquellas ideales regiones no bien imaginadas. ¡Oh! ¿Qué es preciso para seguir al alma generosa y de tan porfiados alientos? Romper con todo aquí; desligarse de los lazos que imponen los afectos más dulces. Pues bien: rotos desde luego; si cuesta sacrificios el romperlos, doblemente meritoria será la huida....

Y su cuerpo se yergue á impulsos del ánimo, que ha tomado enérgica resolución.

De improviso penetró en la sala aquella un chorro de luz intensa, dimanada de un quinqué que traía la chacha, en pos de la cual también llegaban doña Amparo y el señor Guillén.

—¡Vas á morirte, vas á morirte aquí encerrada!—exclamó don Gaspar apenas hubo entrado.

—Si usted quiere, papá, tornemos mañana al pueblo.

—¡Al fin consientes en volver á la vida! ¡Gracias á Dios, hija de mi alma!

—Sí; pero no es esa la vida que usted cree, la que yo quiero hacer.... Deseo entrar en un convento.

Una descarga eléctrica sobre el edificio, no hubiera causado conmoción más grande en los circunstantes, que las últimas palabras de la joven.

Se necesitaron de algunos momentos para que pudieran articular palabra, porque la sorpresa les había dejado mudos y estáticos.

Y "¿qué has dicho, hija mía, qué has dicho?„ fueron las primeras que pronunció el señor Guillén con acento de marcada imbecilidad. Porque no podía creer que no hubiese oido mal: tan descabellado propósito y tan grande desdicha le parecía aquella. Dijo más Anina. Y mientras su madre lloraba acerbamente, y don Gaspar prorumpía en súbitas exclamaciones, y se llevaba las ma-

nos á la cabeza y se levantaba de la silla como impulsado por un resorte, á la chacha se le ocurría que todo aquello estaba bien pensado, y que la resolución tomada por la joven era la mejor y más segura para salvar á la familia de un conflicto.

—¡Calla, calla!—le dijo don Gaspar—que no te oiga tal cosa.

—Pero si vá al covento como pudiera ir á unos baños medicinales. Si ni áun quieres que sea novicia, no será indispensable. Hoy se arregla todo; y hasta un año después de haber entrado, puede salir cuando le agrade.

—Y saldrá muerta por ayunos y rezos.

—Se le obtiene dispensa para todo.

—Para el frío de las celdas, para el eclipse del paternal consuelo, no hay dispensa que valga.

—Pero si por ahora no ha de ser monja; si podrás verla con frecuencia ¿qué frio ni qué eclipse ha de haber?... Y luego: yo no trato de imponer mi opinión.... Que se haga tu gusto.

No, no se hizo su gusto. La oposición de sus padres exacerbó la calentura mística de Anina, y quince días después, todo ya arre-

glado, se disponía á entrar en el convento, fascinada por devotas cavilaciones, sin vocación para el monjío, quizás huyendo de su casa.





XXIII

EN BUSCA DEL AMADO

Mucha gente en la sala, señoras especialmente, y algunos hombres en el patio. Se habla de todo, del monjío, de la ceremonia, del convento, de aquella súbita vocación y de los amores de la joven. Es la plática viva, vehemente, se decía más que se razonaba; porque la noticia había sorprendido de tal suerte, que nadie la creyera verdad, á no estarlo viendo por sí mismo. ¡Vaya una vocación súbitamente despertada! Siempre fué muy caritativa y muy buena cristiana; pero aquello?.... Un amor contrariado era la causa. Bueno, sí; pero esto la hizo apartar los ojos de este mundo, donde todo es miseria y vanidad, y fijarlos en el cielo, donde está el fin

de la criatura.... Aquí se juzgaba de un modo el suceso, allí de otro; éste la compadecía, aquél—allá ella.—Ninguno la envidiaba. Y la mareante charla se interrumpe solo para decir á algunos que han llegado tarde:—"Se está despidiendo de sus padres que no quieren ir á la ceremonia; pero pronto sale."

Apareció en fin Anina, vistiendo un rico traje de raso blanco guarnecido desde el pecho á los pies por una franja de azahar, y prendido á la cabeza un tenue y amplísimo velo, blanco también y bastante luengo. ¡Qué pálida! ¡Que bella! La espresión de su rostro es serena, grave, su movimiento reposado, augusto, casi marcial cuando un leve temblor de sus brazos y algún ligero estremecimiento de su cuerpo, no lo alteran.

—Vamos—dice la madrina.

Y apoyada en el brazo de ésta, y seguida por los demás, atravesó la sala aquella y después otra, y salió al patio, emocionada, sin mirar los muebles, baja la vista, casi cerrados sus brillantes ojos. El azahar de su vestido trajo á su mente místicos pensamientos, y á costa de una lágrima, fueron desechados mil recuerdos benditos que allí

su alma dejaba.... Los cuadros que bordó en sus años infantiles, las teclas de su piano, la ventana, testigo de juramentos amorosos, las caricias de sus padres, el amor de su familia, el cariño y la calor del hogar, esa calor y ese cariño que atraen al alma con ímpetu irresistible, todo, todo cuanto hasta entonces constituyó su vida, quedaba á sus espaldas, muerto para ella.

El modesto coche de la familia la esperaba á la puerta: en él entró con la madrina, y al punto se encaminaron al convento.

En la calle había algunos curiosos: muchos más en la plaza, y de todos salía un extraño rumor que llegaba hasta Anina, y le zumbaba en los oidos y le molestaba, haciéndole desear no oirle cuanto antes, y sustraerse á aquella exhibición.

—¡Mira, mira qué guapa! Parece la misma Santa Rosa.

—¡Lástima de mujer!

—La llamará Dios por ese camino.

—Para parir hijos y formar una familia, creó Dios á la mujer.

—Anda, que para los casamientos que hoy se hacen....

—Eso. Y luego allí sin cuidado ninguno.

—Guapa, sí; pero vá muy triste.

—Mujer, el paso que vá á dar....

El coche rodaba lentamente sobre las piedras de la calle, y el número de curiosos aumentaba progresivamente. De entre ellos se adelantó uno hasta casi tocar con su cuerpo el pretal de los caballos. Quería ser visto, y lo fué.... Era Juan de Dios. Al verle Anina, por instintivo impulso, abalanzó su cuerpo hacia adelante hasta llegar á punto de caer, un grito estuvo á poco de escapársele á sus labios, y sus brazos, poco antes estendidos, hacia él cayeron como exánimes sobre su falda.

—¡También es atrevimiento!—exclamó la madrina, mirando compasivamente á su ahijada.

Anina estaba blanca como el mármol, sin color y entreabiertos sus labios, perdida la mirada, sin vida el corazón.

—Eso ha muerto, hija mía—la dijo tomándola una mano su madrina.—Eleva tu alma á Dios.

Nada replicó Anina. ¿La oyó por ventura?

Rodando, rodando llegó el coche á la puerta de la iglesia del convento, donde se habían reconcentrado los curiosos; Anina, repuesta un tanto de la sufrida excitación, y procurando aparecer serena, se apeó del vehículo, y entró en el templo.

No creo necesario que entremos también nosotros.

Ya le vimos exteriormente al comenzar el libro. Por dentro se parece á otro cualquiera. Vetustas naves levantadas sobre carcomidas columnas; celdas sombrias que abren sus negras puertas cual bocas de madrigueras, y en ellas un lecho mezquino, una silla tuerta, y sobre desvencijada y exigua mesa un Crucifijo. Tal era el convento de Capuchinas.

Cuerpos descarnados y pálidos envueltos en toscos y burdos sayales de color de tierra, encima de los cuales campea, á guisa de atalaya y como insignia de ignorancia, una cofia blanca que deja ver un óvalo de arrugas; cuerpos sin sangre, depósitos de linfa, verdaderas momias que aún se mueven merced á un resto de vida mecánica é inútil: tal es la comunidad.

Allí está el egoismo que hundió á su padre en la miseria y condenó á los hermanos á duros y perdurables trabajos, al arrancarles la herencia para el dote; allí la vanidad que se hizo monja porque creyó que ésta podía nunca valer más á los ojos de Dios que una madre de familia; allí la imbécil é idiota que huye del mundo porque cobarde y miserable, no sabe ser buena estando en él; allí la intrépida ingnorancia, que creyó el convento antesala del cielo, por el que es preciso pasar para llegar á Dios; allí la pecadora forzosamente arrepentida que rifó sus últimas alhajas mundanas para abandonar un mundo que ya la había esputado de su seno. Allí también está la verdadera virtud con su mística poesía y su atracción sublime; pero reducida á la inercia y privando al mundo de su ejemplo, de su contemplación y resplandores, á los cuales tiene derecho divino. Allí hay, en fin, altezas y ruindades que se mueven en recinto á que no llegan ni la luz ni la idea; aquello es la estancación del pensamiento, la vida sin misión, una catacumba que encierra cosas que fueron.



XXIV

DE MUNDO Á MUNDO.

Como casquivanos chiquillos á quienes se regala un pájaro de vistosas plumas, que empiezan por cortarle las alas para que no se les escape, así recibieron las madres á Anina Guillén, cuando entró en el convento. Pero ¡ay! que sus alas para volver al mundo no eran, no, cual las del triste pajarito, hechas de frágiles plumas, y las tijeras de la seducción y los halagos que las monjas cernían sobre ella con la piadosísima intención de ofrecer á Jesús aquella riquísima perla encontrada, por dichosa casualidad, entre el cieno del mundo, no bastaban á cortárselas. El alma de Anina se había quedado, al parecer, extramuros del convento,

y su cuerpo, solo su cuerpo era el que estaba allí, orando y ayunando; pero sin fervor, sin entusiasmo, cual si cumpliese una condena.

Sin vocación, sin el temple de alma necesario para la vida ascética, ¿qué novicia era aquella...? Así que convencidas de la inutilidad de sus afanes, el desdén primero y más tarde, simulado desprecio, sustituyeron á aquellos complacientes empeños de las madres en los primeros días.

Anina era poco devota: más que de la Iglesia gustaba del huerto, en el que durante grandes horas paseaba, fija la vista en el suelo, cual si buscase algo perdido. Anina gustaba más que de sus compañías, de estar contemplando desde el corredor alto, la casa de los Peransúrez, midiendo con la vista, el muro que separa la huerta del convento, del corralón de aquella.

No sabían las buenas esposas del Señor que Juan de Dios seguía en Villalinda, que alguna vez pudo vérsele encaramado en la tapia del jardín que separaba á este del corralón de su casa, y que algún que otro día, en hora determinada y previo cierto santo y seña, unas piedrecitas envueltas en

escritos papeles traspasaban el muro, confín del mundo y de aquel limbo.

Y ya muchas veces había el sol proyecdo la ingente sombra del campanario sobre las desgreñadas plantas del huertecillo del convento, al que el astroso otoño había arrancado su verde vestidura, y aun continuaba la novicia de tal modo desesperanzando á las monjas, que renunciando de antemano á tenerla por compañera, la consideraban como huésped que pronto había de irse, y la dispensaban de algunos ejercicios y devociones. Algunas á quienes habían seducido los ojos dulces de la joven que acariciaban al mirar, la compadecían por su falta de vocación, otras se la alababan, y en dulces ratos de conversación á solas, la preguntaban del mundo, y por qué allí estaba, y cuando marcharía.

En esto aproximáronse las Pascuas de aquel año, y fué de ver la animación despertada en el convento.

No era todo rezar como pudiera presumirse; aunque las exhaustas carnes de las reverendas madres hacían lo posible por disimularlo, ello es lo cierto que comían, y no

raices ni hojas de acelgas, sino cocido no escaso de sustancia, que, unido al pan blanco de la tierra, hacía subir las cuentas semanales del despensero á un buen puñado de cuartos. So pretesto de hallarse en manos muertas, el gobierno que ustedes saben, arrebató sus bienes al convento, con cuya arbitraria disposición las monjas se hallaron en gran conflicto, y lo hubiesen pasado de seguro mal, si algunos espíritus sutiles, aguzados por apremiante necesidad, no discurriesen medios para llevar al convento, lo quede él sacaba el mandadero.

Al efecto, cada una se industrió según sus aficiones, y desde entonces allí se fabricaron mitones de estambre, nacimientos de corcho, bugías rizadas, cordones de San Blas, y, lo que producía más que todo esto: los mejores dulces y más esquisitos alfajores de la comarca.

Ahora les llegaba su vez á las monjas confiteras, y estaban locas de alegría, porque á la semana siguiente iban á cambiar el Eucologio por los peroles, y el rosario por la espumadera. Unas proponían innovaciones, otras abogaban por la abundancia, aquella

fijaba precios de antemano, otra hacía la lista de los platos que, por compromiso ineludible, habían de regalarse.... No todas eran del mismo parecer ni igualmente sufridas, y hubo algunas disputillas y altercados, por los que Sor Asunta la abadesa, las amenazó con tapiar la puerta de la cocina, por todo aquel año.

Mas no pasó de amenaza. Llegó por fin el anhelado lunes. Ya hierve el azúcar en los peroles, y mientras una bate huevos, esta cierne, esa espuma, aquella hace moldes, la otra atiza el fuego, y así todas; aguijoneadas por la vanidad de sobresalir en esto ó lo otro, y viendo á más en lontananza un seguro lucro, trabajaban tan bien y de tan buenas ganas, que no se daban punto de reposo.

Toda la vida del convento, estaba en la cocina, y un silencio de túnel, que repercutía de vez en cuando el eco de palabras lejanas, se cernía sobre el resto de la casa. Solo un miembro, el más insignificante quizá de este organismo embriagado por los vapores del azúcar, se agita y mueve, sin tomar parte en aquella bacanal de la gula. Es Anina. Veámosla.

Detrás de la hojarasca espesa de un pequeño cañaveral que en el más apartado rincón del huertecillo, mostraba su fragor verdoso, dando envidia á las otras plantas, mustias y desnudas las que no habían muerto á manos del otoño, mantenía la Guillén sentida plática con uno que por encima de las bardas de aquel muro, asomaba algo más de la cabeza.

Era Juan de Dios, no hay que decirlo.

—Descuida, mi amada—le decía.—Aunque en el mes noveno, todavía podemos obrar como padres y como cristianos, evitando que ese pedazo de nuestra alma vea la luz primera en un convento. Fué grande locura que aquí vinieses, y lo fué más grande el continuar hasta hoy.

—Juan de Dios, tú no tienes un padre como el mío; tuve miedo: el miedo y la pavura que dan los propios remordimientos. Pero sí; fué una locura de la que nunca me arrepentiré bastante, porque hasta entrar aquí no he considerado á qué peligros no espuse á esta criatura que antes de nacer, ha hecho brotar en mí gérmenes inmensos de ternura, henchidos raudales de cariño que

me trasforman y me vuelven muy otra de la que antes fuera.

—¡Esposa mía!....—exclamó él.—¡Ay! ¡Quién pudiera acortar las horas de este perdurable tiempo y hacer ya lo que efectuaremos mañana...! Pero consuélenos la esperanza de que falta poco.... Todo está preparado. Tengo ya en Fontanal una casita, donde estarás bajo la salvaguardia de la ley, y en ella una buena mujer, que estará á tu servicio.... Si todo sale bien, como yo creo, inútil es tu empeño de que segunda vez vea á tu padre.... Si me rechazó cuando mil esperanzas me daban el presagio de próspera fortuna, ¿qué debo de esperar hoy, si el arma de que puedo valerme se volverá en contra mía?... Sí. La escena con tu padre, la preveo, la tengo por efectuada, y no pueden ser más nulos sus resultados.

—No, Juan de Dios; piensas mal y no aciertas. Vé mañana mismo á mi padre.... tengo presentimientos de que has de convencerle.... de que accederá por fin, ante nuestra desventura.... Pero si nó, si á tanto llega la inmensidad de nuestro infortunio, quiero salir de aquí mañana mismo....

Este ambiente me envenena, esta prisión me mata.... el frio del invierno, que se encrudece en la sombría celda, me espanta y me hiela.... Mañana es 24, Noche-Buena, y la mejor hora para mi huida, la de Maitines, de diez á doce.

—Sí, no hay duda, es la mejor hora. Las sombras de la noche, que tantos crímenes ocultan, encubrirán mi tenoriada, robándote de un convento. Pero Dios sabe por qué lo hago.... Si á las once salimos, una hora después estaremos en Fontanal, que es mi caballo brioso, y nos prestará su esfuerzo.

Sonaba entonces el toque de oraciones en la enhiesta torre villalindana, y á seguidas le repitió el destemplado esquiloncillo que columpiaba su cuerpo, metiendo sus manos en dos pilastras levantadas sobre la bóveda de la iglesia del convento. Había de congregarse á aquella hora, en el coro, toda la comunidad para rezar el *Angelus Dómini,* y Anina abandonó el jardín tras una despedida bastante grave y tierna.



XXV.

ÚLTIMA PRUEBA.

Volvamos otra vez á la casa de los Guillenes, donde tristeza negra bate sus alas desde que Anina salió de ella. Don Gaspar se dá de cabezadas, maldiciendo la hora en que dió su consentimiento para que aquella saliese de su casa. Su mujer se pasa las mañanas en el convento, y la chacha, tétrica y sombría no se atreve á pronosticar ni dicha ni desventura, temerosa de una réplica de su hermano, y aburrida de los lloriqueos de su cuñada.

Juan de Dios llega á la casa, y abierto el portón por un criado, sin preguntar si estaba don Gaspar, ni permitir que le anunciasen, se

encamina ligero al despacho, en donde le haya en efecto.

—Por expreso encargo de Anina, vengo á verle, Sr. Guillén—dice al entrar.

Quedó éste sorprendido y estupefacto con la repentina aparición del joven, de quien ni siquiera sabía que en el pueblo estuviese; mas repuesto á poco, replicó:

—¿Por encargo de ella?... Hombre, no empiece usted mintiendo; usted no ha visto á mi hija, no ha podido verla.

—La he visto, don Gaspar.

—¿Cuando?

—Muchas veces.... ¿Ignorais que á mi casa la separa del convento solo un muro no tan alto como una buena escala?

—¡Ah, impío...! ¿Conque ni aun la casa de Dios le intimida...? ¿Conque para su vandálica persecución, nada hay sagrado?...

—Dejémonos de exclamaciones inútiles, si á bien lo tiene usted, que asunto más importante nos reclama.

—¿Qué cosa más importante para mí que la paz y ventura de mi hija?

—Precisamente á esa paz y ventura aludía, al reclamar su atención. Su hija se muere

en el convento, don Gaspar; usted lo vé, usted lo ha notado al porfiarle que de allí salga. No dirá usted que miento. Pues bien: es preciso para su dicha, para su vida, y aun para su conciencia de usted, que salga inmediatamente.

—Pero....

—Escuchadme aún. No puede salir, sino para ser mi esposa.

—¡Juan de Dios!

—No se alborote usted, yo se lo suplico. Cuando ella hasta aquí se negó á sus ruegos es porque motivos poderosos la obligaban. Y pues es fuerza que se lo diga, no quiero demorarlo más.... Es nueva para usted desagradable, pero hecho que ya no le debo de ocultar aunque al hacérselo saber le haga sufrir. Su hija de usted... ha sido ya mi esposa.

—¡Qué dice usted!—exclamó don Gaspar no atreviéndose, ó no pudiendo comprender.

—Digo, señor Guillen,—prosiguió el joven con visible embarazo,—que Anina es la madre de mi hijo.

—¡Calumniador! ¡Embustero! Eso es una infame impostura para obligarme.

—No señor; es la verdad.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Que oiga yo tal cosa! ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Eso no es posible! ¡Mi hija!... ¡Mi hija de usted?... ¡Nó! ¡Nó! ¡Eso es una infamia! ¡Mentira! ¡Mentira!—repetía cogiéndose entre ambas manos la cabeza, y dando vacilantes pasos por la estancia.

—Sosiéguese usted—le dijo el abogado.

—¡Sosegarme! ¿Cree usted eso posible con tan horrenda nueva? Pero ¿será falsa? ¿No es verdad...? Dígame usted que no es cierto lo que ha dicho y lo doy todo al olvido: hasta quizás consienta... ¡Dígamelo usted!

—No puedo decirlo; sería malo.

—No puedo creerlo; sería perverso.

—Anina fué mi esposa ante Dios, la noche del jueves Santo.

—¡Ah! ¡Qué impía profanación!... Pero si no es posible. Si es impostura vil de este malvado miserable. ¡Si mi hija es honrada!

—Honrada y pura es, don Gaspar, nadie lo duda, pero su honor es hoy el honor mío, porque ella es mía también en cuerpo y alma.

—¡El honor mío! ¡El honor mío, dice este!—repite don Gaspar muy agitado—A sus antiguos blasones de hijo del vicio, le ha

unido el timbre de inmundo seductor, y todavía invoca el honor suyo. ¡Ya lo creo!... ¡Qué sabe él lo que son honras!

—Por Dios le suplico, que abreviemos esta enojosa plática. El honor de su hija está en mi mano, y aquí estoy á ofrecérselo. Soy el iris de paz, no el guante de guerra.... Usted, aunque lo quiera, no tiene derecho á hacer que el mundo la desprecie y la llene de ignominia.

—¡Desprecio! ¡Ignominia!....Pero ¿usted cree que porque mi inexperta hija haya sido víctima de su conducta vil, el mundo puede despreciarla? ¡No! Ese desprecio y la ignominia esa, deben recaer sobre usted, que es el culpable; sobre usted, canalla adocenado, sobre usted, verdugo de su inocencia.

—¡Ah! Si ella que tuvo parte en una falta, no es culpable ¿por qué yo, que ninguna tuve en la de mis padres, lo he de ser? ¿por qué á mi madre no la disculpa usted como á su hija, y más que á su hija y que á mi madre, á mí, que no pedí el nacer ni venir al mundo, deshonrado? ¿No ha de haber gracia, en esta vida, para un sin ventura como yo, que ninguna falta ha cometido?... Reflexione,

reflexione usted, que el mundo procede injusta y criminalmente, siendo más severo que el mismo Dios con sus criaturas, y esto es absurdo y desconsolador.

—¡Dios mío! ¡Santo Dios!—exclamaba abatido don Gaspar, meciéndose entre las manos, la cabeza—¿Qué ha sido de mi hija?

—Su hija puede ser feliz, si conforme usted con lo dispuesto por Dios al permitir que nos amemos, me la dá por esposa.

—Calle usted, calle usted y no haga á Dios responsable de sus villanos hechos. Felicidad para mi hija, ya no puede haberla. ¡Anina feliz en posesión del hombre que la deshonró traidoramente!.... ¡Ah, no! Mi hija no será suya, no, no. Si es irremediable su desventura, nunca la aumentaré con esa boda ¡Boda! Duelo eterno es lo que ya nos resta.

—Pero don Gaspar; si estoy pronto á reparar su falta ¿por qué tantos insultos contra mí, y....?

—¡A reparar su falta! A cumplir la venganza prometida, diga usted.... Pero no, no será, porque todavía tengo alientos para impedirlo. Sí; mi hija no será su mujer, ni ahora ni nunca.

—Don Gaspar....

—Nada. Príveme usted de su presencia; vayase de aquí con mil diablos; su vista me hace daño.

—Por última vez: ¿me niega usted la mano de su hija?

—Sí, se la niego.

—Pues usted será responsable de lo que ocurra.

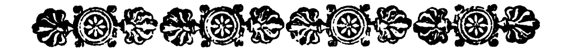
Y el joven abandonó la estancia, nervioso y avergonzado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—clamaba á solas don Gaspar—¿Qué rayo es este que fulminaste contra mí? Mi hija deshonrada. Mi hija muerta. ¿Cabe mayor desventura en corazón humano?.... ¡Ay! ¡ay!.... ¿Qué tengo aquí que me taladra el corazón? ¿qué fuego me derrite las sienes? ¿qué venda cubre mis hojos?.... ¡Hija mía! ¡Anina de mi alma! ¿Por qué me abandonaste? ¿no estimabas en más mi cariño, que el torpe amor de ese protervo? ¡Infame! ¡lo que contigo ha hecho!.... ¿Por qué no le he ahogado entre mis brazos? ¿por qué no le aplasté como á gusano vil? ¿Pero cómo, si me envenenó con su palabra?.... ¡Ay, Virgen santa!.... ¿Y qué debo de hacer?....

Sacarla de allí cuanto antes, mañana mismo; pero ¿y luego?... ¡Ay madrecita mía! Yo me vuelvo loco, yo me ahogo de pena y de vergüenza; yo me muero.... ¿Deberé casarlos? ¿Lo habrá dispuesto Dios?... ¡Ay! ¡Ay, Dios Santo!

Y llorando lágrimas de fuego, posó la cabeza sobre el brazo del sofá en que, sin fuerzas, se había dejado caer.





XXVI

CON SINFONÍA CÉLICA.

Venancio y Soledad hacían ese poético viaje de novios, puesto, ya hace años, en candelero, por la caprichosa moda, y la Alondrilla y su criada se habían refugiado en las más abrigadas habitaciones del piso alto, desde que los fríos del invierno se iniciaron. Sobre el caserón de los Peransúrez se posa toda la sombría tristeza de la soledad y el abandono, y cerradas las puertas de sus habitaciones, y sin muebles apenas las naves de su patio, y sin hojas el moral grandísimo que en este arraiga, parece que tiene algo de lúgubre el eco prolongado del paso con que dos hombres, uno provisto de

linterna, le atraviesan. Van resueltos y presurosos, piérdense por una de las cerradas habitaciones, y presto vuelven á aparecer por la puerta del corralón que colinda con el convento de Capuchinas, cerca de cuyo muro, uno silba de cierta particular manera. A esta señal, pues señal es sin duda, contestan desde el corredor alto del convento, con una tosecita que se conoce ser forzada. “Vamos“ exclama uno enseguida, posando sobre el suelo la linterna. Y apoyando en el paredón dos escaleras, que allí estaban tendidas, uno sobre el muro esparrancado, y otro subido en una de ellas, pasan entre los dos la otra escalera al lado allá, estableciendo con ambas, un puente que salva el muro. La intensa oscuridad que dá á la noche un cielo encapotado en negrísimas nubes, y un fuerte viento que silba en las chimeneas y azota los campanarios, no permiten ver nada ni oir cosa ninguna, á regular distancia. El oido atento, sin embargo, de uno de los hombres que ha bajado al lado de allá, percibe á poco los siseos de una conversación en voz baja sostenida, y un relámpago deja ver á sus ojos, tres personas que arrebujadas



en sendos mantones, allí se acercan. Les sale al encuentro, y alto dice:

—¿Anina?

—Si—le contestan.

—Mi bien.... Hermanas, buenas noches.

—Vamos, vamos, que podemos ser sorprendidos.—dice una de las Hermanas—Adios, hija; que Dios te asista y te haga dichosa. Nosotras así se lo rogaremos á la Virgen Santísima.... Señor Juan de Dios, mucho cuidadito con ella, que vá enferma.

—Descuidad, buenas Hermanas, y que Dios os pague vuestra ayuda.

Con todo cuidado y no poco trabajo, se logró al cabo traspasar el muro, pues Anina, toda temblorosa y amendrantada, carecía de fuerzas y agilidad. Pero conseguido felizmente, uno tomó la luz y alumbró el camino al otro, que la llevaba á ella del brazo. En la puerta subieron en dos caballos previamente enjaezados, uno para doble carga, y en este montaron ella y él, y en el otro el que les había ayudado en la faena.

—En marcha, Miguel.

—Andando, señorito.

Y con pricipitado paso echaron á andar

los apuestos brutos, perdiéndose al punto en las tinieblas.

En vano los cascabeles de alguna que otra zampoña, la fresca voz de una mozuela, cantando villancicos, y el rasgueo de las guitarras en las tabernas, se empeñaban en dar á la noche sus alegres notas; porque más potente que ellos, el vendabal que se había desencadenado, los ahogaba y los confundía apenas exhalados....¡Noche-buena! Noche-horrenda debería llamarse; que nunca viento más crudo fustigó despiadado á todo lo existente, ni tan densas nubes ahogaron jamás la luz de las estrellas. ¡Qué tormenta! Diríase que el cielo se quebraba, y que pavorosa la tierra, se escondía entre los girones del roto y tenebroso manto de las nubes.

La noche, negra más que un remordimiento, parecía empeñada en condensar sobre Villalinda todas las tinieblas de que es reina absoluta, é iracundo por esta saña el cielo, con saetas candentes que forjara su eléctrica armería, le asestaba repetidos flechazos, que, desgarrando sus tupidos velos, llevaban luz hasta la tierra, pero luz flamí-

gera y fugaz, que al punto ahogaban las tinieblas....

Nuestros viajeros prosiguen audaces en su marcha, galopando unos ratos, otros á paso reposado, según que Anina se muestra impaciente ó fatigada.

—Señorito,— dice Miguel una de las veces que el galope cesa—mire usted que las nubes se han propuesto el lavarnos la ropa, y si no apretamos el paso, se van á salir con ella.

—¿Qué quieres que yo haga?—le contesta el otro con acento de desesperación.

Y luego dirigiéndose á ella que vá sobre su pecho recostada y envuelta en una manta, le dice cariñoso:

—Anina, Anina mía, ¿no me dices nada?

—Sí, Juan de Dios; ¿cuando llegamos? ¡Ay! ¡Que frio! ¡Què mala estoy! Me muero de dolor y de miedo!...¿No ves? Dios irritado truena contra nosotros, y amenaza destruirnos con uno de esos rayos.

—Es que nos alumbra el camino.—contestó Juan de Dios con tono que quiso ser festivo.—Tápate, tápate que vamos á correr antes que la lluvia nos sorprenda.

—¡Ay!—exclamó ella espantada por un fuerte relámpago.—¿No has visto?... allí, allí, en el cielo. Era un dragón de fuego que escupía dardos candentes.....¡Qué miedo! ¡Ay! ¿Ves? Otra vez, otra vez. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Abrázame, Anina, y note asustes; aquí, contra mi pecho. Tápate del todo.... ¡Dios mío...! ¡Qué fiebre.... qué fiebre la devora!

Y uniendo la acción á la palabra, cubrió el joven completamente el cuerpo de Anina, é hincó el acicate en el vientre del caballo, que partió al galope.

Con su novia en los brazos, á quien intensa calentura consumía, prosiguió aún largo tiempo, aterrada su alma por los frecuentes sacudimientos de dolor que conmovían aquel cuerpo, y por la lluvia que no podía tardar. Temiendo las consecuencias de ésta para su amada, ya impelía al noble bruto á proseguir con doble ahinco, ya le pasaba á ella la mano por la frente, para obsevar su estado.

De una á dos millas habíarn corrido, cuando Anina, por uno de los sacudimientos que la estremecían, se destapó completamente, y solo merced á un enérgico esfuerzo de su

novio que la retuvo fuertemente, no dió con su cuerpo en tierra.

—¡Ah!—exclamó con voz inteligible apenas—¡Me ahogo! ¡me muero! no puedo proseguir! ¡Mis carnes se desgarran lo mismo que ese cielo!

—¡Pobrecita mía!

—¡Juan de Dios! Nuestro hijo....

—¡Dios mio...! ¡Compasión para ella...! ¡Jesús! ¡Ya llueve, Dios eterno! Todo se conjura en contra nuestra ¡Qué noche!... ¡Qué cielo!... ¡Horror!... Mojados ya sus piés!... ¡Imposible llegar!... Anina... Anina, respóndeme... ¡Dios mio, desmayada!... ¡Anina de mi alma!... ¡Compasión!... ¡Dios santo, se me va á morir en los brazos!... ¡Oh! ¡Cuánto sufre!... ¡Ampárala, virgen María!...

Segunda vez puso el caballo á galope, y en esta carrera prosiguió anhelante, hasta que su servidor le hizo fijar la atención en el ladrido de un perro, que se oía cercano.

—Es la quinta de Guadalví.—añadió aquel.—¿No le parece á usted, señorito, que mientras escampa....

—¡Oh! Sí, vamos allá.... Pero.... no habrá nadie. Es Noche-buena.

—Averigüémoslo.

—Bien; guía.

Llegaron á la quinta, y en el sitio de la verja más cerca de la casa, Juan de Dios disparó los seis tiros de su revólver, como recurso para saber si allí había alguien.

Despues de unos minutos de impaciencia, que fueron siglos por lo que parecían durar, una voz áspera dijo desde una ventana.

—¿Quién va?

—Abrid al amo— dijo gritando Miguelillo.

Y se esperaron otros minutos, los cuales trascurridos, apareció el casero de la posesión, quien abrió la verja luego de instruido en lo que acontecía, y los mojados viajeros entraron en la quinta.

Ya en las habitaciones que los amos, en ella, tenían siempre dispuestos, Juan de Dios echó á su novia en el lecho que primero hubo á manos. Los ayes y dolores de Anina proseguían en aumento; su cuerpo tiritaba hasta castañear sus dientes, y un sudor copioso bañaba, á pesar de ello, su faz desencajada y sin color.

—¿Tiene usted fuego?—preguntó Juan de Dios al campesino.

—Un fogaril que quita penas.

—¡Oh! Pues traiga un poco aquí.

El labriego salió.

—Tú, Miguel, vuelve á tomar la jaca, á Villalinda en un vuelo, y aquí enseguida con don Diámetro, á quien contarás lo que ocurre.

—Yo.... señorito....

—¿Qué? ¿tienes miedo?

—¿Miedo?—repitió el sirviente en tono de protesta—Sí miedo de dejarle á usted. Usted está muy malo, usted tiene una cara... que se yó; que asusta; á usted puede ocurrirle algo.

—Pues mejor si está aquí el médico.

—Pero...

—Basta, Miguel.... haz lo que te mando.

Salió el criado, y Juan de Dios que, en efecto, tenía el semblante contraido por expresión siniestra, y á veces temblaba como presa de sacudidas febriles, quedó prodigando á su amada mil palabras de consuelo; transida su alma de dolor por los que ella sufría, y torturado su ánimo por no encontrar

auxilio que prestarle. La fiebre se manifestaba intensa todavía en Anina, y pronto le sobrevino un delirio espantoso, cuyas incoherentes palabras hacían llorar al abogado.

El casero preparó con más voluntad que arte un cocimiento de tila y otras hierbas, que el estómago de la paciente rechazó al punto. Por fin, después de tres horas de acerbos dolores que volvían loco á Juan de Dios, Anina dió á luz un infante rubio como un ángel. Juan de Dios le recibió en sus brazos, é hizo de comadre del mejor modo y manera que su instinto y entendimiento le dieron á entender, le envolvió en las mismas sábanas del lecho, y le acarició paternalmente. Anina, en tanto, había caido en un paroxismo, que afortunadamente duró poco. Salido que hubo de él, preguntó por su hijo, al que besó con locos trasportes de alegría inmensa. Le abrigó en su regazo, le estrechó contra su seno, y aun olvidó sus propios sufrimientos, pensando en su dicha; pero por poco tiempo, pues luego cayó en suma postración, sintiendo una angustia y una fatiga tal, cual si la vida se le escapase.... ¡Pobre Anina! Tras del parto, habíale sobrevenido cruda hemorra-

gia, que nada de lo poco que aquellos hombres hacían, bastaba á contener.

Juan de Dios deliraba; iba y venía á su alrededor, desconcertado y trémulo, llamando á Dios en su auxilio; luego desesperado, le increpaba; iba del lecho á la ventana por si alguien llegaba, y volvía de la ventana al lecho, no viendo á nadie llegar.... ¡Nadie!... Ni tampoco el día. Aun estaba oscuro, á pesar de que la noche había durado un siglo.

Todavía pasó una hora de angustia suprema. Anina iba peor; á él, que nada entendía de la ciencia médica, no se le acultaba. Y no obstante, nada podía hacer por salvar aquella existencia tan querida. Ni dar la suya en cambio. ¡Horrible situación!

—Juan de Dios, Juan de Dios.—dijo Anina con voz apagadísima.—Dáme mi hijo, quiero besarle, quiero verle.

—Si está aquí contigo, ¿no le ves, vida mia?

—¡Ay, hijo de mi alma...! ¿Es hermoso, Juan de Dios?

—Sí, como un ángel del cielo; pero ¿no lo ves? ¡Mírale, mírale!

—¡Ay, no puedo, me muero!

—No, no, Anina de mi alma; tú no te mueres; tú no te puedes morir ahora. ¿Qué será de este ángel? ¿qué será de mí? No; Dios mío, Dios mío, que no se muera; que viva Señor, que viva; compasión, Dios eterno.

—¡Juan de mi alma... Tu mano!

—Tú ya estás buena. ¿verdad que ya estás buena? Sí, sí, ya estás mejor; ahora, verás ¡qué alegría! va á llegar el médico, te dará un remedio, y Dios hará lo otro.... Hace dos horas ha salido, y no puede tardar.... Ya está amaneciendo, voy á ver si vienen.... Aún no se vé nada; pero es porque el camino tuerce.... Sí, ya viene, Anina mia, ya viene... ¡Oh!—exclamó, volviendo á su lado—¡está yerta tu mano! ¡Abrigate, bien mío! ¿Pero no me oyes? ¿no me miras? ¡Anina! ¡vida mia! ¡luz de mis ojos! ¡mi consuelo! ¿estás peor? Dí, dímelo... ¡Jesús! ¡fría también su frente!.... ¡Socorro! ¡socorro! ¡Virgen santa! ¡mi vida por la de ella! ¡Señor, Señor Dios...! ¡Nadie, nadie viene en mi auxilio! ¡ay! ¡no hay Dios en los cielos!... ¡Pero óyeme, Anina de mi alma!... Anina.... ¡Muerta! ¡muerta, Dios mio!

Y lanzando un grito desgarrador, se lanzó sobre el cadáver, diciendo todavía pa-

labras incoherentes, y besándola con tal frenesí, que parecía pretender volverle la vida á besos.

El campesino contemplaba esta escena también bañado en llanto, y ni uno ni otro se apercibieron de las personas que, á la veloz carrera de sus caballos, llegaban al cortijo.

Eran el médico, don Gaspar y la chacha á quienes el primero había mandado que se avisara, y Miguelillo.

Llegó dón Diámetro delante á la escena de la catástrofe, y comprendiendo lo ocurrido, volvió con presteza atrás, y dijo á los que le seguían:

—¡Tened! ¡No puede pasarse!

—¡Cómo!—exclamó don Gaspar.—¡Mi hija!...

—Está aquí; pero hasta luego....

—¡No, no, no; quiero verla!

—¡Luego! Permitid un momento.

—¡Es mi hija, y ¿quereis estorbarme que la vea? ¡No!—dijo precipitándose con ímpetu en la estancia.

—¡Don Gaspar!—exclamó el médico aterrado.

No le hizo caso. Con ímpetu irruyente llegó junto al lecho, se inclinó un tanto sobre él, y al ver á Anina, su rostro se descompuso, un grito agudo se escapó á sus labios, miró colérico á Juan de Dios, y exacerbado su natural colérico viniendo le clinado sobre Anina, y en actitud de defenderla, llevó trémula su mano á la cintura, sacó un revólver, y apuntó sobre el joven; pero la excitación febril que sufría, los gritos que la chacha y el médico exhalaron, acaso horror al homicidio que iba á cometer, quizá todo esto junto, le sobrecogió el ánimo, hizo cesar la tensión nerviosa, y cayó el arma de sus manos. Al mismo tiempo, él, víctima de suprema congoja, presa de extrema laxitud, desmadejado, exánime, dió sobre el lecho en que yacía su hija.

Juan de Dios que, atónito, con ojos desencajados y el semblante lívido, había estado todo ésto contemplando, cogió súbito al recién nacido, entre sus brazos, al caer don Gaspar sobre el lecho, y con espantados ojos, como fiera que huye á poner en salvo su cría amenzaada, miró á la chacha Gervasia, que adelantando hacia él un paso, inclinado el

cuerpo hacia adelante, un brazo erguido, amenazante, crispados los puños, le decía en tono trágico:

—¡Insensato! Suelta á ese niño. ¿Le vas á matar como á su madre?

—Es mío—replicó el joven, como quien escupe.

—¡Quita allá insensato! Esa criatura no te pertenece.

—Sí; es mío, es mio—volvió él á replicar—y me le llevo, me le llevo.

Y envolviéndole cuidadoso en la sábana y el mantón con que le abrigaba, estrechándole amoroso contra su pecho, andando por junto á la pared con recelosos pasos y sin quitar la vista de los circunstantes, se deslizaba paulatinamente hacia la puerta, sin decir una palabra.

Don Diámetro, lleno de asombro al comprender lo que intentaba, y notando la alteración tan grande, la expresión siniestra que en las facciones del joven se notaba, se le acercó solícito, y con anhelo y lástima, le dijo:

—¿Donde vas, Juan de Dios? Ven, dame ese niño.

—Es mío—contestó el joven retrocediendo un paso.

—No importa; dámele y le abrigarémos.

—¡Pero! qué? Aún bulle aquí éste miserablr?... ¿Y quiere.... ¡oh!....

Don Gaspar, vuelto á recobrar sus bríos, se abalanzó hacia él, rugiente de cólera y con los puños amenazantes, al mismo tiempo que todos los demás le rodeaban. Pero Juan de Dios, encogiéndose presto, replegándose, saltó sobre don Gaspar, y, echándole al suelo y revolviéndose contra todos, llegó veloz hasta la puerta, rechazó en ella á su criado que, discretamente, allí se había mantenido y quiso detenerle, apretó más al niño entre sus brazos como si fuera presa disputada, y descompuesto, desgreñado, lívido, febril y sin sombrero, salió de la estancia, del cortijo, y se lanzó al campo con carrera veloz, diciéndole á su hijo:

—¡Dejarte, dejarte me pedía! Pues ¿qué iba á decirle yo á tu madre cuando por tí me preguntara? No, no; juntos nos vamos ahora mismo al cielo, donde ella nos aguarda... Está allí, en la gloria, no nos pierde de vista, es ya feliz y nos espera.... ¿Ves? ¿ves cómo

nos llama?....·Vamos hijo mío, vámonos con ella.

Y allá va demente, corre que te corre y al azar, como nave sin brújula ni rumbo, sin que los gritos de Miguel que le sigue de cerca, consigan detenerle.





XXVII

CAE EL TELON.

¡Cuanto me queda todavía que deciros de él!

Pero requiere el plan que me he propuesto, hacer antes la historia de Solita, de *La Soñadora*, como la llamaban algunos, y á ella remito al lector interesado en las aventuras de este héroe, dejando para después el terminar la historia de los Peransúrez, con un nuevo libro titulado *Los amores de un loco.*

Volviendo ahora al cortijo para concluir, ¡oh, qué cuadro, lector, el que tras sí dejaba!

Allí, Anina Guillén, mal tapado su cuerpo con las ropas del lecho revueltas y teñidas en la sangreque rasgara sus entrañas, desnudo su nevado pecho, lívido el semblan-

te, suelta y desgreñada su rubia cabellera.

Junto á su cabecera, don Gaspar llorando como un niño, sin cólera ninguna, dominada por el dolor la fiereza de su temperamento, besando sus cabellos con toda la pasión de un padre. Cerca de él, la chacha se retuerce los brazos, cruza las manos con desesperación, y sin llegar hasta el lecho ni desviarse de él, entre gritos de dolor y súplicas é invocaciones á los cielos, nombra á la muerta, y la pregunta, y refiere en voz alta las dichas con que el destino le brindaba, las virtudes que tenía, y las impensadas desgracias que la acometieron y la llevaron á la catástrofe. El viejo médico al otro lado, no ageno en verdad á tanto estrago y duelo, de pié, inmóvil, caidos sus brazos é inclinada sobre el pecho la cabeza, siente luto en le corazón y ve escritos en el libro de su experiencia, muchas más sendas por donde puede llegar la negra muerte, que las delatadas en sus libros científicos..... Y allá más lejos, cerca de la puerta, el campesino, lloroso también y con su grande pañuelo de yerbas en la mano, interiormente batallando su ánimo, entre prodigar á los señores palabras

de consuelo que no encuentra, y el ofrecerle servicios que no acierta cuales sean; entre arrancarles de allí, ó hacer él llorando los mismos extremos: entre marchar en seguimiento del que había escapado, ó disponer lo necesario para volver al pueblo, y avisar de lo ocurrido.... Acabó el pobre hombre por perder por completo la serenidad, y confuso, nervioso, impaciente, turulato, antes que de su confusión saliera, don Diámetro le ordenó para su alivio, marchar á la villa con varias órdenes y cartas.

Aquella misma tarde fué trasladado allá el cadáver, y al dia siguiente se inhumó, habiéndosele préviamente celebrado costosísimas exequias.



INDICE.

FIN DEL ÍNDICE.



